

REVISTA

24



idis

The logo for 'idis' features the lowercase letters 'idis' in a sans-serif font above a graphic element. The graphic element consists of a 2x3 grid of squares. The top row contains three circles, and the bottom row contains three vertical bars of varying heights, with the rightmost bar being shorter than the others.

✓
1024 2305 83
200747

69663
300.5
I 59m
(24)

20030424

H 0,50



REVISTA IDIS

No. 24

28-12
Bm) 30920
mfm 35608 (aug)

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
Universidad de Cuenca. Cuenca- Ecuador, 1989.

**POLITICA
Y
CULTURA**

Instituto de Investigaciones
Sociales de la Universidad
de Cuenca
(IDIS)

Director:

Paciente Vázquez M.

Coordinador Académico:

Lucas Achig S.

**Coordinadores de los
Centros:**

Análisis Histórico:

Leonardo Espinoza

Análisis Socioeconómico:

Jorge Dután N.

Análisis Jurídico-Político:

María Cristina Cárdenas R.

Estudios Poblacionales:

Alejandro Guillén

**IDIS 24
OCTUBRE 1989**

Casilla No. 1566
Teléfonos: 829628 815999 y
831688 (Ext 116)
Cuenca Ecuador

SUSCRIPCIONES:

Almacén Universitario
UNIVERSIDAD DE CUENCA
Casilla 168
Tlfn. 831688 (Ext. 177)
Cuenca - Ecuador.

DONACION Y CANJE:

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
SOCIALES DE LA
UNIVERSIDAD DE CUENCA.
Casilla 1566
Telfns.: 829628 - 815999
831688 (Ext. 116)
Cuenca - Ecuador

© Instituto de Investigaciones Sociales - IDIS-
Universidad de Cuenca.
Octubre de 1989
Cuenca-Ecuador

Edición única.
Tiraje: 1.200 ejemplares
Levantamiento y diagramación: *Eugenia Washima*
Offset: *Rómulo Mejía O.*
Responsable: *Carmen Amelia Alvarado.*
IMPRESO EN EL ECUADOR

PORTADA: *Iván González*

CONTENIDO

7	Presentación
9 = 741	<i>Adrián Carrasco, María Augusta Vintimilla</i> Sociedad, cultura y proyectos políticos en el Ecuador en el periodo 1895-1925.
39 = 742	<i>María Augusta Vintimilla</i> Una aproximación al análisis de las políticas culturales del Estado en el Ecuador contemporáneo.
63 = 743	<i>María Cristina Cárdenas Reyes</i> Pío Jaramillo Alvarado y la Asamblea Liberal de 1923.
93 = 744	<i>Cecilia Suárez Moreno</i> La crisis de la cultura colonialista en América Latina y una propuesta alternativa: Análisis a la lírica de César Vallejo.
127 = 745	<i>Leonardo Torres León</i> Diez años de democracia: Crisis y continuidad.
145 = 746	<i>Tarquino Orellana Serrano</i> La Nación del capital, la representación y la democracia. Los partidos políticos.

PRESENTACION

El lector encontrará un nuevo aporte del Centro de Análisis Jurídico-Político en el presente número de la *Revista del IDIS*, desplegado en reflexiones sobre política y cultura que abarcan desde el análisis histórico hasta la política cultural, pasando por el estudio de coyuntura, literario y de teorización política.

Es así como Adrián Carrasco y María Augusta Vintimilla postulan que el despertar nacional sobre lazos históricos y culturales comunes surge en Latinoamérica a fines del siglo pasado y comienzos del actual, principalmente como respuesta a la expansión antimperialista. En este contexto, presentan al liberalismo como proyecto de sociedad nacional de la clase propietaria que habría articulado elementos democráticos fundantes del moderno Estado nacional ecuatoriano. María Augusta Vintimilla prolonga y actualiza esta línea de reflexión en un nuevo trabajo que explica la realidad cultural a partir de una doble determinación dada por la diversidad de nacionalidades existentes en el Ecuador, y por la organización de una sociedad capitalista bajo forma de Estado dependiente. Esta contradicción habría generado una multiplicidad de expresiones culturales subordinadas, por lo demás, a la razón del capital transnacional, lo que impediría referirse a la existencia de una nación ecuatoriana. Así, el debate sobre el carácter y contenidos de la cultura se plantea desde la lucha por el poder. La autora subraya la creciente disolución del sujeto colectivo en el reforzamiento de la sociedad civil garante de la privatización, rasgo político-social que las políticas culturales recientes reproducen de manera coherente.

La guerra de 1914 había marcado el ocaso del imperialismo librecambista inglés y los antiguos principios liberales parecían desvanecerse en el pasado. A su vez, las élites liberales ecuatorianas hacia 1920 se encuentran enfrentadas a encontrar una salida tanto a la crisis de dirección política del Estado como a la llamada "cuestión social". María Cristina Cárdenas analiza a través del discurso de Pío Jaramillo Alvarado, la respuesta política de la Asamblea Liberal de 1923, reunida en el difícil contexto configurado por un persistente conflicto intra-clase dirigente y el estallido popular de 1923.

Cecilia Suárez aborda el estudio de la praxis político-cultural de César Vallejo en el contexto social de los años 1920-1940, calificado por la autora como consolidación y crisis de la oligarquía nacional vinculada al imperialismo. Describe los componentes culturales y políticos presentes en la respuesta lati-

noamericana al dominio imperialista y a la dominación oligárquica del período, caracterizado a su vez por la aparición de nuevos sujetos sociales. Este es el momento histórico en que Vallejo despliega su proceso de producción poética, articulado en dos fases de carácter primeramente intuitivo, y luego de reafirmación revolucionaria al interior de una estética militante.

Al cumplirse la primera década del retorno de la democracia en el país, Leonardo Torres entrega su contribución en este sentido sumándose así a otros autores. Desarrollando la hipótesis implícita según la cual en el período mencionado, las diferentes fracciones de la clase dominante no habrían cumplido acciones sustancialmente distintas en términos de solución a la crisis social y económica acentuada en este lapso, el analista estudia a grandes rasgos la política económica conducida por los gobiernos democráticos. Esta política de continuidad ha conducido invariablemente al beneficio de la clase propietaria, afirma, y al desplazamiento del peso de la crisis a las grandes mayorías nacionales, acentuándose al mismo tiempo los elementos que definen la situación de dependencia externa.

El trabajo de Tarquino Orellana cierra el conjunto ofrecido en esta ocasión, y tiene como finalidad reunir líneas de pensamiento que posibiliten la delimitación de un espacio teórico donde la historia nacional encuentre categorías de interpretación. Utilizando la crítica como instrumento de análisis, examina la configuración atomizante y reificadora de los estados latinoamericanos a partir de las exigencias del capital. Al interior de un estado así estructurado, se constituyen las clases sociales de modo antagónico. El autor examina el proceso de estructuración de las naciones ecuatoriana y latinoamericanas sobre una base de dominación imperialista, siendo la contradicción de clases el terreno en que se asienta la democracia representativa. Así, los partidos políticos que busquen la unidad de los dominados deberán superar cierta lógica de la representación que privatiza y fragmenta.

María Cristina Cárdenas Reyes

Coordinadora del Centro de Análisis Jurídico-Político

Cuenca, octubre de 1989

SOCIEDAD, CULTURA Y PROYECTOS POLITICOS EN EL ECUADOR EN EL PERIODO 1895-1925*

**Adrián Carrasco
María Augusta Vintimilla**

* Ponencia presentada al Seminario Nacional "Visión actual de José Peralta" (Universidad de Cuenca - Fundación Friedrich Naumann. Cuenca, julio 12-15 de 1988).

1. LA SOCIEDAD ARISTOCRATICA

Hacia finales del siglo XIX el Ecuador era un país predominantemente agrario y feudal. Durante la segunda mitad del siglo se desarrollaron lenta, morosamente, las primitivas formas del capitalismo. Pero continuaba siendo un país desarticulado: la costa se orientaba al mercado mundial; la sierra que débilmente se articulaba a la costa, se aferraba a la sociedad feudal del mundo colonial a través de la hacienda en cuyo interior se condensaba la forma de producción económica y de reproducción social. Lo rural prevalecía sobre lo urbano, aun cuando lo urbano servía de asiento a la dominación servil: la hacienda se controlaba desde la ciudad, pero la hacienda era el eje articulador de la vida económica y social.

La base material que fue minando el sistema económico gamonal y la dominación oligárquico señorial, fue la incorporación del Ecuador al mercado mundial mediante la agroexportación cacaotera. El cacao fue el capitalismo y con él se generó una diferenciación social: se consolidó una burguesía agroexportadora y se formó una burguesía comercial y financiera, se amplió una clase media ligada a los procesos de urbanización y surgió el proletariado. Estas

transformaciones alteraban radicalmente la fisonomía del país y generaban nuevas contradicciones; el poder económico se desplazaba cada vez más hacia la nueva burguesía mientras el poder político y el control ideológico continuaban en manos de la aristocracia terrateniente. El desajuste sólo podía conducir a una solución de ruptura, y la revolución liberal de 1895 cumplió este objetivo histórico.

Hasta entonces, el Ecuador post-independentista se había configurado como la "república aristocrática" dominada por la ideología patriarcal de los señores de la tierra y por relaciones precapitalistas de producción -con excepción de ciertas áreas restringidas en donde empezaban a establecerse relaciones salariales- y en donde el poder político y el poder económico no se encontraban aún diferenciados, vale decir, no se había efectuado aún la separación entre sociedad civil y sociedad política, correspondiente al Estado capitalista. De ahí que se mantuviera en el campo jurídico, por ejemplo, la condicionalidad de los derechos de ciudadanía a la propiedad y a la renta; en la economía no se había sentado las bases para la conformación de un verdadero mercado nacional, sino que subsistían unidades productivas regionales, cerradas y relativamente autosuficientes, y el control de la fuerza de trabajo continuaba regulado por mecanismos extraeconómicos típicos de las formaciones precapitalistas; por otro lado, aunque formalmente unificado en el Estado, el poder político real continuaba fragmentado en poderes regionales sin mayor vinculación efectiva con el poder central; el principal centro de producción y difusión ideológica se afincaba en una poderosa iglesia católica que sumaba al monopolio ideológico un efectivo poder económico basado en la gran propiedad latifundista.

En esta sociedad la dominación se la ejerce, no se la justifica: la oligarquía señorial no elaboró un "proyecto nacional" que legitimara su dominación puesto que no pretendió dar a sus intereses particulares un carácter **universal**, de tal suerte que aparecieran como el interés común de toda la sociedad nacional. La ideología de lo nacional se disuelve en un conjunto de elementos que fundamen-

tan un poder disperso que surge enraizado en la sociedad natural. De la relación inmediata entre dominadores y dominados brotan como elementos definidores de la legitimación oligárquico señorial los siguientes:

Donde no había nación constituida, *la religión católica* operaba como factor determinante de la cohesión social. Refiriéndose al período garciano, Belisario Quevedo escribía: "El principio religioso es la única forma de idealidad de las masas. El catolicismo es una gran escuela de disciplina interior. (...). La religión era uno de los pocos lazos de la nacionalidad ecuatoriana (...) el catolicismo es una fuerza de cohesión política" (1). La religión como principio de organización social estuvo consagrada en las Constituciones del Ecuador (hasta la de 1884) que decretaban el catolicismo como religión oficial del Estado con exclusión de cualquier otra, y la Carta de 1869 llegó al extremo de condicionar los derechos de ciudadanía a la profesión de fe en el catolicismo. El anticlericalismo que tan vehementemente se expresó en la disputa entre liberales y conservadores, más que una definición filosófica, fue una toma de posición política porque impedía la constitución de una sociedad civil de individuos "libres e iguales". José Peralta ubica en su justa dimensión el contenido político de la disputa: "*Como vegetábamos en plena Edad Media, nuestro único derecho era el llamado Católico; es decir doctrinas que legitiman la tiranía en nombre de la religión. Derechos naturales del hombre, autonomía individual, soberanía del pueblo, separación de la Iglesia y el Estado, libertades públicas irrestrictas, horrendas blasfemias, dignas de la excomunión y del presidio*". (2)

Quizás el rasgo ideológico que imprimió mayor carácter a la dominación gamonal haya sido una **concepción señorial** de la sociedad; ello nos lleva a caracterizar esta forma de dominación, desde el punto de vista ideológico, como oligárquico señorial. En medio de una estructura

(1) Belisario Quevedo, *Obras*, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Quito, 1971

(2) José Peralta, *El régimen liberal y el régimen conservador*.

clasista todavía difusa, las relaciones sociales aparecen bajo formas estamentales: los socorridos tópicos de la nobleza de sangre, la prosapia ilustre y patriótica, la heredad territorial, justificaban el sometimiento de los subalternos, de quienes no eran iguales. La desigualdad de la sociedad real era aceptada bajo supuestas diferencias de comportamiento; la caballerosidad, una moral diferente, una educación refinada, establecían un abismo entre los señores y el pueblo.

El ejercicio privado del poder conducía a un ejercicio privado de la justicia. La nobleza exigía un comportamiento **paternal** para con los inferiores; en una sociedad de desigualdad la justicia no reside en los derechos sino que es producto de la magnanimidad de los propietarios. Pero ésta tenía sus límites, cuando se los rebasaba la violencia era ejercida como un fenómeno natural: paternalismo y violencia se combinan en esta forma privada del ejercicio del poder y la justicia (3). La polémica ideológica entre liberales y conservadores apuntaba a esta diferente concepción entre poder privado y poder constituido a través de la sociedad nacional; en este sentido también debe entenderse el reclamo de Peralta por la soberanía del pueblo y la autonomía individual. Pero aún antes, el debate que se dio en torno a los requisitos constitucionales que condicionaban el derecho de ciudadanía a la posesión de una propiedad raíz o al ejercicio de una profesión científica o cualquier industria útil, sin

(3) Manuel Burga y Antonio Flores, en su libro **Apogeo y crisis de la república aristocrática**, señalan el catolicismo, la concepción señorial y el paternalismo como elementos constitutivos de una mentalidad oligárquica peruana; sin embargo, a diferencia de nuestro planteamiento, niegan la existencia de una **ideología oligárquica** de carácter orgánico. En el Ecuador, dada la abierta pugna entre el liberalismo y el conservadorismo desde los primeros años de la república, sí se conformó una ideología oligárquica señorial. Desde este punto de vista, encontramos otra diferencia con los autores peruanos: de su libro se desprende que el fenómeno oligárquico es uno solo. Nosotros distinguimos dos tipos y dos fases de la oligarquía ecuatoriana: la gamonal señorial que predomina en la primera fase republicana hasta 1895 y la liberal burguesa que se impone luego de la Revolución Liberal.

Ver: Manuel Burga y Antonio Flores, **Apogeo y crisis de la república aristocrática**, Ediciones Rikchay Perú, 1981

sujeción en calidad de sirviente o jornalero concierto. El pensamiento oligárquico señorial que defendía este condicionamiento argumentaba que quien no tiene propiedad alguna ni libre posibilidad de trabajo, no tendrá independencia de pensamiento y menos interés en la causa pública, como el extranjero que ningún interés puede tener en la suerte del Ecuador (4). Los liberales luchaban por la conformación de una sociedad de iguales, por una sociedad civil plena.

Concepción señorial y paternalismo, y en el trasfondo otro elemento de la ideología señorial: un pensamiento racista apenas disimulado que relegaba a las masas indias, mestizas y mulatas al subsuelo de la estructura social. La supervivencia de las formas de dominación feudal y su fundamentación filosófica del derecho, cuyo supuesto básico fue la inferioridad "natural" del indio, dan cuenta de este persistente racismo. Al no haberse conformado una sociedad civil, de ciudadanos iguales, la ideología señorial negaba la posibilidad del ejercicio de la ciudadanía para los indios; su natural inferioridad racial requería de la tutela protectora de los más capaces: los propietarios y los ilustrados.

Todos estos elementos, y otros a los que no hemos hecho referencia, conformaron la ideología oligárquica señorial sistematizada orgánicamente por sus intelectuales, y formaron parte de un proyecto histórico de dominación económica y de reproducción social.

El concepto de nación ecuatoriana que desarrolla el proyecto oligárquico señorial se fundamenta en un referente de tradición europea: lo español, lo helénico, lo latino están en el origen de nuestra nación. El elemento central de articulación de lo nacional americano es lo español: América se integra a lo universal por la empresa civilizadora de la Conquista y la Colonia. América es, para esta concepción, el Nuevo Mundo Español.

Lo aborígen, lo prehispánico, lo indígena, no constituyen elementos integrantes de la nación, sino que son relegados a la prehistoria, a la arqueología. El espacio de lo no

(4) Enrique Ayala, **Lucha política y origen de los partidos en el Ecuador**, Ediciones de la Universidad Católica, Quito, 1978. p. 156.

nacional (5) es concebido, en lo interno, por oposición a lo blanco-español, castizo-clásico, conservador-católico; en el plano exterior lo que tiene que ver con el industrialismo, con lo pragmático, con lo lucrativo, que lleva a los pueblos americanos a la dependencia de las potencias capitalistas extranjeras.

En las formulaciones del proyecto oligárquico señorial, la cultura goza del más alto privilegio frente a las demás prácticas sociales. La cultura es asimilada al ejercicio literario fundado en la estética clásica y la raíz hispánica del idioma. Temáticamente sólo considera literaturizable lo sublime, lo puro e intemporal, descrito a través de situaciones eglógicas y bucólicas. Los productores de la cultura son las élites herederas de la tradición clásica, la aristocracia del talento y del espíritu, y las prácticas culturales también van orientadas a ese mismo sector.

En el pensamiento oligárquico se construye un paradigma del intelectual que sustenta el proyecto señorial: el organizador de la hegemonía social cuya tarea específica es la producción artística (Olmedo) y el intelectual ejecutor del dominio estatal directo (García Moreno).

En conclusión, la oligarquía gamonal no fue una clase de dimensión nacional, pues los límites históricos de su existencia objetiva y de su ideología le impidieron organizar una **sociedad nacional**. Su poder fragmentado en poderes locales o, cuando más, regionales, no fue asumido plenamente por un Estado que todavía apelaba a una atribución religiosa como fuente de su legitimidad. El Estado es aun el representante inmediato del poder terrateniente, no es, ni pretende ser, el representante colectivo de todos los sectores sociales constitutivos de la sociedad nacional, vale decir, no se configuró como un **Estado Nacional**.

(5) En trabajos anteriores hemos sostenido que el concepto ideológico de nación se construye por oposición a un referente que es postulado como opuesto a la plena realización de la nacionalidad, es decir, un espacio que se define como lo **no-nacional**. Ver: María Augusta Vintimilla, *Nación y Cultura Nacional*, en *Estado, nación y cultura: los proyectos históricos en el Ecuador (1895-1945)*. Cuenca, IDIS, 1988

En el seno de esta sociedad iba conformándose un proyecto alternativo impulsado por las transformaciones económicas y sociales de la segunda mitad del siglo XIX. Como afirmaba Joaquín Gallegos Lara *"el cacao fue el capitalismo. Como es natural, rápidamente el hecho económico se volvió hecho histórico. El crecimiento de una burguesía exportadora con su proletariado agrícola productor y su proletariado portuario estibador, condujo a la revolución liberal"* (6).

El proyecto histórico liberal se inscribe en un proceso general de insurgencia de nuevas fuerzas sociales en el escenario de los países latinoamericanos en un momento de crisis de las sociedades tradicionales que se descomponían por el impulso del desarrollo capitalista. Este proceso político social erosionaba las bases de la conciencia nacional criolla, blanca y oligárquica, y trajo consigo un replanteamiento del problema nacional y cultural en toda América Latina.

2. EL DESPERTAR NACIONAL DE AMERICA LATINA

Los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX son, en América Latina, los del despertar nacional. Hasta entonces el nacionalismo dominante de las oligarquías criollas que formaron las repúblicas independientes, había tenido grandes limitaciones; no abarcaba al conjunto de los sectores sociales que conformaban las naciones reales, restringiéndose a una sola clase: la aristocracia criolla blanca, mientras la filiación colonial de sus orígenes mantenía a su ideología y a sus valores culturales sujetos a los modelos europeos.

Las profundas transformaciones económicas, políticas y sociales generadas por el desarrollo capitalista y la integración creciente al mercado mundial, quebraron las bases

(6) Joaquín Gallegos Lara, *El desarrollo del capitalismo en el Ecuador en Páginas olvidadas de Joaquín Gallegos Lara*, compilado por Alejandro Guerra Garcés, Ediciones de la Universidad de Guayaquil, Guayaquil, 1987

de la ideología oligárquico señorial, su concepto de nación y sus valores culturales. Estas transformaciones pueden ser brevemente resumidas en las siguientes: América Latina asiste a comienzos del siglo, a la primera época de constitución de la clase obrera y al proceso de su autonomización organizativa y política. Los importantes levantamientos indígenas y del proletariado agrícola junto a las movilizaciones obreras y las primeras organizaciones gremiales son nuevos fenómenos de una sociedad convulsionada que evocaron, en algunos casos, la visión de una sociedad en descomposición. La creciente y agresiva presencia de los Estados Unidos, particularmente en Centro-américa y el Caribe, provocó un distanciamiento crítico de Latinoamérica y una conciencia nacional de características continentales, frente a la amenaza común del imperialismo.

El señalamiento de los lazos comunes, históricos, étnicos y culturales fue una de las bases para el desarrollo de un pensamiento latinoamericanista y de una cultura nacional fundamentada en la unidad latinoamericana, como forma de crear una barrera sólida ante la agresión de Estados Unidos.

El nacionalismo de esos años existe bajo dos versiones. Desde la perspectiva de las clases dominantes, hay una modernización de la conciencia nacional criolla y oligárquica que encuentra en las características raciales de los pueblos latinoamericanos la causa de sus males y de su atraso. En una visión teñida de racismo, escritores como Carlos O. Bunge, Alcides Arguedas, Francisco García Calderón, entre otros, caracterizan al indio como resignado y pasivo cuando no feroz; al negro como servil; al mulato como ambicioso; el mestizo es perezoso, triste y arrogante, mientras el criollo es altanero y mentiroso. Se supone en general que son razas híbridas no aptas para un desarrollo ulterior, y la solución consiste en intensificar la inmigración de las razas puras europeas o, en todo caso, un mayor contacto con los pueblos latinos de Europa.

La otra versión del nacionalismo elabora un concepto de nación de base popular. González Prada, por ejemplo, señalaba que el verdadero Perú existe en las muchedumbres de

indios y encontraba en cada blanco a un Pizarro. Ricardo Rojas por su parte, fundamenta la nación argentina en el gaucho.

Ambos conceptos, el oligárquico y el popular tienen como referente común el carácter continental latinoamericano de su referente nacional y su fundamento en una sola etnia.

Todas estas transformaciones sociales e ideológicas llevaron a una preocupación por explicar las condiciones reales de nuestros países: su historia, su política, su cultura.

La búsqueda de los rasgos que pudieran definir la especificidad de América Latina frente a Europa y Estados Unidos, llevó a explorar las regiones rurales como el lugar privilegiado de lo original latinoamericano: el paisaje, la población indígena y campesina, su rica tradición cultural - hasta entonces obviada por el pensamiento de filiación colonial-, su aislamiento de la modernización que se dejaba sentir en los centros urbanos, las relaciones atrasadas que primaban en el campo. Todo ello configuraba un espacio contradictorio; si por un lado concentran el sustento de lo americano, por otro aparecen como el lastre que detiene el progreso y explica el atraso. La cuestión agraria, en términos económicos, sociales y culturales, se revelaba entonces como el núcleo de los más intrincados problemas nacionales.

La oscuridad de las relaciones clasistas, todavía informes y en vías de transformación, resaltó a primer plano la cuestión racial, y el pensamiento sociológico y político, cultural en general, intentó explicar la realidad a partir de esta determinación. El problema indígena comienza a hacerse presente en las reflexiones sobre la nación.

El positivismo formó el ámbito ideológico para la construcción de explicaciones sobre nuestra realidad, a partir del análisis de la influencia del ambiente físico y de las características naturales de las razas en la conformación del carácter nacional. El programa positivista de educación, desarrollo y orden como solución al atraso, adoleció de una profunda contradicción: suponía una lucha ideológica y po-

lítica contra la ideología oligárquico terrateniente y en ese sentido proponía un modelo de desarrollo democrático burgués, pero al mismo tiempo expresaba los intereses de los nuevos grupos oligárquico burgueses que empezaban a desarrollarse a la sombra del capital extranjero.

La filosofía positivista de "progreso en orden" sirvió de fundamento a las brutales dictaduras de Porfirio Díaz en México o de Estrada Cabrera en Guatemala, -para citar sólo dos casos-, profundamente racistas y proimperialistas; sin embargo, en Venezuela durante la dictadura de Gómez, representó una corriente de pensamiento democrático. En el Ecuador el pensamiento positivista se inscribió en un proyecto democrático burgués.

En 1900 la publicación de *Ariel* de José Enrique Rodó despertó hondas repercusiones en el pensamiento social de América Latina en las dos primeras décadas. Su defensa de la democracia, entendida sobre todo como igualdad de oportunidades para la educación se basa en el supuesto de que por la cultura surgiría espontáneamente una élite preparada para conducir a sus pueblos hacia sus más altos desarrollos espirituales. El pensamiento de Rodó intenta ser una respuesta cultural a los problemas políticos y económicos de nuestros países. Si la sociedad norteamericana era poderosa, su avance se reducía al campo de lo material; pero desde el punto de vista de la cultura, los Estados Unidos son -para Rodó- una nación "*cuya prosperidad es tan grande como su imposibilidad para satisfacer a una mediana concepción del destino humano*". La diferencia de "destino" entre los sajones y los latinos radicaba para él en el "espíritu de la raza".

Los contenidos fundamentales y de mayor repercusión del arielismo fueron la insistencia en la reforma educativa para elevar a las masas de su nivel, la tesis de la unidad latinoamericana por encima de las situaciones nacionales, y una afirmación de la superioridad espiritual inherente a la raza latina. Los intelectuales debían ser los generadores del impulso cultural que empujaría a los pueblos latinoamericanos hacia su destino histórico.

Los ensayos escritos en esos años (Vasconcelos, Henríquez Ureña, Silfonso Reyes, José Veríssimo, Manuel Ugarte) están contruidos sobre estos supuestos, y la literatura -lejos de ser una creación para el entretenimiento y el goce estético como fue para la aristocracia terrateniente- se concibe como un instrumento didáctico: señalar los males y las virtualidades de nuestras sociedades para instar a los pueblos a la reflexión. Esta concepción estuvo profundamente ligada a la fe en la palabra escrita y en la educación como solución social.

La intención didáctica asociada a la necesidad de crear una cultura original latinoamericana impulsó a los escritores a describir los aspectos menos conocidos de nuestras sociedades. Aprender a ver América y enseñar a las masas a comprenderla, debía ser la base para una originalidad de nuestro arte, tan importante como la independencia económica. Una élite intelectual dirigente que, a partir de la identificación con el destino ideal de los pueblos latinoamericanos, propiciaran una cultura original y la difundieran en el seno de las masas, y la unificación de los distintos componentes sociales, étnicos, culturales y materiales de América Latina como condición para el cumplimiento de su destino histórico, fueron elementos del programa ideológico sostenido por el pensamiento latinoamericano del período.

El arielismo no fue un pensamiento homogéneo. Existen dos tendencias: la una fue una reacción aristocrática contra el prosaísmo, la corrupción y el materialismo de la vida moderna que encuentra en el desapego de la tierra y en la descomposición de la sociedad tradicional el origen de todos los males de América Latina; en el Ecuador, Gonzalo Zalumbide da cuenta de esta tendencia.

Y una corriente democrática y progresista que denuncia el encierro feudal de nuestras naciones, su aislamiento de lo más avanzado del pensamiento, la ciencia y la técnica universales; la brutalidad de las relaciones de explotación en el campo que condena a la incivilización y al estancamiento a grandes grupos humanos; se rebela contra los privilegios de casta y el carácter parasitario y retrógrado de

las clases herederas del pasado colonial. Alfredo Espinoza Tamayo y Alejandro Andrade Coello ilustran este pensamiento en el Ecuador.

3. EL LIBERALISMO: UN PROYECTO DE SOCIEDAD NACIONAL

El liberalismo constituyó en el Ecuador el arma ideológica del proyecto nacional burgués. Enarbolado en sus inicios por la burguesía comercial costeña, se convirtió luego en bandera de lucha de la clase propietaria libre de la tierra y de la pequeña burguesía. Fue esta última, sobre todo, la que diseñó el programa y la ideología liberal burguesa y nacional que triunfó en junio de 1895. Ya antes, la burguesía comercial, nacionalista y progresista, se había transformado en oligarquía reaccionaria y antinacional.

El proyecto histórico liberal fue un proyecto burgués democrático que representó los intereses de diversas clases y grupos sociales opuestos al dominio gamonal. Sin embargo no fue dirigido por una clase fundamental, por lo cual no pudo realizar todos sus contenidos programáticos. Ante la ausencia de una burguesía propiamente nacional y democrática, el pensamiento liberal se cohesionó a través de las formulaciones hechas por intelectuales orgánicos como Montalvo, Luis A. Martínez, Roberto Andrade, Eloy Alfaro, José Peralta, Luciano Coral, Vargas Torres, entre otros, cuyo origen de clase es la pequeña burguesía comercial o agraria.

En sus contenidos programáticos generales el proyecto liberal fue una propuesta de revolución democrática burguesa contra la dominación oligárquico gamonal y su forma de organización política y cultural de características aristocráticas señoriales. Propuso la formación de una sociedad civil de ciudadanos libres e iguales; la organización de un Estado democrático representativo; y el desarrollo de una cultura nacional democrática.

Los ideólogos liberales diseñaron una **estrategia de desarrollo capitalista** cuyos puntos medulares fueron los siguientes:

Desterrar un régimen de servidumbre basado en el monopolio de la tenencia de la tierra. Si bien no plantearon un proyecto de revolución agraria, los liberales proclamaron en repetidas ocasiones su interés por redimir a *"la raza indígena (...) de la oscura abyección y terrible servidumbre en que la tuviera sumida el régimen opresor de vasallaje de los señores feudales de la Sierra"* (7). La liberación de toda coacción extraeconómica que pesaba sobre los indígenas, para convertirlos en trabajadores libres, pasaba también por la supresión del diezmo, calificado como un poder de exacción clerical y estatal y de todos los tributos fiscales y municipales que desde la colonia habían colocado a la raza indígena como sujeto de explotación.

Frente a la desintegración económica regional, los liberales lucharon por la centralización como medio para lograr la cohesión nacional, eliminando vinculaciones, amortizaciones y caudillismos locales que con su autonomía trababan la expansión del comercio, de las fuerzas productivas y de la formación del mercado interno. Paralelamente a la liberación de la fuerza de trabajo sujeta a relaciones serviles, el programa político liberal, contemplaba la construcción de una base material para un desarrollo capitalista integrado, superando la barrera de la dispersión geográfica y la carencia de una división social del trabajo a nivel nacional.

El proyecto político liberal, en relación al desarrollo de las fuerzas productivas, se sustentaba en los principios de la modernidad, la fe en el progreso, el aprovechamiento de los recursos naturales mediante el desarrollo de la ciencia y la técnica que propiciarían la industrialización del país. Pero no era sólo la industria sino también la agricultura: la modernización de la agricul-

(7) Registro oficial. Núm. 18, Guayaquil, 1895. (septiembre 3).

tura, en particular de la serrana, con el objetivo de proveer al mercado nacional y buscando también una participación en el mercado mundial. El desarrollo agrícola debía a su vez convertirse en un pilar para el desenvolvimiento de una industria autosuficiente, proveyéndola de materias primas y de medios de vida baratos para la fuerza de trabajo que en ella laboraba.

Todo lo anterior debía conseguirse a través de la creación de una estructura jurídico-industrial que regulara las relaciones sociales para el desenvolvimiento de la acumulación capitalista. En lo que tiene que ver con la gestión estatal en sentido estricto, esto es con el sistema de relaciones de poder establecidos en torno al **Estado y sus prácticas**, el proyecto político liberal apuntaba a:

Lograr la separación entre sociedad política y sociedad civil, tendiendo a la conformación de un Estado nacional democrático burgués. Para ello se debía destruir un régimen político fundamentado en el derecho divino y sostenido por la Iglesia: la identidad entre Iglesia y Estado, aparecía como el principal obstáculo para la cohesión y afirmación estatal-nacional. Pero no sólo era esto, sino que la formación del Estado moderno significaba también eliminar la fragmentación del poder político en poderes regionales, el dominio que, fundamentado en la superstición religiosa, ejercían *"los antiguos caballeros feudales, en ciudades como Quito, Riobamba, Cuenca y otras poblaciones principales del valle de los Andes"*.

La creación de un Estado "protector" para el despegue de la actividad económica, tanto de la agricultura como de la naciente industria. En esta perspectiva fue un proyecto de dirección política estrictamente coyuntural, pues los ideólogos y dirigentes liberales profesaban ser partidarios del libre cambio, pero frente a la debilidad de nuestro desarrollo económico a fines del siglo XIX, admitían la imperiosa necesidad de una protección esta-

tal "mientras dure la infancia" de las actividades económicas que necesitan el auxilio del gobierno nacional. El moderno Estado, para los liberales, debía garantizar un mercado interno libre de controles; un sistema monetario y cambiario para asegurar la marcha próspera del comercio exterior y evitar la explotación de nuestros exportadores por parte de los capitalistas de ultramar; que amplíe las relaciones capitalistas con el exterior y recupere la reputación crediticia del país; en fin, un Estado que protegiera e impulsara la agricultura y la industria nacional, regulando la importación de bienes similares a los elaborados en el país y construyendo una infraestructura de transporte para facilitar la exportación y el comercio interno.

Soberanía del pueblo, separación de la Iglesia y del Estado, un espacio geográfico y económico integrado que supere las prácticas localistas y de disgregación regional, impulso y protección estatal a la economía, son los elementos constitutivos del programa liberal en lo que tiene que ver con una forma de desarrollo estatal. En lo que se refiere al **proyecto político de cohesión social**, la perspectiva de creación de **hegemonía y consenso** en la sociedad civil, los liberales lucharon por una organización social igualitaria que destruya la organización estamental de la sociedad señorial. Los principios rectores del nuevo proyecto descansaban en: respeto absoluto a los derechos naturales del hombre, autonomía individual, libertades públicas irres-trictas, como las de prensa y de pensamiento.

Pero el proyecto histórico liberal no fue sólo una propuesta económica y político-estatal. Fue además, históricamente, la primera formulación crítica acerca de los fundamentos de la **nación ecuatoriana** y de los contenidos de una **cultura nacional**.

Mientras declinaba el poder económico y político de los señores de la tierra, su bagaje ideológico aristocratizante y patriarcal sufría hondos resquebrajamientos por los procesos derivados de la implantación de las relaciones capitalis-

tas en el Ecuador: el surgimiento de nuevas clases, la presencia relativamente más organizada de los sectores populares, los procesos de urbanización, el contacto con las corrientes del pensamiento universal, exigían nuevos modos de interpretar la realidad ecuatoriana, que explicaran el estancamiento del país y que propusieran soluciones renovadoras para dar el gran salto a la modernidad.

La necesidad de construir un sujeto colectivo, "*una voluntad colectiva nacional*", en términos de Gramsci, que librara la batalla definitiva en la liquidación del poder feudal de la aristocracia terrateniente, es la tarea fundamental del momento. Para ello, los intelectuales orgánicos del proyecto liberal reelaboran un concepto de nación que, enraizado en nuestra historia, diera cuenta de las nuevas condiciones del país y marcara un camino hacia el futuro.

Si las causas del atraso están en la supervivencia de las arraigadas formas feudales de nuestro pasado colonial, el liberalismo afinca el nacimiento de la nueva nación en la independencia. Esta es una primera ruptura con el enfoque ideológico de la nación aristocrática que no sólo reivindicaba la colonia y la conquista, sino que no vacilaba en anexarse las glorias de España y aún los del Imperio Romano, en nombre de la latinidad.

Las transformaciones sufridas por la sociedad ecuatoriana de las últimas décadas del XIX, presentaban una imagen inédita del país que planteaba desafíos no conocidos hasta entonces. Como consecuencia surge la necesidad de explicarse el sentido de tales transformaciones y las causas que hacían posible la perpetuación de las formas ya caducas que, no obstante, se resistían a desaparecer.

Fuertemente imbuidos por los principios iluministas, de fe absoluta en la razón y la ciencia, en la creencia de que en ellas se encuentran no sólo las claves del entendimiento de las condiciones del país sino inclusive el resorte capaz de transformarlas, los intelectuales del proyecto liberal optan por el positivismo como método de análisis. Con esto reaccionan contra el doctrinarismo metafísico y especulativo de

la escolástica, y vuelcan su preocupación hacia lo más inmediato de la realidad concreta, tal como ella aparece.

En busca de un concepto de nación radicalmente distinto de la restringida concepción aristocrática, el proyecto liberal incorpora otros constitutivos nacionales y encuentra que la esencia de la identidad nacional se resuelve en las clases medias y el mestizaje.

Desde este punto de vista, Luis A. Martínez, por ejemplo, configura una visión de la aristocracia como una clase en absoluta descomposición. Con un sentido que anticipa algo de las utopías de Vasconcelos, "A la Costa" es, entre otras cosas, un canto de bienvenida al mestizaje, a la vez que un requiem a la dominación de la raza blanca en el Ecuador.

La aristocracia, en trance de desaparición, está representada por "*una raza mal configurada para la vida que pronto sería eliminada*". Salvador Ramírez -protagonista de "A la Costa"- es el modelo arquetípico sobre el que pesan todas sus flaquezas y debilidades: pálido, débil de cuerpo y de espíritu, "*enfermizo como una señorita*", tímido por raza y educación, de una "*inteligencia luminosa pero sin movimiento*", carente de toda voluntad en un mundo donde el triunfo pertenece siempre a ésta, Salvador tenía "*ese algo inexplicable como anuncio cierto de los que sólo están en el mundo como de paso*". Salvador está predestinado para el fracaso y con él, toda la dominación aristocrática blanca.

Martínez es el intelectual que proclama la misión revolucionaria de la clase media. Frente a la incapacidad de la aristocracia blanca para conducir política y moralmente la sociedad, por ser representante de un régimen en extinción, y frente a la imposibilidad de las clases populares para asumir el rol directivo por el estado de disgregación en las que las ha sumido la dominación feudal, Martínez encuentra en la clase media el sujeto histórico revolucionario ya no sólo ecuatoriano, sino mundial.

Esta tesis aparece en Martínez como una reivindicación no exenta de determinismo racial: la revolución es concebida como una afirmación de lo que "*realmente*" constituimos como pueblo, un pueblo mestizo.

La pequeña burguesía, vital, emprendedora, práctica, sólidamente asentada en el mundo y en la vida, está prede-terminada inclusive racialmente para ser la nueva clase di-rectora de la sociedad. Ella es la auténtica productora de ri-queza en base de su *"esfuerzo propio"*. Veamos cómo la caracteriza Martínez: *"es gente práctica y sólida", "capaz de las más atrevidas concepciones y conquistadora hasta de lo imposible", con "una confianza ciega en la vida" y una "sa-ludable despreocupación de las absurdas leyes de una socie-dad enferma y raquílica, adictos a la patria, valerosos sol-dados en la guerra y fecundos trabajadores en la paz"*. Es la *"hermosa clase media que no pica muy alto en asuntos de no-bleza", "la llamada a llenar en no lejano día el mundo derro-tando con sus prácticas virtudes, con el trabajo, las mil necias preocupaciones religiosas y sociales, que hoy hacen gemir a la humanidad en un calabozo estrecho y hediondo..."*.

La población indígena, por su lado, empieza a ser re-cuperada como parte de la nación. Bajo el programa civi-lista y modernizador del liberalismo, no se rescata la tradi-ción y las formas culturales de lo indígena, sino que se pro-pugna su incorporación a la civilización moderna, bajo la condición del abandono de sus prácticas consideradas como primitivas. Al respecto, citaremos un decreto del Consejo de Ministros, como resultado de una comunicación de Alfaro.

*CONSIDERANDO

1. Que la desgraciada condición de la raza india debe ser aliviada por los poderes públicos;
2. Que el Gobierno liberal que ha inaugurado en el país el señor General Alfaro, está en el deber de proteger a los descen-dientes de los primeros pobladores del territorio ecuatoriano; y.
3. Que en la campaña por la honra nacional los indios han prestado grandes servicios al Ejército Libertador, demos-trando así que están dispuestos a adoptar las prácticas de la civilización moderna,

Decreta

1. La raza india queda exonerada de la contribución territorial y del trabajo subsidiario;
2. Las autoridades civiles y militares cuidarán de que se les trate a los indios con las consideraciones debidas al ciudadano ecuatoriano, a fin de corregir, así, los abusos que se han cometido con una raza que es digna de mejor suerte;
3. Establézcanse escuelas especiales para la educación de los indios a fin de que puedan adquirir los derechos y cumplir los deberes de la ciudadanía". (8)

Pero la nación exige además un espacio geográfico y económico integrado. Superando las visiones y las prácticas localistas, de disgregación regional que caracterizaron la visión ideológica aristocrática, el proyecto histórico liberal exhibe una voluntad integradora. "A la Costa" ilustra como una adecuada metáfora esa voluntad de integración entre la Costa y la Sierra, dando al paisaje y a la geografía una di-mensión nacional.

A partir de una observación minuciosa de las condicio-nes concretas en que se desarrolla la sociedad ecuatoriana de fines de siglo, los intelectuales liberales extraen los argu-mentos para una crítica de las instituciones y de las formas culturales sustentadoras del poder terrateniente, y de la función estructuradora de códigos morales que ellas cum-plen, modelando conductas individuales y colectivas.

Esta crítica se inscribe en una forma de lucha contra la hegemonía que consiste en desarticular críticamente los principios constitutivos de una ideología para rearticularlos en función de un nuevo interés de clase, en un nuevo pro-yecto histórico.

Su orientación general es la crítica activa de una cul-tura que conserva su matriz feudal en las normas que rigen los códigos de comportamiento: la rígida educación escolás-tica sustentada en estériles meditaciones metafísicas, la po-lítica autoritaria y excluyente con características despóti-cas que organiza la república teocrática, monástica, atrasa-da; y una moral en descomposición cuyas notas distintivas son el servilismo y la adulación al poderoso, la hipocresía,

(8) Registro oficial, Núm. 14, Guayaquil, 1895, (agosto 29).

el desprecio arrogante y feroz contra los débiles, el encumbramiento social como fin último de lo humano, la obsesiva preocupación por guardar las formas que exige el complicado código social aristocrático. La clase que sustenta su poder sobre tales principios es la terrateniente serrana y su instrumento ideológico: el clero.

El fundamento último de la crítica radica en que la dominación terrateniente impide el ingreso del país en la modernidad y en el progreso, constituyendo una traba para el desarrollo de las energías nacionales en un doble nivel: el aprovechamiento de los recursos naturales mediante el desarrollo de la ciencia y la técnica y las posibilidades de realización de los individuos por la vía de una educación profesional y una moral humanista.

"La educación de nuestra juventud ha seguido el camino trazado desde el tiempo de la colonia: mucho de filosofía especulativa y nada de las ciencias prácticas de la vida. Salvador salía del colegio de los jesuitas convertido en un verdadero filósofo, y con esa filosofía rancia y caduca que mata la franca acción del hombre, iba a conquistar un porvenir"

En una sociedad de clases, mientras mayor es la distancia social que existe entre ellas, más grande es la brecha que las separa en términos de la educación. El saber, o por lo menos lo que la cultura oficial entiende como saber, se convierte en un rasgo distintivo de clase. En una sociedad colonial como la nuestra, con su rígido sistema de estratificación social, el acceso a la educación estuvo vedado largo tiempo a las clases que contribuían con el trabajo en el sistema servil. A pesar de que las transformaciones posteriores abrieron algunos espacios a sectores sociales más amplios, la educación siempre estuvo reducida a las clases dominante y a quienes dependían de ella. Es explicable entonces que el saber conservara durante mucho tiempo la marca aristocratizante de sus orígenes. Al margen de las funciones ideológicas de sus contenidos, el saber es considerado como un valor en sí, que no guarda relación alguna con su utilidad práctica. Es, simplemente, un rasgo de clase.

La crítica liberal de la educación y sus exigencias de democratización apunta en este doble sentido: a la par que una mayor apertura de la educación hacia otros sectores sociales, exige una reforma de sus contenidos en un sentido "práctico". El sistema educativo es uno de los blancos preferidos de la crítica en la narrativa liberal: *"mi educación -dice Salvador en "A la Costa"- fue como para hacer de mí un santo o un filósofo; y ahora todos estos méritos no me dan un pedazo de pan para acallar el hambre"*.

Por esos sus cuestionamientos son también críticos de otras manifestaciones culturales: la existencia de una poesía pomposa y fútil, al estilo del joven Palomeque con su eterna "Oda al Pichincha", o de falsa apología del trabajo, que señala Martínez. La crítica del derecho y sus sutilezas, *"Ciencia de la ocultación de la justicia en el mar revuelto de las leyes, más parecido a un farol de chichería que lámpara del saber"*.

La cuestión de fondo que subyace en toda esta crítica radica en su falta de practicidad, en su carácter puramente especulativo. Frente a este tipo de conocimiento hay una revalorización del trabajo práctico. *"Que diversa sería mi situación, dice el mismo Salvador, si mis manos se hubieran ejercitado en el manejo del escoplo o el martillo"*.

La crítica apunta al carácter autoritario de una educación destinada a formar siervos y tiranos, consagrando las desigualdades estamentales de la sociedad y consagrando también el sistema político absolutista que representa esa desigualdad. Se evidencia así la vinculación entre educación y política, representantes ambas del poder aristocrático. Pero las trabas inquisitoriales que la educación escolástica opone a la penetración de la ciencia y la técnica no tienen solamente consecuencias ideológicas sino que provocan el estancamiento del país, frenando el desarrollo de las fuerzas productivas e impidiendo el acceso del Ecuador a la modernidad.

Y un último aspecto: la situación de la mujer. Sobre la crítica de la retórica aristocrática que convierte a la mujer en el mito de mujer-diosa, como amante o como madre,

los intelectuales liberales analizan la condición de la mujer relegada a la jerarquía de *"ama de llaves, o cuando más de resorte de recreaciones transitorias"* en una sociedad patriarcal que le niegue todo espacio de actuación humana. Las mujeres de las clases altas, educadas en el lujo superfluo, el orgullo, la vanidad, la absoluta incapacidad de valerse por sí mismas, se ven forzadas a depender de los hombres en una suerte de prostitución disfrazada. Las mujeres de las clases populares, por su parte, se debaten en la más absoluta miseria que las conduce a una degradación moral semejante a la de las primeras.

La educación es, otra vez, el resorte capaz de abrir las puertas para que *"los dos sexos se ayuden en la gran empresa del progreso"*. Roberto Andrade en *"Pacho Villamar"* toma como ejemplo el sistema de coeducación de los Estados Unidos *"donde se establece una fraternidad mutua y entrañable"*; *"de aquí el poder de la mujer en los Estados Unidos: rivaliza con el hombre en las profesiones más altas, no le huye ni tiene por qué huirle"* y concluye: *"educad a la mujer"* porque *"la ignorancia de la mujer es una de las causas del atraso de los pueblos"*.

La situación de la mujer en la sociedad patriarcal es vista como uno de los indicadores de la descomposición moral de la nación por las pautas represivas de la moral religiosa que inciden en los comportamientos.

IV. LA SOCIEDAD OLIGARQUICO BURGUESA

Hemos descrito lo que fue la formulación ideológica del proyecto histórico liberal; veamos ahora algunas de sus realizaciones.

Si bien la Revolución Liberal se trunca como proyecto democrático burgués, su ciclo de realizaciones inconclusas puede situarse entre 1895 y 1918, es decir, desde el triunfo liberal hasta la expedición del decreto de abolición del concertaje: durante este período se sientan muchas bases de la estructura jurídico institucional para el normal

desenvolvimiento de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción que se habían instaurado en el país con el desarrollo de la agricultura de exportación; se adelanta en la construcción de la base material capitalista, y en lo político se conforma el Estado laico y la dominación oligárquico burguesa.

Con la revolución liberal accede al poder la burguesía libre-cambista y bancaria que impone la modalidad de desarrollo capitalista predominante basado en la demanda externa, con lo que el Ecuador se inscribe definitivamente en un tipo de capitalismo dependiente de las vicisitudes del funcionamiento del capitalismo mundial, en su fase imperialista. El hecho de que la Revolución Liberal se produzca cuando el capitalismo había llegado ya a esta fase, explica el bloqueo a toda posibilidad de desarrollo capitalista autónomo en el país, posibilitando, a su vez, la hegemonía de la burguesía libre-cambista y bancaria.

A pesar de sus frustraciones como proyecto democrático, la revolución liberal sentó las primeras bases para el desarrollo del **Estado moderno** en el Ecuador en los campos de la acumulación capitalista, de legitimación de la dominación burguesa y, muy débilmente, en el establecimiento de un sistema de hegemonía y consenso en la sociedad civil. El proyecto se transforma en historia, mediatizada en parte, trunca y deformada la mayoría de veces.

Si bien en el campo de las relaciones sociales se transó con el gamonalismo feudal, sin embargo se caminaron ciertos pasos hacia la eliminación de las relaciones serviles, comenzando por la liquidación del diezmo, hasta la eliminación de la base legal del concertaje. Es importante también, en este lento proceso de liberación de mano de obra para que trabaje como asalariada en la actividad exportadora, la abolición del impuesto sobre los indígenas. La confiscación de los bienes de la Iglesia -más de setenta haciendas serranas-, no modificó en sí las relaciones de producción, pero al afectar al agro amortizado de propiedad eclesiástica, contribuyó a la expansión de la forma de libre propiedad de la tierra; por supuesto que este hecho vino a constituirse en la base

agraria terrateniente del poder oligárquico que terminó por consolidarse definitivamente a partir de los gobiernos liberales.

Desde la perspectiva de la política de acumulación, la acción de los gobiernos liberales fue decisiva en la construcción de la base material para el desarrollo del capitalismo agroexportador y la creación de una base financiera sólida para el comercio exterior; sin embargo, al vincular el desarrollo bancario privado a las funciones de financiamiento del gasto público, el Estado se convirtió en el aparato de dominación de la burguesía financiera, como fracción dirigente de la dominación oligárquico burguesa.

A más de todas estas medidas de política económica que viabilizaron la supeditación de la economía ecuatoriana al funcionamiento del capitalismo mundial en su fase de expansión imperialista, los gobiernos liberales de la época desarrollaron un programa de integración del mercado interno, a través fundamentalmente de obras de infraestructura: la construcción del ferrocarril Guayaquil-Quito y la puesta en marcha de proyectos de una red interna de ferrocarriles; además se planificaron puentes, carreteras, conexiones telegráficas.

En lo que tiene que ver con el proceso de formación del Estado moderno habíamos sostenido que los liberales se plantearon un proyecto de Estado como un aparato jurídico político que organizara la sociedad homogenizando la diversidad de intereses bajo la abstracción de la igualdad política. Como concreción histórica fundamental la Revolución Liberal conformó el Estado laico, consumando la separación entre Iglesia y Estado, y la secularización del sistema educativo nacional eliminando su supeditación a la institucionalidad eclesiástica.

Desde otra perspectiva de análisis, los avances de la Revolución Liberal en cuanto a organizar una sociedad civil fueron limitadas; no logró conformar una sociedad de individuos sociales igualados por su condición de "propietarios privados" (de los medios de producción, de la fuerza de trabajo) porque las relaciones sociales en el país continuaron

siendo predominantemente precapitalistas. Tampoco pudo organizar plenamente una sociedad nacional de "ciudadanos" iguales en sus derechos civiles y políticos porque las grandes mayorías siguieron marginadas de la democracia representativa, de la educación y de todos los valores que el proyecto liberal propuso como constitutivos de una sociedad "moderna".

Sin embargo la Revolución Liberal logró desarrollar algunos elementos de la sociedad civil en este doble contenido:

Por un lado, en lo que se refiere a los productores privados, se dieron algunos pasos para la descomposición de relaciones serviles y la transformación de los concertos en trabajadores libres; y a través de disposiciones jurídicas y de un conjunto de cambios institucionales, se organizó en el espacio nacional la actividad lucrativa de los empresarios capitalistas privados: promulgación de la Ley de Bancos Emisores, la Ley Monetaria, el Código de Comercio.

Por otro lado, la Revolución Liberal consagró al menos formalmente la libertad de prensa, de pensamiento y de cultos, como derechos constitucionales, complementados con una estructura jurídica contenida en el Código Penal, Código de Policía, la Ley de Instrucción Pública, y la Ley de Registro Civil que centralizaron en el Estado la facultad de regulación de los derechos y deberes ciudadanos.

El proceso liberal fracasó como revolución democrático burguesa: no transformó radicalmente las relaciones sociales de producción, no consiguió establecer un Estado democrático burgués ni una sociedad y una cultura nacional democráticas. Por el contrario consolidó la dominación oligárquico burguesa.

La tesis de mayor aceptación con respecto al curso de la Revolución Liberal, consiste en afirmar que existió un período inicial de transformaciones revolucionarias profundas que, afectando el poder gamonal, instauraron un breve ciclo de realizaciones de revolución democrático-burguesa, sin participación determinante de la oligarquía agroexportadora. Esta tesis sostendría que la constitución

del poder oligárquico se dio en un período posterior, (hacia 1912), y como resultados de una "traición" a los principios de la Revolución Liberal.

Nuestra investigación nos lleva a afirmar que desde la conformación del primer gobierno liberal, la fracción de clase que toma posiciones hegemónicas en la dirección del proceso es la oligarquía agroexportadora y financiera; es decir que el proceso liberal, desde su inicio como poder político, instaura de manera creciente la forma de dominación oligárquico burguesa.

Si bien el **proyecto liberal** tuvo efectivamente un carácter democrático burgués revolucionario (y con ese contenido debe ser analizado el pensamiento y la acción de Alfaro y de los dirigentes políticos e intelectuales liberales), sin embargo el desarrollo histórico objetivo del **proceso liberal** tuvo como principal protagonista, en sus realizaciones concretas, a la oligarquía burguesa: entre 1895 y 1912 se cumplen las transformaciones liberales que, fundamentalmente son funcionales a su dominación; 1912 no es realmente el momento de la toma del poder por parte de la oligarquía; es más bien el momento de su constitución en clase dominante única, cuando ha cumplido el ciclo de realizaciones que le son indispensables, y consigue eliminar de la participación en el poder del Estado a las otras fracciones de clase que podrían exigir una radicalización de ese proceso en un sentido democrático burgués.

Esta realidad es percibida tempranamente por algunos intelectuales dirigentes de la Revolución Liberal. Roberto Andrade, por ejemplo, en su "Biografía de Alfaro", señala cómo, desde el primer gabinete de 1895, la oligarquía había tomado posiciones claves, desviando el curso democrático burgués de la revolución (aún cuando Andrade pretende justificar su inclusión predominante en el gobierno dada su experiencia en el manejo de los asuntos administrativos y económicos).

La dominación oligárquica burguesa, esa forma típica del capitalismo primario-exportador latinoamericano, ha sido descrita como el poder político de una clase social nu-

méricamente reducida y que reposaba en la propiedad de la tierra, las propiedades mineras, el gran comercio de importación-exportación y la banca; hacia el exterior, las oligarquías cumplían el rol de nexo entre el país y el imperialismo.

La oligarquía ecuatoriana se conformó con idénticas características con la peculiaridad de que su poder se constituyó en una confluencia de intereses con el gamonalismo serrano.

A diferencia de la burguesía clásica, y con un contenido similar al de la dominación gamonal, la oligarquía liberal no elaboró un **proyecto nacional**. Su dominación se basó en un débil consenso y en un escaso desarrollo de la sociedad política. El Estado oligárquico no fue tampoco un Estado Nacional en sentido estricto, se caracterizó por la fragmentación regional del poder y por un débil desarrollo del aparato administrativo, por una organización fiscal dispersa y por una sociedad política atrofiada.

Al no desarrollar un proyecto histórico de carácter nacional, la oligarquía no logró conformar un programa ideológico para articular a las otras clases sociales. Un rasgo del Estado oligárquico liberal, desde esta perspectiva, y a diferencia del proyecto histórico liberal, es el débil desarrollo de los aparatos ideológicos del Estado. De esto resulta que el proyecto de cultura nacional elaborado por los ideólogos liberales, se disolvió en una cultura elitista y desnacionalizadora, pues no hubo un sustrato histórico-cultural común para la oligarquía y las clases dominadas una cultura de matriz europea subsistía junto a una cultura popular, ignorada o menospreciada por la élite dirigente.

El período que va desde 1912 hasta 1925 es la época de expansión, auge y crisis de la dominación oligárquico burguesa en el Ecuador; pero es también la época de surgimiento de nuevos proyectos históricos: un proyecto nacional democrático de características distintas a las que predominaron en el proyecto liberal y el esbozo de los primeros elementos de un proyecto nacional popular de ideología revolucionaria. El proceso social que acompañó a la formula-

ción de estos proyectos, eclosiona con la crisis económica producida por la caída de los precios internacionales del cacao a mediados de 1920, provocando la crisis de la dominación oligárquica y la sublevación obrera del 15 de noviembre de 1922.

**UNA APROXIMACION AL ANALISIS DE
LAS POLITICAS CULTURALES DEL
ESTADO EN EL ECUADOR
CONTEMPORANEO.**

María Augusta Vintimilla

* Conferencia sustentada en el Simposio sobre Política Cultural Universitaria (CONUEP-Universidad Nacional de Loja, diciembre de 1988)

Comenzaré por hacer una aclaración: en esta exposición no voy a referirme en concreto a las actividades desarrolladas por cada uno de los gobiernos que nos han regido en los últimos años. Cada gobierno ha tenido una política cultural aunque no haya sido formulada explícitamente en sus planes o en sus declaraciones oficiales, pero siempre la acción gubernamental ha estado presente en el desarrollo y el impulso de ciertas prácticas culturales: interviene por ejemplo en la organización del sistema educativo, en el impulso de determinadas expresiones artísticas, actúa de una forma específica frente a otras expresiones de la cultura como las que surgen de los diversos componentes étnicos, de las diversas nacionalidades, etc., y todo eso realiza, aunque sea inorgánicamente, una política cultural. Porque en definitiva, ¿qué es una política cultural sino una forma de organizar las actividades, las expresiones, las diversas manifestaciones materiales e intelectuales de la cultura para otorgarles un cierto sentido, una cierta lógica, una determinada racionalidad?. Aunque muchas veces esa intervención sea más bien desorganizadora, restrictiva y empobrecedora de las manifestaciones culturales.

Pero así como un cambio de gobierno no significa necesariamente una transformación en el carácter del Estado (es decir una transformación en la correlación de fuerzas que se expresa en ese Estado, una transformación en los intereses fundamentales que realiza ese Estado), así también un cambio de gobierno no supone necesariamente una transformación profunda y sustancial de las orientaciones culturales y de sus formas de organización generadas por el Estado. Por más que cada gobierno pueda exhibir diferentes matices o diferentes formas concretas de realizar una misma política cultural.

En realidad los proyectos políticos estatales -y sus dimensiones culturales- se institucionalizan y adquieren un sentido, no necesariamente desde la "acción consciente y voluntaria" del gobierno y sus funcionarios, y se sitúan en un terreno distinto al de las intenciones. Es imposible dudar por ejemplo de la correlación y la legitimidad de los objetivos culturales, de los contenidos democráticos y nacionales propuestos por el actual Ministro de Educación en el plan de alfabetización, que es sin lugar a dudas el proyecto más avanzado que se ha generado en el país. Sin embargo, si esta acción de política cultural no tiene su correlato en una transformación de las condiciones de vida (materiales, políticas, culturales) de los sectores campesinos, de los sectores suburbanos, ¿qué trascendencia real tendrá el plan de alfabetización?. A la vuelta de pocos años ¿no habremos asistido a un proceso de retorno a la misma situación actual en el índice de alfabetización?

¿Se habrá operado realmente una transformación profunda y duradera en la cultura de este país?

Por todas estas razones he preferido centrar mi exposición en una reflexión sobre algunos **sentidos y formas de organización** que el Estado ha configurado en el desarrollo cultural ecuatoriano en las últimas décadas, antes que en las acciones concretas de cada uno de los gobiernos.

I. PROYECTO HISTORICO, ORGANIZACION SOCIAL Y POLITICA CULTURAL.

Cualquier consideración acerca de las políticas culturales que desde el Estado han ido configurando una forma particular de cultura en nuestro país, debe partir de una reflexión sobre el papel que asume el Estado en las formas de organización y cohesión social, y por lo mismo de organización cultural, bajo la orientación del proyecto histórico de una clase.

Una reflexión de esta naturaleza nos abre el camino apropiado para no reducir el análisis de las políticas culturales estatales a los objetivos, acciones y procedimientos administrativos, contenidos en los programas de los distintos gobiernos; gestión que sólo marginalmente explica los acontecimientos más exteriores e inmediatos de los fenómenos culturales, y deja intocadas las determinaciones reales que intervienen en las formas de existencia social y en la organización de la cultura en el país.

Estas determinaciones surgen de una forma particular del desarrollo de las clases, de los momentos que van marcándose en ese desarrollo, de una correlación nacional e internacional de fuerzas, que otorgan a la sociedad una racionalidad y un sentido histórico específicos.

Al mismo tiempo esta orientación nos permite explicitar el carácter político de los procesos culturales, única referencia que hace posible comprender lo complejo de sus formas de estructuración y funcionamiento, la multiplicidad contradictoria de sus manifestaciones, las fecundas potencialidades innovadoras que encierran cuando surgen de las condiciones objetivas de la vida social, de las fuerzas sociales, con perspectiva histórica; y la pobreza y el raquitismo de algunas de sus expresiones cuando se sumergen y esclerotizan en la institucionalidad de los aparatos donde se refugian las clases sin capacidad de imprimir a la historia un sentido progresivo.

En el Ecuador contemporáneo hay dos determinaciones generales que imprimen el sentido particular a nuestra

configuración nacional y a sus formas culturales: la existencia de una pluralidad de nacionalidades surgidas desde un proceso histórico cruzado por el colonialismo y una formación social capitalista organizada bajo la forma del Estado neocolonial. Es decir un Estado que no responde a las exigencias de desarrollo social nacional, sino que realiza los intereses del capital monopólico transnacional, no sólo en lo económico, sino en lo político, en lo cultural, en lo ideológico.

Ambas determinaciones han conducido a hacer de nuestra nación un espacio contradictorio; ¿cómo hablar de una nación, o de una cultura que es expresión de una nación, si consideramos que la realidad exhibe una multiplicidad de expresiones culturales provenientes de la tradición histórica de diversas nacionalidades y provenientes también de los diversos mestizajes y choques culturales?

¿Cómo hablar de una nación ecuatoriana en un momento en que la articulación de esas diversas nacionalidades en el Estado, se encuentra subordinada a la lógica del imperialismo, ya no sólo por la transnacionalización de la economía sino también en el plano científico tecnológico, en las decisiones políticas generales, en la producción ideológica que organiza y da sentido a nuestras expresiones culturales?

En el proceso histórico ecuatoriano es posible advertir esta contradicción que, con distintos contenidos, ha ido marcando nuestra constitución nacional. Ya la independencia de España logró articular los intereses de los más diversos sectores sociales bajo el interés común del anticolonialismo que no fue solamente un programa político sino también cultural, porque se trataba de crear los instrumentos teóricos que nos permitieron comprender nuestra realidad desde una perspectiva distinta a la impuesta por el pensamiento colonial; porque se generó una activa crítica que impugnaba el carácter absolutista, aristocratizante y paralizador de la cultura colonial.

La revolución liberal en su versión democrático nacional, formuló un proyecto político que movilizó a todas las fuerzas sociales opuestas a la dominación oligárquica señorial, una de cuyas expresiones fue su concepción elitista y

colonial de la nación y la cultura. El proyecto liberal impulsó la laización del pensamiento y de la cultura para desestructurar el monopolio ideológico de la Iglesia. Su intento inicial de crear las condiciones para la conformación del mercado interno y la integración de todos los sectores sociales a la producción, la llevó a extender el sistema educativo hacia sectores tradicionalmente marginados. En este mismo sentido buscó disolver las heterogeneidades surgidas desde una sociedad estamental, integrando por ejemplo a las comunidades indígenas a la nación, sobre la base de la disolución de sus vínculos comunitarios, y otorgando a los indios, en tanto sujetos individuales, la calidad de ciudadanos. El proyecto liberal transformó las relaciones familiares, reformuló el lugar de la mujer y sus formas de existencia social, generó una nueva moral con un sentido civil y laico.

A partir de los años veinte, la crisis del Estado oligárquico burgués fundado sobre las cenizas del liberalismo revolucionario y profundamente ligado al mercado mundial a través de la agroexportación cacaotera, provocó una nueva rearticulación de fuerzas que se expresó en el proyecto antioligárquico y antiimperialista, que animó la Revolución de Mayo de 1944 y, al menos en principio, en el nuevo Estado surgido de ella.

Ese nuevo Estado representó el interés del conjunto de las fracciones burguesas, pero recogía también algunos intereses objetivos de las clases y grupos opuestos a la dominación oligárquica liberal en la medida en que desestructuraba algunas formas de organización precapitalista. El Estado se expresó también en una cultura que pretendía ser representación universal y homogénea de todo el conjunto social: confiscó y mediatizó los contenidos críticos, revolucionarios, surgidos en el vigoroso movimiento cultural de los años treinta, y los presentó como universalización del pensamiento humanista de la burguesía.

A pesar del carácter inacabado de estos procesos, cuyo desarrollo bloqueado exhibe los límites objetivos de las clases que los dirigieron y su incapacidad de llevar a término las tareas históricas propuestas, sin embargo fueron mo-

mentos de transformaciones profundas en las relaciones entre las clases y grupos sociales, en el pensamiento social, en las expresiones culturales y en sus formas institucionales, en las propias maneras de existir de la nación y en las formas de concebirla. En el centro de cada uno de estos proyectos históricos estuvo presente un concepto particular de nación y de cultura nacional que se objetivó, aunque fuera parcialmente, en las formas de organización del Estado, la sociedad y la cultura, surgidos de esos procesos.

En medio de toda formulación sobre la **identidad nacional** se pone en juego el problema de la dirigencia de una clase que aspira a convertir su interés de clase en una propuesta orgánica de desarrollo social. Las preguntas sobre el **ser nacional** llevan implícito el intento de elaborar, en el plano de lo ideológico, la personalidad social del Ecuador a partir de ciertos rasgos específicos que definirían la esencia de la **ecuatorianidad**. La nación aparece así como una expresión de sociedad unitaria, construida sobre la base de un consenso cultural.

El concepto emblemático de nación identifica y selecciona un conjunto de elementos -una raza, una religión, un idioma, una tradición cultural- abstraídos de los procesos reales que los engendraron, y los postula como definitorios de la nación. Al mismo tiempo crea un espacio de diferenciación que aparece como lo **no-nacional** al que se remiten todos los elementos y procesos que atentan contra la racionalidad que preside un proyecto de organización social. Con ello silencia, proscribire, desnaturaliza y destruye formas sociales y culturales que emergen de una lógica distinta.

La ideología aristocrática de la oligarquía terrateniente, por ejemplo, remitió a un espacio mítico, anterior a la historia, o mejor al margen de la historia, toda expresión cultural indígena. Tales expresiones no podían ser otra cosa que antiguas reliquias arqueológicas (como las definiera Remigio Crespo) anteriores a la existencia de la nación. La verdadera nación ecuatoriana sólo surgiría a partir del descubrimiento y la conquista, y su historia sería la de España, la de Roma, la de Grecia. O más modernamente, la ideología burguesa no vacila en calificar algunas formas comunitarias

de organización social, como expresión de ideologías foráneas, atentatorias al interés de la nación y como obstáculo para su desarrollo.

Se construye de este modo un concepto emblemático de nación que identifica, en un plano simbólico, el interés nacional con el de una clase en particular. Pero esa identificación queda oculta detrás del concepto emblemático de nación en tanto aparece como un símbolo de congregación; por él, la racionalidad que una clase impone a la dinámica histórica aparece como la concreción y el desarrollo de la esencia nacional.

Como símbolo de congregación, y desde una perspectiva política, el concepto emblemático de nación convertido en razón del Estado, disuelve las contradicciones reales que enfrentan a las clases, asume las expresiones culturales surgidas de sus formas de existencia social, y las diluye en un sujeto colectivo abstracto, en cuya virtud los intereses concretos de las clases aparecen como particulares y privados, frente al interés superior y general del Estado nación.

Como elemento vertebrador de un proyecto de organización social, el concepto emblemático de nación está subordinado a la misma lógica a la que obedece su configuración social. Históricamente, la racionalidad que preside el desarrollo capitalista es la reproducción de capital y la reproducción de las relaciones que la hacen posible. El Estado nacional es el espacio donde se materializan esas relaciones y es a la vez la instancia que organiza y asegura su reproducción.

Pero cada momento histórico concreto exige una forma particular de organización, en relación con las fases por las que atraviesa el desarrollo capitalista, pero también en función de la correlación interna e internacional de las fuerzas sociales que intervienen en ese proceso.

De ahí que, en cada uno de esos momentos, la clase que está en capacidad de asumir la dirección del destino social, formule un proyecto de organización general de la sociedad a partir de una realidad histórica concreta: desde las formas de relación del hombre con su medio natural, las relaciones que se establecen en la producción, en el Estado, en la fami-

lia, hasta las representaciones simbólicas, creencias y teorías que expresan las concepciones sobre sus modos de existencia (filosofía, moral, arte, ciencia, religión) y las formas institucionales que las organizan y difunden, subordinándolas a las necesidades de una lógica particular de producción y reproducción social. Por medio de la formulación de este proyecto histórico una clase adquiere conciencia orgánica de sus propias tareas.

La realización de un proyecto histórico no puede ser impuesta sólo por la coerción y la represión directas.

La legitimidad del proyecto histórico reside en su capacidad de articular y representar los intereses de las diversas clases y sectores en una gran fuerza social que se organiza en torno al interés de una clase fundamental, y que expresa su papel dominante y dirigente; es decir su dirección ética, intelectual y cultural; es decir, su hegemonía.

Sólo desde el interés de una clase fundamental es posible dar coherencia a las diversas prácticas sociales. Los intereses parciales provenientes de los múltiples grupos en que se abre la multiforme y heterogénea estructura social no tienen posibilidad histórica de dirección colectiva y son fácilmente asimilados por la ideología dominante, con un peso relativo y una función determinada.

En el momento de las revoluciones burguesas contra el feudalismo, por ejemplo, la burguesía logra expresar un interés clasista no como un interés particular, privado, sino como representante colectivo de todos los sectores sociales opuestos al dominio feudal. El proyecto histórico fundamental de la burguesía rebasa el marco corporativo de su clase y pasa a ser un proyecto de interés general porque la liquidación del régimen servil, la abolición de los privilegios de casta, el derrocamiento de las formas políticas absolutistas, es interés objetivo del proletariado, del campesino, de las capas medias, de los artesanos. Aún cuando tal proyecto creaba las condiciones para la máxima expresión de la burguesía y de su dominio.

Esa actividad organizativa y de cohesión social que construye y expresa la hegemonía de una clase, tiene un papel decisivo en la organización cultural que se configura

como un sistema jerarquizado articulador de un sentido para las manifestaciones intelectuales, artísticas, técnicas y científicas que emergen de la vida social y como un código modelador de conductas civiles individuales y colectivas. Gramsci analizaba la organización familiar monogámica, la observación estricta de la fidelidad conyugal y la proscripción al adulterio como formas culturales y éticas impulsadas por el fordismo y el taylorismo para obtener la máxima productividad del obrero industrial con un mínimo de requerimientos salariales, de tiempo libre, etc.

La cultura nacional, como cultural del Estado, se alimenta de las expresiones culturales provenientes de la tradición histórica de las nacionalidades, de las distintas clases, grupos y sectores sociales, de las producciones de la cultura mundial, mediante un proceso de selección y decantación que las vuelve funcionales a un proyecto histórico de clase. Los contenidos críticos, los contenidos revolucionarios, aquella parte de la producción cultural nacional y universal que dan sentido a un proyecto histórico diferente, organizado desde otro interés clasista, que amenazan descomponer la lógica de la dominación, y que no pueden ser reabsorbidos por la racionalidad del proyecto dominante, son relegados al lugar de lo no-nacional; con ello, se delimita un espacio donde la persecución, el silenciamiento, la destrucción violenta de formas culturales y de comunidades, son legitimadas con el estigma de lo antinacional.

Hay dos aspectos más que deben ser tomados en cuenta en esta dimensión organizativa y de cohesión social que tiene la cultura: la existencia de una intelectualidad orgánica creada alrededor de cada clase fundamental. Los intelectuales orgánicos recogen las manifestaciones espontáneas de las clases y grupos que aparecen disgregados en la sociedad, y a partir de ellas elaboran un sistema ideológico y cultural coherente, que dota de homogeneidad a la clase y a la fuerza social constituida en su torno, y le vuelve consciente de sus tareas. Las concepciones así elaboradas son devueltas a la sociedad con un sentido descriptivo, bajo la forma de una conciencia social en la que la sociedad se reconoce como sujeto colectivo provisto de una "voluntad general".

Finalmente, la cultura nacional de Estado, tiene una dimensión organizativa material: ella impregna el cuerpo social a través de un conjunto complejo de instituciones cuya función es prescribir, regular y controlar la sistematicidad de la producción y circulación cultural, bajo la orientación del proyecto histórico que impulsa el Estado: el aparato escolar, (de la escuela a la Universidad), la organización de información (periódico, televisión, radio), la difusión cultural (biblioteca, museo, galería, empresa editorial), los sistemas de premios, que sólo empíricamente pueden aparecer desligados del poder político y de la estructura estatal. Por su mediación el Estado despoja a las clases y grupos sociales concretos de un control sobre los procesos culturales.

II. LAS LINEAS GENERALES Y LOS CONTENIDOS DE LA CREACION INSTITUCIONAL DE LA CULTURA EN EL ECUADOR

Para mediados de la década del setenta, ha terminado en el Ecuador el ciclo de transformaciones burguesas y no por vía revolucionaria iniciada por el liberalismo alfarista, sino mediante un lento proceso de reformas del Estado, apenas cortado por momentos de insurgencia como los de 1925 y 1944.

Para entonces la oligarquía tradicional ha completado su conversión en oligarquía monopólica y financiera, profundamente ligada al capital transnacional, base material para la construcción del neocolonialismo en el Ecuador.

Hay un conjunto de procesos sociales que desde entonces han contribuido a configurar un sentido particular a la cultura, como cultura nacional de Estado, al margen de los eventuales cambios de gobierno y ciertas diferencias de matiz en la conducción de las políticas culturales, por parte de los tres gobiernos constitucionales que se han sucedido desde entonces.

En términos generales las determinaciones que inciden en nuestra forma de existencia social, y en la organización

estatal de nuestra cultura, provienen de la existencia del imperialismo y su fusión con el capital monopólico nacional, en un Estado que organiza la vida social en función de ese interés fundamental, no solamente en la esfera de la producción sino en la de las formas políticas, ideológicas y culturales.

La reorganización monetarista de nuestra sociedad, su carácter monopólico, y el desarrollo capitalista anárquico y caótico que ella propicia, ha generado un estancamiento en la producción científica, aparejado a la asimilación acrítica de tecnologías producidas en los centros hegemónicos, y que tienden a la destrucción de los sistemas ecológicos, de los modos de vida y las expresiones culturales. La monopolización de los centros de producción y difusión cultural, supone también el monopolio sobre la orientación, el carácter y los límites de la producción intelectual. Se ha profundizado el carácter mercantil de las obras, y se ha constituido socialmente un público consumidor. La reducción del gasto social del presupuesto del Estado ha afectado en primer lugar a la educación y la cultura, y deja un lugar cada vez mayor, a las iniciativas de la empresa privada en esas áreas, cuestión que suele ser interpretada como un avance democrático, en la medida en que supone una mayor "autonomía" del campo cultural.

Por otra parte, asistimos a una nueva puesta en vigencia del debate sobre el carácter y los contenidos de la cultura, que no surge ligado a un redescubrimiento teórico de los problemas sino a exigencias concretas de la lucha política y a la disputa por la dirección del proceso histórico ecuatoriano: frente a la articulación cultural del neocolonialismo, maduran experiencias de luchas nacionales y clasistas que adquieren una dimensión inédita. Desde la década del sesenta, la formidable transformación del mundo provocada por los procesos de descolonización y de liberación nacional, que fundaron nuevos pueblos, nuevas naciones y culturas, han obligado a un replanteamiento crítico sobre el problema de la nación y la cultura nacional. Es decir, es una exigencia política, no académica; es una exigencia de la realidad sobre la teoría.

Las demandas de reconocimiento de la diversidad lingüística, histórica y cultural de los pueblos indios, la reivindicación de su derecho no sólo a la tierra sino al territorio, la exigencia en suma de su reconocimiento como nacionalidades, entraña un cuestionamiento profundo al Estado y a su carácter, porque exige al Estado que reconozca una racionalidad de reproducción social distinta de la capitalista, distinta de la neocolonial. Entraña en suma una desestructuración del carácter que ha asumido el Estado.

Pero la política cultural del Estado frente a las nacionalidades no ha variado sustancialmente en las últimas décadas.

Su acción se ha movido entre dos límites: las presiones y estrategias de ocupación territorial, necesaria para la producción de exportación (petróleo, madera, palma africana) y el avance de los niveles organizativos y de lucha de los pueblos indios. Ambas determinaciones han llevado a que la política estatal oscile entre el paternalismo y la represión violenta, como estrategias que facilitan la extensión del control del Estado hacia áreas geográficas y sociales que tienden a escapar de su dominio.

El tratamiento discriminatorio, el impulso de su integración a la producción capitalista y al mercado, el reconocimiento de sus particularidades étnicas y culturales supe- ditadas a la tutela de agentes e instituciones culturales, son formas de intervención que terminan por desestabilizar las condiciones de reproducción social de los pueblos indios, que provocan la desapropiación de su cultura y terminan por inscribirlas en los circuitos de consumo de la burguesía bajo la forma de arqueología o de folklore.

En tercer lugar, se ha instaurado una nueva forma de hegemonía que ha desarrollado nuevos mecanismos de control social a partir de un contenido restringido de la democracia basada en el libre juego de las relaciones entre Estado y sociedad civil. Las contradicciones reales que enfrentan a las diversas clases y grupos sociales, ha sido sustituido por un enfrentamiento entre gobiernos y multiplicidad de "actores sociales", cuyas demandas encuentran satisfacción en determinadas políticas estatales. Lo mismo ocurre en el

campo de la cultura: el crecimiento masivo y el desarrollo de los aparatos culturales institucionalizan las expresiones culturales por encima de los intereses objetivos de clases y sus conflictos reales y aparecen como espacios de mediación formal entre los individuos, o entre éstos y el Estado.

Todos estos procesos, con distinto peso relativo en cada momento concreto, definen un campo contradictorio donde se expresan intereses diversos, y donde el Estado impone todo su poder para confiscar los contenidos culturales provenientes de la creatividad social, para determinar los límites de la cultura nacional, para impulsar una construcción institucional de la cultura.

III. LA CULTURA NACIONAL COMO CULTURA DEL ESTADO

Desde inicios de los años setenta, las políticas desarrollistas, modernizaron y expandieron la economía e incorporaron a nuevos sectores sociales a la producción y al consumo capitalista. Este proceso estuvo acompañado de una modernización y una expansión cultural, que corrían paralelas a la creación de un relativismo amplio mercado cultural: el crecimiento significativo de la población estudiantil, sobre todo universitaria, coherente con el fortalecimiento de la clase media, la diferenciación social y el crecimiento urbano, el desarrollo masivo de los medios de comunicación, especialmente la televisión, un incremento notable de la actividad editorial, y en general un desarrollo de las instituciones culturales vinculadas al aparato del Estado.

Desde entonces, aparece como un **hecho novedoso**, la formulación explícita de políticas culturales como parte de los programas de gobierno. Esta nueva dimensión de las relaciones entre el Estado y cultura se inscribe en ese proceso de transformaciones profundas que cerraron el ciclo de la evolución burguesa en el Ecuador: un Estado plenamente burgués moderno, con una poderosa estructura enraizada en todo el cuerpo social, y con capacidad para instaurar nuevas formas, especialmente ideológicas, de hegemonía y control

político de la sociedad. Con algunas semejanzas a lo ocurrido en ese otro momento de modernización del Estado que fue mayo de 1944, el nuevo Estado tenía como tarea dar una organización nacional a la dominación burguesa y elaborar una cultura orgánica coherente que fuera expresión del Estado Nacional. La burguesía puede de este modo, presentar la historia de su formación como clase, y la historia de su tradición cultural como si perteneciera al conjunto de la sociedad.

Se hacia entonces necesario cohesionar e institucionalizar formas culturales procedentes de la tradición histórica de las diversas nacionalidades, pero también confiscar y mediatizar los vigorosos contenidos ideológicos y culturales generados en la década del sesenta, despojándolos de su poder crítico y transformador. Una política cultural orgánica es una herramienta imprescindible en la construcción de este sentido colectivo de representación general, por encima de los intereses reales de las fuerzas sociales, más allá de sus conflictos concretos, tan necesaria para la nueva forma de dominio social que instauraba.

Una cultura nacional -como cultura del Estado- se levanta sobre la disolución de cualquier vínculo que pudiera remitirla a las condiciones de existencia de clases y de grupos: se transforman los escenarios de producción y circulación cultural, generados en el seno de la vida social, y se constituyen aparatos e instituciones de mediación abstracta con los consumidores (teatro, museo, galería); por su mediación los diversos sectores sociales se convierten en la masa anónima del "público" colocado al margen de sus formas sociales de existencia; la radical separación de las dimensiones de lo político y lo cultural, de lo público y lo privado, sea en el terreno de la creación artística, o en la producción en ciencias sociales, impugna cualquier imbricación de estas esferas como una distorsión de los verdaderos objetos artísticos o científicos; se acentúa la división social del trabajo y se especializa la producción intelectual, el debate sobre la cultura se desplaza hacia las instituciones y pasa a ser asunto de especialistas, de planificadores, de administradores.

El Ecuador asistió a este proceso en la década setenta con el apoyo de los grandes recursos generados por el petróleo. El Estado impulsó la institucionalización de los escenarios culturales: casi no hubo dependencia estatal que no contara con un presupuesto y una política para promover museos, galerías, revistas, sistemas de auspicios, premios y financiamiento de investigaciones. (El Banco Central, CEPE, el IESS, INECEL, Casa de la Cultura, Consejos Provinciales, Municipios, Ministerios, etc.). La conformación del patrimonio cultural, la investigación arqueológica y antropológica de las nacionalidades y sus raíces de configuración histórica, apuntaban a una revisión del pasado, en busca de los mitos y los símbolos que dieran una organicidad sin fisuras a la historia de la nación y del Estado Nacional. Junto a las formas institucionales de la cultura, aparecen también los funcionarios. El trabajo intelectual deja de ser considerado improductivo y adquiere características de especialización. Los intelectuales y los artistas pasan a depender de la estructura de los aparatos culturales y a inscribir su actividad en los límites definidos por ellos.

Al mismo tiempo, la significativa promoción y difusión de productos culturales (exposiciones, conciertos, recitales, obras teatrales, presentaciones musicales, etc.) contribuían a generar un amplio mercado cultural y a constituir socialmente un público. La expansión económica, la diversificación social, la acelerada urbanización habían ensanchado las estrechas fronteras de los sectores sociales con posibilidades de acceso a la cultura. El mercado cultural con sus circuitos de circulación de productos intelectuales, convocaba a la masa impersonal de ciudadanos para su consumo. La cultura podría por fin ser patrimonio de todos.

Diego Iturralde ha señalado que todo este proceso significó la creación de un código común y simplificado que contiene y legitima los valores y modos de vida adecuados a la reproducción ampliada del capital, que extirpa cuidadosamente todo germen de resistencia.

El principio organizativo de este código cultural es la expropiación de las identidades culturales concretas que surgen de la vida social su transmutación en una identidad

abstracta como "población" o como masa. Los sujetos sociales se transforman en masas, es decir en conglomerados amorfos que no son portadores de ningún interés específico, de ninguna forma de conciencia: allí caben todas las historias, todos los valores, todas las formas de vida. Crear y difundir una cultura de masas es al mismo tiempo crear las masas, despojar a los pueblos de su identidad, de la conciencia de sus intereses, de su historia, de la diversidad de sus expresiones y de la confluencia de sus intereses, en un proyecto histórico distinto del estatal.

Una cultura es fecunda cuando mantiene su sentido y su unidad en el momento de la producción, la circulación y el consumo de sus bienes culturales. Escindidas de sus condiciones concretas que les otorgan esa unidad, las expresiones culturales se formalizan, pierden su sentido. La olla de barro colocada en la esquina de una moderna sala urbana, es un objeto distinto, ha cambiado el sentido cultural que tenía cuando era utilizada para guardar chicha en una casa campesina. El canto del jahuay en la cosecha para ironizar contra el patrón casi nada tiene en común con el mismo canto presentado en el escenario de un teatro. No se trata de contenidos o de objetos en sí mismos, se trata de la fecundidad cultural de unos sentidos frente al empobrecimiento que supone su ruptura.

Los medios naturales de circulación cultural son los procesos de socialización que tienen lugar en la comunidad, en la familia, en la vida cotidiana, el rito de la fiesta. La política cultural del Estado arrebatada y expropia progresivamente esos lugares, y coloca sus propios aparatos: sala de exposición, museo, teatro. Pero al mismo tiempo expropia la posibilidad de control sobre sus sentidos. Aisla y fetichiza las expresiones culturales, las vuelve mercancías, fractura sus sentidos y los empobrece.

En síntesis la política cultural de los años setenta contribuyó a conformar una cultura nacional definitivamente capitalista, con una especialización del trabajo intelectual, inscrita en la normatividad de los aparatos institucionales, la mercantilización de las obras, y la configuración de un

sentido cultural genérico, por encima de los conflictos sociales, de las clases y sus luchas.

IV. LA "PRIVATIZACION" DE LA POLITICA CULTURAL

Desde los últimos años de la década del setenta, pero más claramente en los años ochenta, la crisis económica internacional precipitó el proceso de monopolización y transnacionalización de la economía. Junto a la eliminación de las áreas "ineficientes" del capital y la subordinación definitiva al capital transnacional, se inició una tendencia a reducir el papel del Estado en la conducción económica, y a una especialización en las tareas del control social, que fortalece la función represiva de los aparatos estatales. Sin los grandes recursos financieros de la década anterior, y la enormidad de las transferencias para el servicio de la deuda, el Estado redujo significativamente el gasto social, y en primer lugar el financiamiento de los programas de educación y cultura.

(Es importante observar por ejemplo el señalamiento hecho hace pocos días por el CONUEP sobre la progresiva disminución del presupuesto para Universidades en relación con el presupuesto general del Estado).

La investigación científica y tecnológica se redujo a una asimilación indiscriminada de técnicas inmediatamente utilizables en las áreas privilegiadas por la política neoliberal, fundamentalmente las destinadas a la exportación.

Las técnicas de cultivo de la palma africana, de la producción camaronera, de la exploración petrolera intensiva están llevándonos a un deterioro ecológico de consecuencias insospechables, y a la aniquilación ya no sólo cultural sino física de comunidades humanas enteras por la destrucción de sus condiciones de vida.

La reproducción del capital impone su lógica voraz y genera ideologías que la justifican. La agresión sufrida por la nacionalidad huaorani y la defensa de su derecho a existir ha resucitado con virulencia viejas ideologías racistas sobre

el estado de barbarie, la falta de incorporación a la vida nacional y el lastre para el progreso que supone su sola existencia.

Las prácticas de la cultura popular sufren una readecuación y se transforman en elementos útiles para la reproducción capitalista. La llamada medicina natural de tradición indígena, las tecnologías alternativas en la producción agrícola, en la construcción de viviendas, ¿no son formas utilizadas en momentos de crisis para reproducir la fuerza de trabajo en condiciones de miseria?

Esto no supone negar la validez de tales manifestaciones, pero mientras no se inscriban en un proceso de desarrollo coherente, que impulse sus virtualidades, un desarrollo que transforme realmente las condiciones de pobreza, seguirán siendo sólo un mecanismo de supervivencia en los límites de la tolerancia (ya casi no humana) sino apenas biológica.

La acción política neoliberal privatiza y transnacionaliza las relaciones culturales. Frente a la reducción de la actividad del Estado, las empresas privadas, principalmente las financieras, se han convertido en los modernos mecenas de toda clase de actividad cultural, y concentran el poder para definir la orientación y el sentido de la producción cultural: controlan los criterios de selección, de consagración y de reconocimiento de las prácticas culturales y sus productos.

La mercantilización de la obra artística y su valoración como éxito de mercado; la funcionalización de la creatividad popular que se expresa en las artesanías, en los vestidos, en los símbolos y en los ritos de la fiesta, (destinados ahora a proyectos como el de fomento del turismo), la protección de la libertad creativa estética y de la excelencia académica contra la "desvirtuación" sufrida por un exceso de politización; la defensa de las "libertades civiles" contra cualquier intento restrictivo en el campo de la información, en el aparato educativo, en los medios de comunicación, que idealmente se presentan como espacios de expresión de la "opinión pública", cuando en la realidad son vehículos de propagación ideológica, aún en aquellos programas abiertos

que dan rienda suelta a todos los prejuicios acumulados, o a las más oscuras manifestaciones de la ideología dominante, porque atentan contra la dignidad humana, contra la dignidad nacional.

Todos estos son los privilegios que concede el mecenazgo cultural de la empresa privada, y que ideológicamente aparecen como logros democráticos porque devuelven a la sociedad civil su capacidad de iniciativa frente al "totalitarismo burocrático" del Estado.

V. LA ATOMIZACIÓN DEL SUJETO SOCIAL

Habíamos señalado anteriormente que en la década del setenta apareció como hecho "novedoso" en la historia del país, la urgencia para desarrollar una política cultural que impulsara y diera coherencia a las dispersas actividades culturales producidas en el seno de la sociedad, lo cual desplazó el ámbito tradicional de los debates desde los espacios intelectuales y artísticos hacia los organismos estatales.

Una modificación de tal naturaleza en el campo de la acción cultural del Estado, lleva a pensar que existe una voluntad política para fortalecer la organización de la sociedad civil como campo privilegiado del control político. La sociedad civil no es, como lo ha hecho notar Bolívar Echeverría, la sociedad real o sociedad natural, el lugar de la reproducción concreta de la sociedad. La sociedad civil es la organización de los ciudadanos, es decir de los individuos igualados por su condición de propietarios privados -ya sea de los medios de producción o de la fuerza de trabajo-, que se constituye en torno al Estado; es la **sociedad del estado** organizada y regulada por el Estado para garantizar la reproducción de los capitales nacionales. Hay una transformación de las identidades concretas, de las lógicas concretas de la reproducción social, para mudarse en la identidad abstracta de la sociedad civil.

A medida que se generalizan las relaciones capitalistas, el capital usurpa el lugar de la sociedad como sujeto de la reproducción social; la sociedad ya no se organiza para su

propia reproducción sino que se organiza para reproducir el capital; la sociedad concreta transformada en sociedad civil.

En términos muy generales, este proceso se cumplió en el país hasta mediados de los años setenta, y conformó un Estado plenamente moderno con una gran capacidad de organización de la sociedad civil. La exigencia de una política cultural que diera homogeneidad a la sociedad constituida como sociedad civil, es coherente con la necesidad de construir una identidad colectiva, genérica y abstracta, contenida emblemáticamente en la cultura nacional del Estado.

Pero hay una resistencia permanente de la sociedad natural a convertirse en sociedad civil, a traducir su identidad concreta en identidad estatal. Los conflictos reales amenazan constantemente desbordar los límites de formalización de la sociedad estatal. Por eso, junto al impulso de la sociedad civil existe un proceso paralelo: su desarticulación y dispersión en una multiplicidad caótica de "actores" contrapuestos sin posibilidad aparente de unificar la diversidad de sus intereses particulares: cada pueblo indio, cada comunidad, los obreros industriales, las mujeres, los pobladores de los barrios suburbanos, los artesanos, etc. La atomización del sujeto social en la organización de los individuos particulares, es la esencia de la sociedad civil moderna. Cada sector convertido en actor social que genera demandas parciales sobre el Estado, demandas que se traducen en políticas así mismo particulares, es el sustento de la negociación con el Estado.

Las políticas culturales de los últimos años han impulsado este doble proceso de transformación de las identidades culturales concretas de la sociedad natural, en identidad abstracta de los grupos en la cultura del Estado-nación, y la disolución del sujeto colectivo en una multiplicidad de actores igualados sólo por su capacidad de producir y consumir determinados productos culturales. Con ello se impide el reconocimiento de las contradicciones reales de los intereses comunes, se desorganizan las fuerzas y se disuelve el sentido histórico-colectivo.

La defensa de los intereses particulares de los grupos sólo puede conducir, aún en el campo de la cultura, a la ato-

mización de las fuerzas sociales atrapadas en la maraña de falsas contradicciones, en un momento del desarrollo neocolonialista en que la propia realidad enfrenta al sector cada vez más reducido de la oligarquía y los monopolios transnacionales al conjunto de la población nacional; y en un momento en que, desde un nuevo interés de clase, la izquierda empieza a elaborar proyectos históricos que contienen una superación de las condiciones de fragmentación y aislamiento de los sectores nacionales.

En estas condiciones, la institucionalización de formas ideológicas y culturales que preservan la dispersión, que impiden la confluencia de las fuerzas reales, en nombre de la pureza de la conciencia espontánea, en nombre de las particularidades culturales de los pueblos indios, de las mujeres, de los pobladores, sólo pueden reforzar una estrategia de organización social-estatal, que encuentra en la disolución del sujeto colectivo y la atomización de la conciencia social, la preservación del dominio neocolonial.

Y no es que la diversidad cultural sea una ficción creada artificialmente. La diversidad existe como expresión de identidades concretas, de intereses históricos objetivos, pero no existe como contradicción. Rescatar la multifacética riqueza de la cultura no implica impedir su aproximación para reconocer intereses colectivos, para conformar una conciencia colectiva y un proyecto histórico que nos haga conscientes de nuestro destino histórico.

**PIO JARAMILLO ALVARADO
Y LA ASAMBLEA LIBERAL DE 1923.**

María Cristina Cárdenas Reyes

* Ponencia presentada al Seminario Nacional "Visión actual de Pío Jaramillo Alvarado" (Fundación Friedrich Naumann. Loja, 13-16 de septiembre de 1988).

I. LA BUSQUEDA DE SISTEMAS DE COHERENCIA

"Entre 1895 y 1923 hay más de un siglo", escribe el ex-Presidente Alfredo Baquerizo Moreno a Pío Jaramillo en septiembre de 1923, y esta frase connota la magnitud del reajuste político que el liberalismo ecuatoriano intentaba realizar en la década crítica de los años 20.

El modelo clásico que sitúa a la familia como origen de la sociedad implicaba la negación de la existencia de un estado de naturaleza formado por individuos libres e iguales capaces de entrar en contrato social y de llegar al consenso como base de legitimación del Estado (1). En el Ecuador de 1920, el problema de incorporar definitivamente a los partidos políticos a la vida del Estado, en tanto medio de participación y de control del poder de los sectores no oligárquicos, se agudiza en la medida en que la dominante subjetividad de las agrupaciones familiares y de los caudillos bloqueaba la consolidación de un modelo de equilibrio

(1) Respecto al origen del Estado y de la sociedad política (o civil), Bobbio (1985:71) contraponen lo que designa como modelo aristotélico, que explica el origen del Estado tomando como punto de partida a la familia, y el modelo iusnaturalista, en que el origen del Estado se sitúa en el estado de naturaleza constituido primordialmente por individuos no asociados pero virtualmente asociables.

social (2) apoyado en el libre juego de partidos firmemente estructurados.

La decadencia del liberalismo luego de la primera guerra mundial y de los inicios de una organización de la clase laboral en el país podía ser compensada mediante la organización de un partido liberal con programación teórico-práctica renovada, estimaban los liberales ecuatorianos luego de la masacre obrera de septiembre de 1922 en Guayaquil y de la desastrosa gestión del entonces Presidente José Luis Tamayo, alternativa que a su vez permitiría responder a la intensa presión social que reclamaba opciones de reeducación e incluso de ruptura del sistema vigente.

Hacia 1920, los sectores progresistas de la burguesía ecuatoriana habían emprendido la tenaz búsqueda de una teoría operativa del Estado. La discrepancia entre liberalismo y democracia era demasiado aguda como para continuar con "la vieja escuela liberal" (Julio E. Moreno, 1920:413) y la fundación del Partido Liberal en 1923 con un programa socialmente avanzado intentaría recuperar el control del poder que históricamente se le escapaba de manera acelerada.

Enrique Ayala (1986:22) afirma que "el período comprendido entre 1912 y 1925 marca el auge del Estado oligárquico en el Ecuador", sustentado en sucesivas instancias de alianza entre grupos vinculados al Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil y a sectores terratenientes de la sierra y la costa, y cuya interrupción sería marcada por el movimiento juliano de 1925 (3). Políticamente, esta dominación movilizaba una especie de bi-partidismo liberal-

(2) Macpherson (1982:96) caracteriza el modelo de equilibrio con dos rasgos fundamentales. El primero de ellos apunta a una democracia que no es un tipo de sociedad sino un mecanismo para designar gobiernos y elegir representantes; el segundo, define a este mecanismo como una competencia entre dos (o más) grupos políticos seleccionados (élites) organizados en partidos que se alternan en el manejo del poder.

(3) Una referencia indispensable para comprender la génesis, estructura y efectos de la oligarquía bancaria del período y el movimiento juliano de 1925 parcialmente logrado, es el trabajo de Luis Napoleón Dillon anotado en la Bibliografía anexa a esta ponencia.

conservador (4), cuya alternancia en el poder gubernamental no logró hacer a dichas tendencias, siempre ligadas a caudillos, caciques locales y a familias, organizaciones estructuradas que superasen el limitado momento de seleccionar candidato en período de elecciones.

Este bi-partidismo aparente se desgasta en el juego de una política familiar que resultaba disfuncional para el imprescindible desarrollo capitalista modernizado del país, y para la construcción de un Estado de equilibrio de clases. La separación de la Iglesia y el Estado, que desvincula a este último de su fundamento divino y lo inserta en la temporalidad y en la historia, no alcanzaba todavía en 1920 la total independencia de lo político y lo religioso, condición indispensable para la generación de partidos políticos como entidades de morigeración social y funcionales al manejo racional-liberal del Estado.

Los liberales ecuatorianos renovadores de 1920 entienden el Estado como aquella organización jurídica de la sociedad destinada a garantizar la libertad de conciencia, y a los partidos políticos como "las diversas modalidades de concebir y realizar el derecho, elemento esencial y condición de la vida de la sociedad" (J.E. Moreno, 1920:416). La religión convertida en partido político (5) por la acción interesada del clero, entraña tiranía y disgregación del espíritu nacional que debe cohesionar a la variedad cultural y de clases del país. Era por tanto urgente formalizar un nuevo modelo de sociedad política, diferenciado de la sociedad doméstica y de la sociedad patriarcal. La burguesía modernizante y los intelectuales vinculados a ella habían descubierto además la urgencia de separar definitivamente el

(4) El análisis de los programas de los partidos políticos del Ecuador realizado por JUNAPLA (1978) ubica a los partidos tradicionales en la clasificación de tradicionalismo clerical y tradicionalismo laico. Al igual que todo esquema, probablemente este criterio únicamente genético no resulta suficiente para el investigador de ciencias sociales, afinado en la historia.

(5) Sobre este tema sugerimos consultar nuestro trabajo "José Peralta y la desacralización del poder", ponencia al Seminario "Visión actual de José Peralta" realizado en Cuenca en julio del presente año.

sentimiento religioso individual de la esfera política, que hasta entonces se había reducido a la dicotomía "partido clerical/partido no clerical". La cuestión social, problema así denominado por la sociología de comienzos de siglo, es denunciada por los liberales en términos realistas de lucha social entre patrón y sirviente, rico y pobre, indio y blanco, y su temor ante el odio recíproco es manifiesto. Los liberales avanzados estaban conscientes de las nuevas normas reclamadas por el desarrollo capitalista para disminuir el hasta ahora insalvable foso entre la clase propietaria y los desposeídos. En 1912, Abelardo Moncayo había sido certero al respecto cuando reclamaba la abolición del concertaje inhumano y obstaculizador del progreso de la agricultura, del comercio, de la industria, puesto que en el Ecuador "la concurrencia y el movimiento del capital son como en un desierto" (1970:220). En 1922, Pío Jaramillo Alvarado retomaría, en un enfoque sociológicamente sistematizado, la teoría de la gran síntesis nacional basada en la integración del trabajador campesino indígena y del trabajador urbano.

Encontramos un antecedente cronológicamente inmediato de la Asamblea Liberal de 1923 en aquella de 1904, en que el grupo liberal "liberal" (6) había intentado unificar "las diversas tracciones en que por desgracia se encontraba dividido el partido" (Manifiesto, 1905:110). Su oponente era el sector reunido en torno a Leonidas Plaza y el conflicto intra-clase se había definido como enfrentamiento entre liberales y oligarcas. Los primeros suponían que el sistema democrático era un mecanismo social en el que los ciudadanos ilustrados, honestos y guiados por buenas intenciones, reunidos en partidos organizados de manera despersonalizada, podrían regular armónicamente sus diferencias en el intercambio racional y equilibrado de estos partidos. Pero el eje aglutinante continuaba siendo el personalismo caudillista y Pío Jaramillo rechaza firmemente en 1924 la legitimidad de la Asamblea Liberal de 1904 que en el fondo

(6) El adjetivo entrecomillado designa a la tracción liberal alfarista en oposición al placismo

consagraba el decisionismo dictatorial (7).

En 1923, la crisis de dirección política de la burguesía nacional no admitía solamente un replanteo de principios y los cambios generados en esta década tendrán profunda repercusión en la vida del Ecuador. El modelo de democracia participativa exigía perentoriamente la constitución de un sistema de partidos (selectivo) para suavizar el conflicto de intereses de clase, proteger el régimen de propiedad privada existente, y hacer más eficiente el sistema de mercado, todo ello aunado por el indispensable control social.

Examinaremos esta encrucijada política en el discurso movilizad por Pío Jaramillo Alvarado en la significativa coyuntura.

II. LA CRISIS. EL DISCURSO IDEOLÓGICO DE LA POLÍTICA

El fin de la ilusión liberal y los límites de la democracia representativa -esta última objeto hoy en día de intensa sospecha y amplio cuestionamiento-, se perfilaban en el Ecuador cuando Pío Jaramillo construye un modelo crítico de lo que designa como "la incipiente democracia ecuatoriana" a comienzos de la década del 20 y en vísperas de la revolución juliana.

La guerra de 1914-1918 es el momento histórico referencial del análisis contenido en su libro **La Asamblea**

(7) Comparando los programas del liberalismo en diferentes momentos, cabe recordar el programa de principios de la Sociedad Liberal-Republicana presidida por Pedro Carbo en 1883, manifiesto que reconoce la soberanía popular y la unión que debe imperar entre la Iglesia y el Estado. En 1888, la Sociedad Liberal-Republicana reclama la insuficiencia de las leyes, el fraude electoral, la falta de libertad de imprenta, y plantea la necesidad de libertad para conducir a la nación a la tierra prometida de la civilización. La Primera Asamblea Liberal tiene lugar en Quito durante la Presidencia de Antonio Flores, bajo la dirección de Pedro Carbo y la secretaría de Modesto Peñaherrera, conservando todavía los grandes principios republicanos. Solamente las Constituciones de los gobiernos de Alfaro contienen un programa que puede llamarse propiamente liberal, en particular la Constitución de 1906.

Liberal y sus aspectos políticos (Quito, 1924), tema central de nuestro trabajo. La primera guerra trastorna el sistema económico mundial hasta entonces centrado en el imperialismo inglés normado por la lógica del librecambismo, para dar paso al expansionismo en la opción imperialista de Estados Unidos. La política de expansión era teóricamente antagónica respecto al libre cambio y la reacción de las élites liberales ante la inevitable decadencia de sus principios fue de aceptación paulatina aunque no sin protestas (8), teñida por el temor ante la presión de la clase trabajadora. Como indica Wolfe (1980:130), *"la primera guerra mundial acercó todavía más el final del mundo liberal (...). La primera baja de esta guerra fue el liberalismo"*, puntualizando que en ningún otro aspecto falló tan abiertamente la filosofía liberal como en su comprensión del problema del cambio.

Esta transformación es asumida en el Ecuador con una perspectiva realista por ciertos grupos liberales (*"la lucha por el abaratamiento de la vida, la valorización de la moneda, el equilibrio comercial en el intercambio"*, escribe Pío Jaramillo, op. cit.: 338, en un enfoque que mantiene actualidad dolorosa), destinada a rescatar una concepción selectiva y ecléctica del liberalismo, "sin plebeyismo", que asegurase la conciliación inter e intra clase, apoyada en un Estado benefactor y regulador de una democracia que calificamos como restringida (9).

(8) Al respecto es necesario anotar la antigua tradición americanista que atravesando la Independencia se nutre con matices de fuente diversa hasta llegar a posiciones de real conciencia antiimperialista.

(9) Una de nuestras hipótesis de base implica que en su desarrollo histórico, democracia y liberalismo originariamente identificados en el desafío a órdenes socialmente caducos, se han separado paulatinamente al convertirse el liberalismo en una teoría del poder justificadora de la política de las clases dominantes. Este supuesto se ve confirmado una vez más en la década de los 20 ecuatorianos, cuando la democracia continúa delatando su carácter utópico, y se agudiza la tensión entre liberalismo y democracia. Por consiguiente, antes que una delegación de la representatividad en las élites para el ejercicio del poder, percibimos en el liberalismo de la época una deliberada marginación del votante popular en períodos históricos específicos, a partir de 1895.

Los componentes de este liberalismo ecléctico, último intento por encontrar una salida social de control sin represión violenta, se definen en el libro de Pío Jaramillo tanto por la reproposición del doctrinarismo liberal en tanto idea-fuerza (10) al interior del pluralismo neo-idealista que tanto vigor tuvo en la teoría democrática liberal de comienzos del siglo XX, como por la oposición a ideologías provenientes de los movimientos sociales que presionaban en el país, en Latinoamérica y en el mundo, desde trincheras no liberales (11). Siendo el objetivo entregar todo lo que pudiera mejorar la condición de la clase trabajadora, excepto aquello que realmente hubiese podido mejorarla, el poder, el resultado de la práctica política del sector a que perteneció Jaramillo es una combinación ambigua que no obstante tuvo importantes rasgos progresivos en relación a la situación ecuatoriana del período.

La crisis interna es descrita por Pío Jaramillo como una respuesta inadecuada a los efectos de la guerra de 1914 por parte de los gobiernos plutocráticos que se han sucedido desde que las alianzas intra-clase principalmente a partir

(10) El concepto de ideas-fuerza es desarrollado por Albert Fouillée (1938-1912) como pieza clave de su filosofía evolucionista. Según esta noción, la idea no solamente puede estar dotada de fuerza sino también ser una fuerza en sí misma. Rechaza así el mecanicismo y automatismo del evolucionismo naturalista de la época. Siendo las ideas formas de conciencia, pueden transformarse en factores reales debido a la posibilidad de integrar la idealidad con la energía, como una fuerza en acción o como movimiento actual. Sostiene la teoría de una moral de las ideas-fuerza en que éstas se unen a la primacía de la conciencia individual, creando valores objetivos cuya finalidad es cambiar lo que es, para definir lo que puede o debe ser. Esta teoría se enlaza con la elaboración de una concepción del conjunto de la realidad y de la relación del hombre con este conjunto.

(11) El liberalismo ecuatoriano de la época se encontraba en la fase en que, antes de tolerar una sociedad plural de grupos diferenciados, necesita deshacerse de los sectores no liberales. Uno de ellos era la Iglesia, que aún reivindicaba su derecho divino para interferir con el Estado e introducirse en la conciencia individual con fines de manipulación. Otros antagonistas que el liberalismo buscaba desintegrar eran los grupos movidos por un método crítico y coherente respecto a la estructura social imperante.

del gobierno de Leonidas Plaza, generaron el mercantilismo bancario, eje económico de la crisis, acompañado por ideologías extranjerizantes y por problemas políticos que el país ha arrastrado desde comienzos de la República. La prohibición de las exportaciones y luego su limitación, la ley de inconvertibilidad de billetes de banco (Moratoria de 1914) que ha favorecido las emisiones fraudulentas, el aumento de la deuda externa e interna, el incremento del déficit presupuestario del gobierno, configuran una sostenida situación de crisis fiscal, monetaria y de producción agrícola e industrial. El gran beneficiario ha sido el Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil, en un sistema de especulación bancaria que ha invadido todos los niveles de la vida nacional (12). Puesto que la inestable democracia ecuatoriana se encuentra en grave peligro, *"solamente la organización de los partidos políticos podrá imponer el respeto a las teorías fundamentales del republicanismo"*, subraya Jaramillo (op. cit.: 63).

La conformación de la Asamblea Liberal instalada el 3 de septiembre de 1923 y de cuyo seno surge el partido liberal ecuatoriano en una primera rearticulación de las tendencias tradicionales (13), garantizaba el grado de represen-

(12) Los liberales renovadores planteaban como instancia reguladora fundamental para la crisis la liquidación del Banco Comercial y Agrícola y la creación del Banco Central que tendría a su cargo "la abolición de la Moratoria, la convertibilidad metálica del billete, la estabilización de la moneda, la regularización del cambio internacional, la unificación del circulante, la centralización total de las rentas públicas, la nivelación del Presupuesto Nacional, el cobro efectivo y oportuno de los impuestos públicos, la unificación de estos impuestos, la reforma aduanera, la economía cuantiosa en los gastos nacionales, el control efectivo de la vida bancaria, la regularización del crédito, la participación del Fisco en las utilidades bancarias, la conversión y consolidación de la Deuda Externa y la organización, en suma, económica y financiera del país en conformidad con el brillante programa de la transformación política del 9 de julio" (Dillon, 1925:264).

(13) El 9 de octubre de 1925 se reuniría en Quito la Asamblea del Partido Conservador para aprobar igualmente un programa y estatutos que establecen como primer considerando el contenido de los programas políticos en tanto normas de acción "inspirados en las condiciones del país" y no únicamente enumeración de principios, al tiempo que formalizan la aceptación de la política de León XIII de "Iglesia libre en Estado libre" y

tatividad que la estructuración de un partido orgánico requería en el momento histórico. El amplio llamamiento efectuado por el Directorio Liberal de Pichincha tendiente a que todas las fracciones participaran en las juntas liberales provinciales cuyas delegaciones integrarían luego la Asamblea había respetado *"el sistema representativo, el libre silencio y voluntaria abstención de algunos"*, es decir, la legitimidad de la instancia fundadora. La validez del programa emanado de ella quedaba así resguardada (14). El historiador Alfredo Pareja Diezcanseco observa que *"éste era en 1923 un programa socialista, revolucionario, un poco ingenuo, cargado de novedad en el Ecuador"* (1979:341). Ampliando esta perspectiva y situándonos en el núcleo de la disyuntiva planteada al liberalismo, la respuesta programática voluntarista adquiere un grado de adecuación a la demanda social del momento desde el ángulo de los grupos modernizantes para los cuales *"la solución no puede ser otra que esta: o revolución desde arriba por obra de una actitud definitivamente radical del Gobierno o revolución social en la mezcla informe de todas las fuerzas vivas del país"* (op. cit.: XLVI). El persistente conflicto intra-clase y el estallido popular de 1922 componen a grandes rasgos el difícil contexto que la élite liberal busca superar (15).

El desdoblamiento del conflicto entre las dos formas más importantes de tensión de clases en la sociedad capitalista -al interior de la clase propietaria, y entre la clase propietaria y la clase trabajadora-, emerge del análisis que Pío Jaramillo desarrolla respecto a la oligarquía bancaria y

su doctrina social corporativista.

(14) Osvaldo Hurtado (1983:243) observa que el partido liberal en 1923, a pesar de constituir una organización inferior al partido conservador, "frecuentemente indisciplinada y caótica, mantiene su influencia gracias a su ascendencia en la educación, en la prensa, en los cuerpos militares, en los centros de opinión, y en el fraude electoral".

(15) En el discurso de Pío Jaramillo, el concepto "revolución" recubre tanto el campo semántico de "dictadura" como el de "caos" al referirse a las revoluciones "desde abajo", estériles y personalistas. Por el contrario, resalta el elemento positivo de las revoluciones "desde arriba" encauzadas por la autoridad"

de su planteamiento de una democracia restringida (16) de la cual los partidos políticos son un componente fundamental. En los grupos dominantes, el desacuerdo era creciente entre el pequeño y el gran capital, entre agricultura e industria, capital financiero y manufacturero, entre regiones, y la lucha por el control del Estado incluía vivo temor a "los de abajo". Inmerso en estas contradicciones, Jaramillo preconiza en 1923 la excelencia social de los principios liberales combinada con una forma no liberal de gobierno, expresión a su vez de la dualidad del Estado capitalista atrapado por las exigencias antagónicas de acumulación y de legitimación.

Al interior de un liberalismo "actualizado" como teoría política, y elaborando aspectos de lo que podríamos llamar sociología de la crisis, por una parte, y sociología del control del cambio, por otra, Pío Jaramillo delinea un perfil histórico cuyos constituyentes retenemos para ofrecerlos en el presente trabajo.

2.1. El liberalismo como teoría de equilibrio y desarrollo.

La fuerza del liberalismo renovado por las formulaciones recientes de la ideología liberal inglesa, que a su vez nutren "la más grande democracia de que puede ufarse la cultura de esta época" (op. cit.:278), capacita a esta doctrina para erigirse en directriz universal. La Revolución Francesa ha dado un gran paso histórico al declarar los derechos del hombre, si bien la burguesía triunfante sobre el viejo orden no ha llegado a reconocer plenamente las aspiraciones y prerrogativas populares. En una peculiar interpretación de la revolución rusa, Jaramillo (op. cit.:281) afirma que ha sido preciso el socialismo soviético para insuflar nueva vida al liberalismo, "sobre todo en lo que

(16) "El éxito del régimen mixto de la democracia liberal depende del reconocimiento de que es un régimen mixto", sostiene Mansfield (1981:25), "y a pesar de que los liberales pueden contribuir a la democracia, no pueden convertirse en demócratas y no deberían intentarlo".

toca al nuevo sentido del derecho de propiedad, base de todas las libertades, con la condenación del latifundio" (17). Incluso el fascismo, enemigo natural del liberalismo, tendría como objetivo final imponer un liberalismo avanzado.

Jaramillo expone ciertos principios de la democracia liberal inglesa articulados en las funciones siguientes:

- Seguridad de la vida, tanto en relación a la persona humana como al Estado que encuentra en este principio su razón de ser.
- Respeto al propio poder, que garantiza al individuo el ejercicio de sus facultades (18).
- Autonomía política individual, incluyendo la libertad de opinión.
- Derecho a gobernar, en base al talento y a la virtud cívica.

Los partidos clásicos, presentados respectivamente como ultramontanismo regido por el derecho divino; conservadorismo inmovilizado en el pasado; liberalismo "anquilosado por supersticiones políticas democráticas" (op. cit.:280); y radicalismo de anticlericalismo personalista,

(17) El siguiente párrafo, tomado de *El indio ecuatoriano* (1922:134), condensa el pensamiento de Pío Jaramillo sobre la cuestión agraria: "La situación agraria en el Ecuador es netamente feudal. Ya están derogadas las leyes que mantenían legalmente en pocas manos inmensos territorios, pero este acaparamiento existe de hecho en estado improductivo, como herencia transmitida por los antiguos latifundistas así en el elemento civil como en el eclesiástico" (...) "Los bienes de manos muertas en el Ecuador es preciso dividirlos y enajenarlos por razones de orden político y social. Las reformas a medias no son reformas y degeneran en contemporizaciones que sólo sirven para desprestigiar los programas políticos de los regímenes que los sustentaron para alcanzar el poder".

(18) El principio ético central del liberalismo es la libertad del ser humano para realizar sus capacidades como individuo. Los teóricos del liberalismo ético como J.S. Mill, por ejemplo, han impulsado sin éxito la combinación de la libertad de mercado con la libertad para el desarrollo de las propias virtualidades. Sin detenernos en este punto, recordemos que Mill ejerció gran influencia en Pío Jaramillo.

son inadecuados al presente histórico que exige soluciones pragmáticas orientadas por ideas-fuerza de efectiva vigencia.

El partido ultramontano, católico o clerical, constituye más bien una secta religiosa cuyo código, el Syllabus (19), intenta fundamentar la legitimidad de este grupo en el servicio de la Iglesia de Roma antes que al Estado contemporáneo. El clericalismo es aún un poder peligroso para el Estado moderno, anota Jaramillo, al situarse fuera de este último. Mas no debe ser confundido con el partido conservador, legítimo contrincante en la vida republicana y fuerza teóricamente complementaria del liberalismo. Por el momento existen en el Ecuador solamente pequeños núcleos de conservadorismo políticamente válido, puesto que predomina todavía el ultramontanismo tanto en su versión local como continental. Jaramillo se refiere al "pacto clerical del Pacífico" que abarca a las naciones bolivarianas.

Consecuente con su enfoque psicológico de la política, y entendiendo a esta última como "la vida consciente del Estado, la dirección de los negocios públicos, el arte práctico del Gobierno" (op. cit.:124) basada en arraigadas convicciones morales, Jaramillo define su concepto de radicalismo en una perspectiva interesante para quienes estudiamos la historia latinoamericana tratando de alejarnos de los absolutos fuera de contexto. El análisis del término "radical" en el Ecuador deberá tomar en cuenta la connotación por la que Jaramillo asimila esta noción al momento histórico de 1789 (en acuerdo con la generalidad de historiadores universales), instancia que moviliza y defiende con sangre los principios de libertad y de igualdad para destruir el viejo orden y desembarazarse de la tradición. Lo significativo es que Jaramillo identifica correctamente "radical" con "anticlerical", según el significado que el contexto histórico del siglo XVIII asigna a esta noción, valorizando la misión histórica del radicalismo al demoler el poder eclesiástico como tarea cumplida en el pasado. La psicologización de la historia aparece

(19) Sobre este importante código del discurso eclesiástico de autoridad remitimos a nuestro trabajo mencionado en la nota (5) de esta ponencia.

una vez más en el perfil que esboza del liberal radical: iluminado, actúa ingenuamente con temperamento de mártir, sin importarle el sacrificio personal ni las amenazas; su ímpetu decae solamente cuando la realidad brutal acaba con su quimera. Este retrato apunta a una de las causas del anquilosamiento del liberalismo ecuatoriano, detenido en el heroísmo ideológico que tuvo su razón de ser en 1895 y que en la actualidad debe dar paso a componentes más complejos. Precisamente la renovación ha sido conducida por la Asamblea Liberal de 1923 al declarar caduca esta ideología "histórica" (20). "Los viejos liberales", escribe Jaramillo (op. cit.:77), "concurrieron a la Asamblea a entregar el pendón rojo a la juventud y a presidir la discusión franca, liberal, del debe y el haber en las responsabilidades históricas del régimen del 95 que ha sido poder, pero no partido organizado; que se ha ejercitado en los actos administrativos sin alcanzar a llegar como doctrina a las conciencias; que ha sido gobierno, pero no convicción, sentimiento liberal profundamente arraigado en el alma". Naturalmente, puntualiza Jaramillo, los precursores son dignos del mayor respeto y su obra máxima, la Constitución de 1906, ha traído consigo la liberalización del país.

Por consiguiente, no resulta extraño el juicio agri-dulce de Jaramillo sobre el alfarismo. Caracteriza el período 1895-1906 como época del "liberalismo católico de Montalembert" (op. cit.:50), en que el caudillismo improvisó necesariamente instituciones y hombres. En aquel momento, el radicalismo exigido por el tipo de relación Iglesia-Estado fue evadido por Alfaro y sustituido por la política de conciliaciones, señala Jaramillo, para quien el radicalismo cabal estuvo representado entonces por el general Manuel Antonio Franco. Los índices que cobrarían vida en el movimiento juliano de 1925 son perceptibles en muchos pasajes del texto. "Manifiesto un estado de espíritu que niega el bien de una dictadura inteligente y generosa", indi-

(20) El calificativo "histórico" se opone a "actual" en el discurso de Jaramillo y tiene como referencia lo que ha pasado a formar parte de la tradición.

ca (p. 228), para luego suavizar este enunciado precisando que "es preferible la evolución a la revolución". Pero la semilla estaba lanzada ante la encrucijada que implicaba desarrollar una estructura estatal no excesivamente rígida que facilitara la cooperación social, superando la anarquía del caudillismo del siglo XIX, a su vez insuficientemente autoritario, y respondiendo simultáneamente a la presión de la clase trabajadora (21). El talento de Pío Jaramillo se debate en medio de las filosas contradicciones de la época traducidas en su discurso por una serie de proposiciones y re-proposiciones no siempre armónicas.

El liberalismo actual, por el contrario, ha dejado de lado la agresividad del radicalismo para adoptar una actitud serena y metódica que cumple la función del propulsor vital del Estado concebido como organismo vivo. Jaramillo sigue explícitamente a Bluntschli en su línea poco sutil de la analogía organicista. Siendo la función prioritaria del Estado defender la libertad de todos, no existe, por lo tanto, crisis esencial del cuerpo doctrinario, sino necesidad de adaptar los moldes clásicos de los partidos al progreso y a las necesidades contemporáneas.

2.2. La crisis política.

Este es el problema fundamental de la coyuntura crítica, apunta Jaramillo, y la solución a las cuestiones de orden económico derivará necesariamente de la salida política que se adopte. La función de difuminar las divisiones de clase fluye de los supuestos teóricos manejados por Jaramillo a través de su concepción del sistema de partidos políticos liberal y conservador, en que ambos representan, anta-

(21) Con fina ironía, Lois Crawford (1980:182) presenta la amplitud del desfase entre el liberalismo y la clase trabajadora: "Mientras la 'gente buena' escuchaba a los celebrantes de la revolución liberal contar que el anticlericalismo ya estaba fuera de moda y que el partido político debía incluir programas de justicia social, los trabajadores aquellos meses de verano de 1922, eran anarcosindicalistas".

gónicamente pero nunca enemigos, subraya, el bien común ofrecido en una plataforma programática indefinida y amplia (22). Un tercer partido es terminantemente excluido en nombre del principio básico de contradicción u oposición, compuesto únicamente por dos términos "de cuyo choque brota el bien" (op. cit.:144). Su referente explícito y calificado negativamente es la alianza conservadora-liberal facilitada en Colombia por el ex-liberal Rafael Núñez (23) bajo la etiqueta de "partido nacional", que ha significado a la postre el triunfo del conservadorismo. Esta propuesta de bipartidismo intentaba sin duda contrarrestar el surgimiento de movimientos sociales alternativos constituidos en fuerza

(22) La actualización de las bases programáticas del conservadorismo en 1925 es descrita por Ricardo Muñoz Chávez (s.f.:36) en los siguientes términos: "Hombres de claro talento, patriotas de verdad, estadistas en el cabal sentido de la palabra, políticos veraces y prácticos, convenían en que resultaba irreal y en ciertos casos ridículo el que un partido político permanezca estacionario, quizás por una supuesta lealtad a quien fue su gestor y máximo exponente (García Moreno. N. de la A.), tanto más que se reconoce que la actuación de aquel estuvo cargada de muchos defectos y excesos y que no era posible pretender perennizarlos. Este justo afán de renovación y progreso llevó a los conservadores a proponer una revisión de su programa, de su ideario y estatutos (...)".

(23) Las vicisitudes de la relación Iglesia-Estado en la vecina Colombia tuvieron gran repercusión en su momento sobre la opinión liberal del problema, y la política conducida por el varias veces Presidente colombiano Rafael Núñez, liberal convertido en conservador, ejemplificó una modalidad de traición que el liberalismo ecuatoriano tuvo siempre presente.

Alberto Gutiérrez (1980:283-4) indica que hasta 1885 había regido en Colombia la Constitución liberal de Río Negro, consagrando la total separación de la Iglesia y el Estado junto con las libertades civiles. Durante su primera presidencia, Núñez se negó a derogar esta Constitución no obstante los esfuerzos desplegados por la diplomacia de León XIII. La intensidad de las guerras civiles y la necesidad de constituir un Estado centralizado en lo político y descentralizado en lo administrativo, condujeron a Núñez a formar un movimiento nacional que, uniendo a liberales y conservadores, facilitara la concertación "regeneradora". Esta coalición elige a Núñez por segunda vez en 1883, y en 1885, Núñez deroga la Constitución de Río Negro. Durante su tercera presidencia, aprueba un Concordato firmado por el Cardenal Mariano Rampolla a nombre de León XIII y por el Ministro Joaquín Fernando Vélez a nombre del Presidente Núñez.

social organizada, y en 1933 Jaramillo repropondrá un remozamiento liberal mediante la formación del partido social agrario. Volveremos sobre este punto.

El tema del nacionalismo en el sentido mencionado de tercer partido, que Pío Jaramillo asimila al conservadorismo clerical y al fascismo en sus manifestaciones locales, ocupa su atención crítica de manera preferente en intensidad y extensión. Recordemos que la coyuntura ecuatoriana acusaba el impacto, en diversas formas y grados, de la revolución bolchevique, la aparición del fascismo italiano y del nazismo alemán con sus ramificaciones en Latinoamérica, la III Internacional y la adopción de los 21 puntos programáticos de Lenin, la dictadura de Primo de Rivera en España, el régimen de Kemal Ataturk en la república de Turquía, y el auge de la acción del Estado contra la Iglesia en México. El fascismo criollo es definido por Jaramillo como símil del conservadorismo con máscara nacionalista, signo de una crisis ideológica que coincide en el Ecuador con la crisis del sistema hacendatario. Jaramillo distingue nitidamente entre la nacionalidad (lo nacional) y nacionalismo, fuerza social retrógrada compuesta por el clericalismo aún pujante, la oligarquía bancaria manipuladora del nocivo regionalismo, y la ambición de poder por medio del sufragio libre. Esta triple conspiración se opone y desarticula a la causa liberal, "mantenedora de las aspiraciones nacionales, en orden al bien común" (op. cit.:153). El nacionalismo ecuatoriano tiene su origen en el progresismo o fusión de los grupos liberal y conservador clerical que caracterizó a la presidencia de Luis Cordero, sostiene Jaramillo, habiendo sido reforzado a partir de la segunda administración de Leonidas Plaza.

El espacio que el clericalismo disputa al liberalismo cuando Pío Jaramillo escribe en 1923, se concentra en el ejercicio de la libertad electoral defendida particularmente en las pastorales del Arzobispo Manuel María Pólit desde 1922, preparando ya su intervención en las elecciones de enero de 1924 (24). El clericalismo es el mayor enemigo de

(24) Pío Jaramillo (1924:XII) reproduce parcialmente la Pastoral emitida

una nación que construye la paz y tranquilidad públicas. Federico González Suárez, gran político y verdadero gestor del partido conservador entendido en el sentido planteado por Jaramillo como elemento de equilibrio en el sistema bipartidista, lo había denunciado por carta a Leonidas Plaza en calidad de Obispo de Ibarra. La libertad irrestricta del voto es sostenida por el clero de 1922 y 1923 en su convicción del dominio que ejerce sobre la mayoría de la población. Pero esta unidad entre clero y conservadorismo comienza a mostrar resquebrajamiento, indica Jaramillo al observar que siguiendo implícitamente la línea de González Suárez, la juventud conservadora de Cuenca había rechazado la denominación de "conservador" en 1918 por considerarla tefida de clericalismo garciano, acordando llamarse "partido republicano-católico" (25). Y el peligro social entrañado por el clericalismo se ha agudizado con su pronunciamiento en favor de la candidatura presidencial del coronel Juan Manuel Lasso, "cacique latifundista, accionista de bancos y empresas industriales" (op. cit.:268), cuya plataforma de renovación sólo profundiza la contradicción de clases con presagio de un sangriento futuro, sostiene Jaramillo en tono dramático: "Se empuja a la masa obrera y campesina contra quién, ¿contra el Gobierno? ¡Equivocación! Contra los patrones y capitalistas (...) La lucha electoral, así como la ha planteado el lassismo es peligrosísima. Es lucha de clases" (op. cit.:270).

Por el contrario, la candidatura de la Asamblea Liberal (Gonzalo Córdova) impulsa las aspiraciones nacionales resumidas en la racionalización de los sistemas político y económico, la reorganización del régimen hacendatario sin presiones plutocráticas y el mantenimiento del ideal libe-

por el Arzobispo Pólit en diciembre de 1922, subrayando el llamado eclesástico a defender la libertad electoral "cueste lo que cueste" y comparándolo con las proclamas políticas de los tristemente célebres obispos Masía y Schumacher.

(25) Sobre este punto, Ricardo Muñoz Chávez (s.f.:35) sostiene que García Moreno nunca tuvo en Cuenca una plena acogida, por lo que si bien no se llegó al cambio de nombre propuesto por el conservadorismo azuayo, surgieron algunas importantes reformas.

ral, que Jaramillo califica como "socialismo romántico" (p.313).

El componente plutocrático de la crisis político-económica y su corolario de regionalismo como generador de división contraria al sentimiento de nacionalidad, ha ocasionado la existencia de un país con dos cabezas, en que Quito es la sede del Gobierno y Guayaquil la capital de la especulación bancaria. Los efectos de la guerra de 1914 aceleraron el fenómeno por el cual *"el Estado entrega al mercantilismo bancario la emisión libre de billetes que el Gobierno toma en préstamo, convirtiendo el privilegio de la emisión en deuda del Gobierno"* (op.cit.:47). El Banco Comercial y Agrícola convertido en gobierno determina, por vía de consecuencia, la vida política del país y en general la vitalidad de la nación. La existencia de la oligarquía bancaria, debido a lo que Jaramillo estima como error del General Plaza, ha ocasionado la asfixia del doctrinarismo liberal. Por lo tanto, el dilema a que se enfrenta el país se articula como disyuntiva cuyos términos son la mantención de la oligarquía de la costa o la recuperación de la hegemonía por el liberalismo renovado de la Asamblea Liberal. Es evidente, apuntamos, la universalización del término "liberal" en oposición frontal a lo particular representado por el conservadorismo clerical, por una parte, y por la oligarquía regionalista, por otra.

A su vez, la libertad de sufragio y el "congresismo" identifican una democracia falsificada, y Pío Jaramillo arremete contra este tercer componente del nacionalismo fusionista, a su vez signo de la quiebra (relativa) del sistema republicano. Especialmente significativo, el concepto de democracia que Jaramillo retoma del estadista inglés Lloyd George no asimila democracia a liberalismo sino a un sistema nocivo para los gobiernos, caracterizado por el uso del sufragio y por el predominio del parlamentarismo. El descrédito del sufragio popular que genera parlamentos (congresos) inorgánicos, puede conducir al despotismo de las multitudes, tiranía más humillante que la del dictador único, sostiene Jaramillo (op.cit.:186).

Llegamos aquí a una incoherencia del modelo liberal-

democrático que no ofrece salida fácil. El sistema de partidos, tendiente a desvanecer las diferencias de clase, pierde fuerza con la ampliación del sufragio, instancia que desplaza la principal tarea del sistema al gobierno en ejercicio. Cuando el derecho a voto se restringe a la clase propietaria, el reducido número de electores permite a éstos influenciar y controlar al congresista elegido, de manera que los miembros del parlamento son enteramente responsables ante los miembros del partido. Esta situación se modifica con el sufragio democrático, pues el principal poder pasa a manos del Presidente y sus ministros, es decir el gobierno, a su vez obligado a mediar, por la extensión misma del voto, entre las exigencias de las dos clases fundamentales. Esto requiere de un espacio de maniobra que diluye necesariamente la responsabilidad del gobierno ante los partidos, y el control de estos últimos desciende considerablemente.

El ejemplo invocado por Jaramillo en esta dimensión democrática se desenvuelve en torno al libro de Woodrow Wilson sobre los efectos y esterilidad de los Congresos formados por una asamblea numerosa. La fórmula de J. Stuart Mill respecto a la necesidad de una comisión ejecutiva que elabore leyes es recordada positivamente por Jaramillo y retenida como parte de su propuesta reformadora, al tiempo que analiza los problemas de la función legislativa en el Ecuador. Ellos derivan de la imposibilidad de elaborar buenas leyes en una asamblea amplia pues *"el defecto de toda asamblea, sumado a la ignorancia y la anarquía en el reglamento de las cámaras, eso es el Congreso ecuatoriano"* (p. 29). Por otra parte, sostiene, los dirigentes de las Cámaras no son siempre los más capacitados sino simplemente los más charlatanes o histriónicos. Las excepciones trabajan silenciosa y eficazmente en las comisiones. Sólo los Presidentes ecuatorianos han escrito la historia del país, correspondiendo los abusos y errores a los diferentes Congresos.

Así, una característica general de la política de la post-guerra es la ineficacia de la democracia en su dimensión representativa y parlamentaria, habiendo perdido el Congreso su tradición vinculada al Foro romano y al cabildo

abierto latinoamericano. La razón de esta desviación reside en las oligarquías generadoras de caudillismo liberal o conservador, afirma Jaramillo. La crisis de la democracia representativa ha originado las dictaduras en contra del parlamentarismo aplastante. Cierta influencia no exenta de alguna ambigüedad se percibe en este análisis de Jaramillo cuando elogia la lucidez de Mussolini al sentar las bases críticas y el desprestigio de las categorías representativas fundadas en el sufragio universal. Jaramillo retiene también de Mussolini el importante papel desarticulador que a su juicio ha cumplido la prensa al presionar sobre el parlamentarismo y simultáneamente re-formar la opinión pública: *"Un simple compromiso de los directores de diarios para callar absolutamente todo lo que se dice y hace en un Congreso, ha bastado para anular a éste y producir hondas crisis en los campos políticos"* (op. cit.:299).

De esta manera, la soberanía popular y el sufragio libre han perdido todo crédito puesto que el caudillo o dictador de turno impone una candidatura oficial para su sucesión o bien hace modificar la Constitución en función de su reelección, con la respectiva coacción sobre el voto y los votantes.

2.3. La reforma. Deslinde y oscilación

La reforma es uno de los problemas centrales en la política del siglo XX, precisamente cuando comienza la decadencia del *laissez-faire* y el Estado toma una nueva orientación, ampliando su carácter de clase. Desde 1906, nada sustancial se había producido en el Ecuador en el terreno reformista, y la década de los 20 exige la elaboración de soluciones a lo que Quintero (1981:17) denomina *"primera gran crisis del pequeño capitalismo ecuatoriano"*. La época bulle en propuestas y reflexiones configuradas bajo intensa presión, lo que se traduce en proyectos de renovación bastante ambiciosos y no siempre asentados. En el grupo anti-oligárquico, el ataque a la plutocracia democrático-parlamentaria despliega una hostilidad real hacia las viejas for-

mas de capitalismo y su elaboración ético-sociológica reclama la acción de un Estado que no disfrace su intervención en la vida social y económica, aspecto que marcaría un punto de contacto con el socialismo. Con todo, la oscilación es su característica y señalamos este eclecticismo como índice de la convulsión del período y de la contradicción interna del liberalismo entre polos irreconciliables: el interés personal y la libre competencia. Ciertas reminiscencias de solidarismo, de corporativismo y el uso de categorías y método positivista son captables en el discurso de Pío Jaramillo. Percibimos, particularmente en el intertexto inmediato formado por su libro *El indio ecuatoriano* (1922), un real interés por asegurar bases sólidas al liberalismo que no ha dado al país todo lo que de él podría haberse esperado. Pero al mismo tiempo Jaramillo hace presente el peligro de este realismo reconociendo que salvo una élite, el país no está maduro para el régimen liberal pleno, concebido a priori como el único sistema salvador. La moralidad general no es lo suficientemente perfecta para que el liberalismo pueda reinar sobre el mundo en todo su esplendor, y si los ecuatorianos hubiesen comprendido las ventajas del principio de libertad, hubiera sido imposible que un grupo ávido y mercantilista desfigure el sistema. Pasando por la colaboración entre patronos y trabajadores y respetando el dogma del derecho de propiedad, *"base de la riqueza generadora de vida"* (op. cit.:112), Jaramillo reclama para el Estado la función de máximo regulador jurídico de la vida nacional, al tiempo que desestima la existencia del proletariado urbano. *"En el Ecuador sólo existe, propiamente, el proletariado indígena campesino"*, señala, *"puesto que el obrero urbano impone el salario"* (op. cit.:114). Por consiguiente, la masacre de Guayaquil es recordada como *"la jornada de noviembre en Guayaquil"* y evaluada como respuesta al *"artificio de la regularización del cambio"* impuesta por la oligarquía bancaria. Al mismo tiempo puntualiza que esta *"explosión de contornos soviéticos"* no tiene razón de ser en el desenvolvimiento normal de la economía del país.

En los años 20, el movimiento obrero ecuatoriano, al

igual que en toda Latinoamérica, se desarrollaba en forma caótica y el predominio de la tendencia anarcosindicalista era evidente. Indudablemente, por renovador que fuese el liberalismo en el país, el trabajador urbano representaba definitivamente a una clase que no sería absorbida por una tendencia que rechazaba el derecho a la revolución como transformación. Por lo demás, su número era considerablemente inferior al de los campesinos indígenas que a su vez conformaban el 40 ó 50% de la población total. La población rural, analfabeta e implacablemente pobre, demandaba básicamente una reorganización del sistema de tenencia y desarrollo de la tierra, reforma a la que el capitalismo criollo se oponía férreamente. La migración campo-ciudad favorecía ampliamente el suministro de obra con costo ínfimo. Pío Jaramillo capta certeramente la importancia clave del problema de la tierra y procura invertir la teoría que asigna al proletariado industrial la conducción de las fuerzas transformadoras, y si bien la elaboración de una política agraria no constituye el objetivo del libro que presentamos, subyace a éste y a toda su obra como eje reflexivo.

Se comprende entonces que la primera de las "ideas sustantivas" (p. 113) del programa impulsado por el nuevo liberalismo sea la reforma agraria que permita liquidar el latifundio mediante la distribución equitativa de la tierra. Otras aspiraciones incluyen el intervencionismo de Estado; cooperativismo y protección a la industria; legislación obrera como garante de la adecuada resolución de la cuestión social; reforma electoral que limita el voto a los ciudadanos capacitados educativa o económicamente; educación e instrucción del trabajador; organización de la Hacienda pública y creación del Banco de la República. En lo internacional, solución definitiva al conflicto de límites con el Perú excluyendo todo arbitraje; y formación de una Liga de las Naciones Suramericanas como máximo tribunal dirimente de conflictos entre las naciones del continente.

Las bases de este programa son específicamente éticas. Los liberales renovadores como Jaramillo, educados en el espíritu del siglo XVIII, apuntan hacia la obtención de las

aspiraciones mencionadas tomando su orientación moral de la antigua escuela. Esto genera un dualismo que refuerza la contradicción fundamental de la doctrina liberal señalada antes, y que proyecta la divergencia entre el desenvolvimiento interior de la vida individual y los efectos externos de las acciones particulares. Desglosando esta ética social dual, encontramos algunos aspectos ilustrativos como los siguientes:

- **Individuo y sociedad:** El riesgo de dominio de la mediocridad colectiva y el descenso de nivel que esta peligrosa tiranía trae consigo, sólo puede ser contrarrestado por la libertad, única fuente perpetua de progreso tanto en las opiniones como en las acciones. Por consiguiente, la masa debe ser siempre dirigida por algunos individuos superiores moral e intelectualmente ("las minorías selectas", p. 330).
- **Religión:** Es delimitada como elemento integrante de la conciencia individual y reducida al cristianismo. Si bien pertenece a una esfera estrictamente privada, se valoriza simultáneamente su utilidad social. El cristianismo orienta los sentimientos y aspiraciones del hombre hacia un objeto ideal, proporcionando consuelo espiritual en momentos de craso materialismo. Constituye esperanza antes que fe, y ha actuado sobre los hombres a través de la imagen de Cristo antes que mediante la imagen de Dios. Si bien configuró originariamente un modelo liberador, la religión ha sido desfigurada "por las pasiones de un orden temporal, simplemente político" que ha impreso su huella a organizaciones "cuya finalidad ya no es el Cielo" (op. cit.:234).
- **Gobierno representativo:** La cuestión se plantea en relación a la protección de la libertad contra todo tipo de despotismo, individual o de la mayoría. La democracia es así denunciada en sus peligros, según hemos visto, particularmente el parlamentarismo inadecuado

para elaborar leyes. Jaramillo propone la creación de una Liga de Acción Cívica (p. 331) formada por las minorías de gente culta de todos los partidos, "capaz de infundir la verdad en la conciencia popular". La crisis es de hombres antes que económica, afirma, y es absurdo conceder igual capacidad electoral al trabajador y al profesional e intelectual. La reforma electoral propuesta incluye medidas administrativo-jurídicas y "restricción del voto según la cultura y la renta" (p. 323). Para resguardar el derecho de las minorías en las decisiones, Jaramillo recomienda entre otras medidas la representación proporcional. Con todo, la dictadura envuelta en el concepto "revolución desde arriba" aparece sugerida.

- **Cuestión social:** Jaramillo concede prioridad al problema social por sobre las formas democráticas pues la libertad individual y político-representativa no puede beneficiar realmente a todos. Llega así a una aproximación al socialismo que según hemos mencionado, califica como romántico. Este tipo de socialismo se precisa por su raíz agraria y por un objetivo amplio cual es elevar, por una intervención enérgica del Estado, el nivel del trabajador campesino indígena, como también sus aspiraciones respecto a la vida y a sí mismo. Intenta de este modo arribar por vía pacífica a progresos que derivan de convertir en propietario al campesino despojado.

En 1923, la reivindicación de este socialismo es adjudicada por Jaramillo a los planteamientos liberales que "inscriben en su programa novísimo las grandes conquistas del Derecho Público contemporáneo" (op. cit.:311). Ciertamente, la preocupación de la Asamblea por mejorar la condición del trabajador y el requerimiento de la intervención del Estado en favor del asalariado acercan a este sector liberal a ciertos componentes del socialismo. Pero se separa nítidamente del mismo al reafirmar implícitamente la

tendencia individualista que preconiza una distribución de bienes acondicionada según criterios discutibles de superioridad: la proporción entre aptitudes y beneficios. La adopción de un socialismo teórico deviene el último refugio del liberalismo y, paradójicamente, del individualismo.

Diez años más tarde, el optimismo de Pío Jaramillo sobre los postulados de la Asamblea Liberal y el régimen de partidos se había desvanecido. En 1933, al analizar las etapas del socialismo ecuatoriano, estima que el conjunto de condicionantes negativos no había variado fundamentalmente (prevalencia de personalismo, caudillismo, clericalismo), originando "el fracaso de toda posible organización de los partidos políticos en el Ecuador". Verificando la existencia de estos obstáculos a los que se suma la importancia de consignas extranjerizantes, "Petronio" replantea el problema partidista proponiendo "una organización política ecuatoriana, un socialismo autóctono, un reconocimiento de nuestras necesidades para el estudio y solución de las cuestiones básicas" (El Día. Quito, agosto 5 de 1933).

Ante el contradictor identificado nuevamente como clericalismo de contornos fascistas presente ahora en la Compactación Obrera (1931) y en el NARE (Nueva Acción Republicana Ecuatoriana), Jaramillo reanima la amable utopía liberal-socialista, esta vez mediante la propuesta de un Partido Social-Agrario cuyo lema será "TIERRA, TRABAJO, ALFABETO" (26).

(26) Consideramos de interés reproducir la información consignada por Ortiz Villacís (1977:80) en su análisis de la crisis liberal de los años 30 generada por la alianza entre la oligarquía y la burguesía agro-exportadora: "El Partido Liberal con tendencia hacia la izquierda propició un entendimiento con el socialismo recientemente reorganizado y en algún momento se habló de la creación de un nuevo Partido radical-socialista, una vez que el 7 de enero de 1931 se abrió el proceso para establecer el Partido Comunista.

A mediados de septiembre de 1931 en una asamblea liberal presidida por el Dr. Peralta se exhibieron esas posiciones. (...) Se aprobó una asamblea para fundar un nuevo partido con estatutos que redactaría una comisión integrada por Pío Jaramillo, Jaime Chávez, Roberto Posso, Pablo Palacio y F. Chávez.

Esta posición no prosperó, pues en una nueva sesión se declaró que los estatutos vigentes eran los del partido liberal".

BIBLIOGRAFIA

- AYALA M., Enrique.
Los partidos políticos en el Ecuador. Ediciones La Tierra. Quito, 1986; 83 pp.
- AYORA, José María et. al.
Por la Tercera Asamblea Liberal. Imprenta Editorial "Artes Gráficas" Quito, mayo 24 de 1926; 1 h. Colección de Hojas Volantes de la Biblioteca "Aurelio Espinosa Pólit".
- BOBBIO, Norberto.
 "El modelo iusnaturalista". IN: **Bobbio, Norberto y Bovero, Michelangelo: Origen y fundamentos del poder político.** Ed. Grijalbo. México, 1984; pp. 67-59.
- CARDENAS REYES, María Cristina.
 "José Peralta y la desacralización del poder". **Seminario Nacional "Visión actual de José Peralta"**. Cuenca, julio 12-15 de 1988; 41 pp. Poligrafiado.
- CRAWFORD de ROBERTS, Lois.
El Ecuador en la época cacaotera. Editorial Universitaria. Quito, 1980; 276 pp.
- (Cueva, Manuel B.)
La Asamblea Liberal ante la historia. Imp. de "El Tiempo". Quito-Guayaquil, 1905; 117 pp.
- DILLON, Luis N.
La crisis económico-financiera del Ecuador. Editorial "Artes Gráficas". Quito, 1927; 309 pp.
- GUTIERREZ, Alberto.
 "Relaciones Iglesia-Estado en Colombia". IN: **Pontificia Universidad Católica del Ecuador (Julio Terán Dutari, ed.): simposio sudamericano alemán sobre Iglesia y Estado.** Ediciones de la Universidad Católica. Serie Teológica Ecuatoriana (7). Quito, 1980; pp. 269-321.
- HURTADO, Osvaldo.
El poder político en el Ecuador. Quinta edición. Editorial Planeta Ariel. Quito, 1983; 356 pp.

- JARAMILLO ALVARADO, Pío.
La Asamblea Liberal y sus aspectos políticos. Imprenta Editorial Quito, Quito, 1924; 369 pp.
- "Del socialismo ecuatoriano (I). La etapa soviética". Petronio (seud.). **El Día** (6.917). Quito, viernes 4 de agosto de 1933; pp. 2.
- "Del socialismo ecuatoriano (II). Ni Roma ni Moscú". Petronio (seud.). **El Día** (6.918). Quito, sábado 5 de agosto de 1933; pp. 3-4.
- "Del socialismo en el Ecuador (III). El Partido Social-Agrario". Petronio (seud.). **El Día** (6.920). Quito, lunes 7 de agosto de 1933; p. 3.
- "Del socialismo en el Ecuador (IV). Fascismo y socialismo". Petronio (seud.). **El Día** (6.933). Quito, domingo 20 de agosto de 1933; pp. 3 y 7.
- El indio ecuatoriano** (tomo I). Corporación Editora Nacional. Quito, 1983; 267 pp.
- El indio ecuatoriano** (tomo II). Corporación Editora Nacional. Quito, 1983; 284 pp.
- JUNTA NACIONAL DE PLANIFICACION
Y COORDINACION ECONOMICA (JUNAPLA)
- Análisis de los programas de los partidos políticos en el Ecuador** (documento interno). Sección Investigaciones Sociales. Quito, octubre de 1978; 30 pp. Poligrafiado.
- MACPHERSON, C.B.
La democracia liberal y su época. Alianza Editorial. Madrid, 1982; 150 pp.
- MANSFIELD, Harvey.
El espíritu del liberalismo. N.O.E.M.A. Editores. México, 1981; 134 pp.
- MONCAYO, Abelardo.
 "El concertaje de indios". IN: **Moncayo, Abelardo: Páginas olvidadas** (tomo II). Ed. José M. Cajica. Puebla, 1970; pp. 161-239.

MORENO, Julio E.

"Vida nacional. Liberalismo y conservatismo". *Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria*. Tomo XXIII, Nos. 78 y 79. Quito, mayo-junio de 1920; pp. 380-423.

MUÑOZ CHAVEZ, Ricardo.

"Estudio Introductorio". IN: *Jijón y Caamaño, Jacinto: Política conservadora*. Banco Central del Ecuador-Corporación Editora Nacional. Quito, s.f.; pp. 11-48. Col. Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano (7).

ORTIZ VILLACIS, Marcelo.

La Ideología burguesa en el Ecuador. S.p.i. Quito, 1977; 352 pp.

Programa y Estatutos del Partido Liberal Ecuatoriano. S.p.i. S.l., abril de 1924; 31 pp.

Programa y Estatutos del Partido Conservador Ecuatoriano. Editorial Chimborazo. Quito, 1925; 21 pp.

QUINTERO, Rafael.

"Estudio Introductorio". IN: *Paredes, Angel Modesto: Pensamiento sociológico*. Banco Central del Ecuador-Corporación Editora Nacional. Quito, 1981; pp. 11-45. Col. Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano (6).

LA CRISIS DE LA CULTURA COLONIALISTA EN AMERICA LATINA Y UNA PROPUESTA ALTERNATIVA*

ANALISIS A LA LIRICA DE CESAR VALLEJO

Cecilia Suárez Moreno

* Ponencia presentada al Seminario "La figura de César Vallejo". (Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión", Núcleo del Azuay. Cuenca, Noviembre-Diciembre de 1988).

I

El presente estudio se propone establecer la relación existente entre un período de la historia latinoamericana: el de la crisis de la sociedad y la cultura oligárquicas y los tipos de cultura que le fueron consustanciales, para concluir en un análisis de la obra del gran poeta peruano César Vallejo.

Entendemos que una aproximación que aspire a ser completa no puede prescindir de esta correlación que existe entre sociedad y arte, pero no a la manera de algunos estudios que entienden a la sociedad como un mero "telón de fondo" o "escenario" y al arte simplemente como un desarrollo, cuando más como un reflejo pasivo de la sociedad.

El arte en todas sus manifestaciones y, en particular, la literatura se instalan y definen en una sociedad históricamente determinada. Estas sociedades, en cada período específico, señalan, proponen y exhortan los problemas, las tareas y actitudes que el arte está en opción de aceptar y resolver, o de rechazar y evadirse.

En este sentido, los problemas, los hechos y los fenómenos económicos, políticos y sociales no son ese "telón de fondo" o "escenario", de los procesos culturales, sino que

determinan las condiciones y proponen a las prácticas artísticas los problemas que éstas, desde su especificidad discursiva, pueden contribuir o resolver.

Y por esto, por la posibilidad del arte de contribuir a modelar las sociedades, podemos hablar de una influencia, un condicionamiento y exhortación de la sociedad al arte, y también de una capacidad de retroinfluencia activa del arte sobre las sociedades.

Pero no existe una práctica artística o literaria abstracta. Siempre estas prácticas se ligan, a través de múltiples mediaciones, con los intereses de los grupos, las clases y las fuerzas sociales que se disputan la dirección de una sociedad. Entonces, si la sociedad y la historia presentan un núcleo de problemas que precisan resolverse, el arte, la literatura, analizan y responden según su inscripción en una u otra opción histórica que se juega en dichas sociedades.

II

En esta parte del trabajo buscaremos demostrar cómo desde una nueva realidad latinoamericana, con problemas y tareas diferentes de otros períodos anteriores, surge un arte y una literatura distintos, nuevos.

El período comprendido entre 1920 y 1940 es el momento de la consolidación y la crisis de la sociedad y la cultura oligárquicas y del surgimiento correlativo de nuevas clases y propuestas políticas y culturales en América Latina.

En este proceso se inscribe la lírica, la vida y toda la praxis de César Vallejo (1892-1938) que a tono con los signos de sus tiempos, evolucionan de lo individual y subjetivo, expandiéndose a lo colectivo y universal.

Los sentimientos de desamparo y abandono en Vallejo son los suyos propios, pero también los de una humanidad sufriente y doliente que vive una crisis económica, política

e ideológica: la crisis del capitalismo, de la cultura occidental y de la sociedad y cultura oligárquicas.

Vallejo, en quien hizo eco el sufrimiento de su pueblo, no responde a esta problemática desde una posición nihilista o individualista sino que encuentra en la solidaridad y el combate de la praxis marxista la guía para cambiar al hombre y a la sociedad.

En efecto, Vallejo, como Neruda, Nicolás Guillén, José Carlos Mariátegui, los muralistas mexicanos, Jorge Amado o tantos otros artistas e intelectuales del período, viven y padecen la crisis del capitalismo en su fase imperialista, el enfrentamiento al terror y la represión fascista y vislumbran y conocen las transformaciones del socialismo que había establecido su primer Estado, en octubre de 1917.

El poeta peruano, desde una fecunda y productiva tensión entre marxismo y cristianismo, que en él de ningún modo resulta antinómica, y también desde la rica fusión complementaria entre nacionalismo y vanguardia, responde a las exhortaciones de la sociedad de su tiempo, inscribiéndose creativamente en una perspectiva nacional-popular de la literatura y la cultura latinoamericanas.

En este período que aproximadamente comprende desde 1920 a 1940, América Latina construye su "modernidad" contradictoria que se caracteriza por los siguientes elementos:

En el ámbito más general, América Latina padece la consolidación del imperialismo norteamericano que acrecienta su presencia en los terrenos económico, político, militar e ideológico. Junto a la penetración cultural norteamericana a través del fonógrafo, la radio y el cine, de las modas y formas de divertirse al estilo de Nueva York o Hollywood, la política del dólar y el garrote se convierten en las armas predilectas de Washington que no duda en extorcionar, penetrar e invadir a los pueblos latinoamericanos. Los casos de México (1914-1916), Nicaragua (1912-1925 y 1926-1933), Haití (1915-1934) o República Dominicana (1916-1924) demuestran la política impe-

rialista que invade América Latina para dirimir los conflictos a su favor y beneficio.

La penetración norteamericana optimizó los resultados de sus acciones militares o ideológicas actuando aliada de los poderes criollos encarnados en los Estados oligárquicos, y en las dictaduras más largas y represivas del continente como las de Trujillo, desde 1929 en República Dominicana; o desde 1933 las de Somoza en Nicaragua y Batista en Cuba.

Desde 1934 la penetración norteamericana, encontró en el discurso "panamericanista" una nueva forma de consolidarse "pacíficamente a través de la integración económica y la coordinación de las fuerzas políticas y militares" (1) del continente.

Las cuantiosas inversiones y las variadas acciones políticas y diplomáticas, junto a las invasiones a los países centroamericanos, especialmente, y a los vergonzosos apoyos a las dictaduras latinoamericanas, sólo son estilos del mismo poder imperial en su deseo de neocolonizar el "patio trasero de su casa", como ellas mismas suelen decir.

El aliado natural del imperialismo, la oligarquía burguesa se ha consolidado hacia 1920, como producto de un relativo auge de sus exportaciones que arranca desde fines del siglo pasado.

Esta oligarquía burguesa vinculada al imperialismo se expresa en las dictaduras de Ibañez en Chile, Leguía en Perú, Machado en Cuba, Ubico en Guatemala o Somoza en Nicaragua. Son el símbolo vivo de un nuevo poder hegemónico distinto del aristocrático-terrateniente, aunque a veces surgido de sus entrañas.

Sin embargo más adelante, quizás a fines de los años veinte y durante los treinta, la oligarquía burguesa, su sociedad, su cultura excluyente y su Estado desnacionalizador viven un elitista momento crepuscular.

El edificio, destartado y viejo, del poder oligárquico se conmueve por la crisis, se desarticulan temporalmente las viejas fuerzas que controlaban el poder total, aunque

(1) Pablo González Casanova: "Imperialismo y Liberación". México, Edic. Siglo XXI, 2da. ed. corregida, 1979, p. 20.

muy pronto retomaron las riendas perdidas. El descenso de los precios de los productos agrícolas en el mercado mundial, la recesión del 29, junto a las prácticas excluyentes de una sociedad basada en el prestigio del poderoso caballero don dinero y de una cultura europeizada, academicista o retórica, crean las condiciones para la crisis oligárquica que además debe enfrentar numerosos y nutridos movimientos de masas cuya característica definitoria es su antimperialismo y su lucha contra la feudalidad.

Estos movimientos de masas minan la rígida dominación oligárquica: exigiendo la democratización de la cultura (por ejemplo una de las reivindicaciones de la época es la búsqueda de una raíz popular para la cultura frente al desprecio frecuente de lo indígena) otros: la reforma agraria, el control de la economía por el Estado, o mejorar las condiciones de salud, vivienda y salarios.

La penetración imperialista y la dominación oligárquica burguesa generan una fortalecida conciencia antimperialista y antioligárquica en América Latina que se expresa en el pensamiento social, en las concepciones culturales y en la práctica artística que reestructuran sus contenidos y sus formas, evolucionando desde un nacionalismo racial como el de José Enrique Rodó y su teoría sobre el enfrentamiento yanqui-latino, simbolizado en Ariel y Calibán, a un nacionalismo diferente que supone la búsqueda de una nueva identidad nacional que encuentra en la raíz indígena uno de sus principales sustentos. Y en su segundo momento, por influencia del pensamiento marxista, la cuestión nacional es entendida como la compleja resultante de la relación entre etnias y clases.

Ciertamente, las distintas respuestas nacionalistas que se dan al fenómeno imperialista demuestran que éste no fue un fenómeno homogéneo ni unívoco, cuando menos dos tipos de nacionalismo registra Pablo González Casanova: el pequeño burgués de Haya de la Torres en el Perú, y el proletario del movimiento revolucionario. Nosotros podríamos agregar un tercero de cuño reaccionario, conservador, opuesto al avance y desarrollo capitalista e instalado en el

pasado. Pero es evidente la existencia de un nacionalismo diferente, que proviene de la presencia del imperialismo en nuestro continente.

Por otro lado, la perspectiva antioligárquica está presente como elemento activo del discurso y la práctica política, como por ejemplo en el PRI mexicano, en el APRA peruano, en el levantamiento tenentista brasileño, como también en el arte: por ejemplo en el movimiento pictórico mexicano, convertido en iconógrafos de la revolución democrática de 1910, o en la Semana de Arte Moderno de 1922, en el Brasil.

Este período del desarrollo de América Latina es el momento de emergencia y consolidación política de nuevos grupos y clases sociales que hacen su ingreso en calidad de sujetos protagonistas de una nueva historia. El proletariado urbano y rural, el indio, el negro, el cholo, las propias clases medias pauperizadas por la crisis, formulan un proyecto histórico revolucionario que supone su iniciativa en la lucha por la toma del poder y, más aún, junto a la organización gremial o sindical, surge el partido político permanente y cohesionado para expresar intereses clasistas. En efecto en este período, se fundan la mayoría de Partidos Socialistas y Comunistas del continente y se desarrolla y difunde el pensamiento marxista latinoamericano con José Carlos Mariátegui, Mella, Recabarren, Prestes o Gallegos Lara.

Los correspondientes movimientos de masas que estos grupos y clases sociales dinamizan se caracterizan ya no sólo por una lucha económica reivindicativa sino por contenidos antimperialistas, antioligárquicos, como decíamos antes, pero también por una línea insurreccional como en la Nicaragua de Sandino, en El Salvador, contra Maximiliano Hernández y la cruenta matanza de treinta mil campesinos, o la tentativa del movimiento tenentista y la columna Prestes, en el Brasil.

Estas características definitorias de los movimientos de masas en los años veinte y treinta en América Latina, los ubica como movimientos sociales de evidente raíz nacional y popular.

La presencia nueva de clases y grupos sociales en este período tiene sus raíces en la creciente explotación minera, el desarrollo de la industria, en el fortalecimiento del sector de servicios (agua, energía eléctrica, transporte) pero también en las migraciones internas que se dan en los países latinoamericanos como resultado de una orientación de la producción entonces dirigida a las plantaciones (cacao, café, etc.), a los centros mineros y petroleros, o a los centros urbanos que desatan sus procesos, aunque incipientes, de industrialización.

De este último fenómeno nace un crecimiento inédito de las ciudades que como México, Buenos Aires, Río de Janeiro o Santiago, juntas sumaban cerca de 126 millones de habitantes hacia 1940 (2).

Ese sostenido desarrollo de las fuerzas productivas creó profundos cambios en la economía de los países latinoamericanos, pero también una correlativa transformación, en la mentalidad de la población. De manera singular la clase obrera no sólo aumentó en número, sino que se organizó sindicalmente y desarrolló su conciencia política en la formación de los partidos revolucionarios. También las clases medias viven un proceso de radicalización, producido por su creciente empobrecimiento, pero además por su ideología nacionalista y antimperialista. Los sectores subproletarios ingresan en la escena histórica con una conciencia menor, pero combativa a fin de cuentas, engrosando las filas de la lucha antioligárquica.

Esta presencia diferente, nueva, de las clases y grupos sociales fundamentalmente de los sectores dominados ofrece al artista y al escritor una rica e inagotable cantera de temas que se encarnan en personajes del pueblo nación que, por su parte, traen consigo sus propias hablas y motivan la búsqueda de lenguajes literarios que expresen sus raíces y su riqueza culturales.

Desde las actitudes evasivas, exotistas o individuales de buena parte de nuestros modernistas que se solazaron en

(2) Marcelo Carmagnani: "Sociedad y Estado en América Latina: 1850-1930", México, Ed. Grijalbo.

su melancolía romántica, el esplín, o la desoladora estancia personal en el mundo, se operó un significativo desplazamiento en la literatura latinoamericana, a partir de 1920. Este desplazamiento se encarna en una cultura y un arte de cara a la nueva realidad, enraizado en la nación, y colectivo en el tono expresivo de su discurso. Sin duda no es una actitud general, porque de por medio están las ideologías de los artistas que no siempre vieron y escucharon atentos las transformaciones de la "modernidad" contradictoria que emergía en el continente. Mas, el nacionalismo, la experimentación artística, la raíz popular, son signos inequívocos de una actitud hegemónica en la estética y política, que bien puede definir el proceso cultural y artístico de América Latina, entre 1920 y 1940.

a) En efecto esa rica cantera inagotable que surge de la "modernidad" contradictoria, a la que veníamos refiriéndonos, ofrece nuevos temas literaturizables. Sin embargo, el tema social es quizás, con una gama múltiple, el que mejor se desarrolla en el período, ya desde la novela de Mariano Azuela *"Los de abajo"* (1916) se perfila la antinomia característica no sólo del arte narrativo, sino de la propia realidad social de la época, explotados y explotadores.

Dentro de esta antinomia, buena parte de la narrativa latinoamericana desarrolló el tema de los levantamientos y las luchas indígenas contra la feudalidad y la oligarquía, sin dejar de señalar la grandeza de las raíces precolombinas de esos pueblos combatientes como la narrativa de Abraham Valdelomar en *"Las hijas del sol"* (1921) o Enrique López Albuja en *"Cuentos Andinos"* (1920) quienes no sólo retratan al indio como hombre en lucha, activo, sino que además señalan la causa de su pobreza e ignorancia: la opresión feudal.

Ciro Alegría, por su parte, tanto en *"Los perros hambrientos"* (1939) como en *"El mundo es ancho y ajeno"* (1941) retrata con singular hondura el conflicto indio contra los hacendados en el Perú, en una lucha desigual por la posesión de la tierra y contra las miserias del hambre.

Con José Eustacio Rivera y su *"Vorágine"* (1924) y Rómulo Gallegos en *"Doña Bárbara"* (1929) aparece el tema de la vida de vaqueros y llaneros y caucheros sometidos al rigor de la naturaleza y a la brutalidad del patrón.

A la par se desarrolla la temática urbana, la ciudad con su estrépito, sus voces anónimas que se confunden en la masa, el humo de las industrias que se instalan, la máquina y la deshumanización. Representantes de esta línea son Rubén Martínez Villena y Regino Pedroso con su *"Salutación al taller mecánico"* (1927), donde por primera vez, en el proceso cultural cubano, encontramos un canto al proletariado de las urbes.

En Brasil, la novela regionalista del nordeste se convierte en un auténtico documento sociológico al abordar la temática de los cultivadores de la caña de azúcar, del cacao, de los procesos económicos de formación de la rancia oligarquía brasileña, así como de los movimientos sociales que se le oponen: Graciliano Ramos, Rachel de Queirós y Jorge Amado son algunos de los principales exponentes de esa línea.

Dentro del proceso general de la cultura y el desarrollo político de América Latina y, sobre todo, como un resultado de la difusión y desarrollo del pensamiento marxista, la comprensión de la realidad y su transformación estética en la obra de arte, aparece hacia 1930 una prolífica producción narrativa que describe la realidad desde la lucha de clases fundamentales. Obreros y campesinos contra los dueños de los medios de producción: *"Nuestro pan"* (1942) de Gil Gilbert; *"Cacao"*, que analiza el problema de los trabajadores de las plantaciones cacaoteras y *"Sur"* (1942) que describe la vida miserable de los barrios de Bahía, ambas del brasileño Jorge Amado; o *"Tungsteno"* de César Vallejo sobre los sufrimientos del indio peruano en las minas, todas precisando claramente el carácter clasista del enfrentamiento de los personajes, símbolos de la realidad social.

En el terreno de la lírica es más notable y profunda la ruptura ideológica y estética con el modernismo finisecular. Ya no más cisnes y princesas, ya no más marquesitas y por-

celanas; si el mundo ha cambiado, la poesía tendrá que hacerlo también. Ahora ya no se expresa sólo el tema personal sino la experiencia colectiva y, lo que es más, se busca deliberadamente una poesía que se transmita oralmente a un potencial público que no sabe leer: por ejemplo el "Canto General" de Pablo Neruda, iniciado en 1938, es una expresión de esta nueva estética de raíz épica y popular. El conflicto intimista, la angustia invidual, ceden sitio a la voz colectiva, a la lírica "impura", que ha abandonado su torre de marfil, para entrar en contacto con el hombre del pueblo, con la tierra y ser -como decía Neruda "gastada como por un ácido por los deberes de la mano, penetrada por el sudor y el humo, oliente a orina y a azucena".

b) Si acordamos con Nelson Werneck Sodré que "los ataques a las maneras de decir se identifican a las maneras de ver (ser y conocer) de una época; si es en el lenguaje (o por él) que los hombres exteriorizan su visión del mundo (justificando, explicitando, desvelando, simbolizando o encubriendo sus relaciones reales con la sociedad y la naturaleza), arremeter o embestir contra el habla de una época, será arremeter contra el ser de ese tiempo (3).

En efecto, el lenguaje de la cultura oligárquica, fue artificial, elitista, idealizante, se desligó de la realidad y más aún ignoró o silenció la realidad del pueblo. Expresó, cuando más la realidad esclerotizada de la aristocracia o la oligarquía: recordemos a modo de ejemplo el discurso de la narrativa transplantada (Gonzalo Zaldumbide en el Ecuador) o de parte de la lírica decapitada en nuestro país.

El conjunto de transformaciones económicas, políticas y sociales que se han producido en América Latina: migraciones internas, desarrollo industrial, los poderosos procesos de urbanización hacen estallar las ataduras del viejo lenguaje engolado, retórico, artificial y crean las con-

(3) Nelson Werneck Sodré; "Historia do Literatura Brasileira", p. 529-530, Sao Paulo: DIFEL. 1982, 7ma. ed. actualizada.

diciones para la promoción de otros lenguajes que las corrientes artísticas del período crearán.

La barrera impenetrable entre lo culto y lo popular es demolida, y las hablas populares con su fuerza liberadora nutren el lenguaje artístico que bautiza un mundo a menudo mantenido en silencio o convertido en innumerable estética: se produce un descubrimiento de realidades nuevas, nacionales y populares, mediante la experimentación, la creación de un nuevo léxico, la incorporación de imágenes sorprendentes que permiten una innegable ruptura.

Pero "son los hechos, la historia, los que crean nuevas formas y no lo contrario", afirma Ferreira Gullar (4).

Y de hecho no se trata sólo de una alteración en el tono, las imágenes o la sintaxis. Es una revolución literaria que transforma las relaciones entre pueblo y arte. La tradicional distancia que la cultura pasadista había creado se torna en este período cercanía, y a veces comunidad de intereses.

En consecuencia, no hay sólo un nuevo código estético que rompe con lo viejo, sino que además la cultura que surge en América Latina, la de raíz nacional, es en la práctica una crítica global a la sociedad oligárquica burguesa, a las estructuras de poder, a las formas de relaciones de producción.

Lo moderno no fue sólo lo nuevo o lo mejor, lo distinto del pasado, sino sobre todo un esfuerzo colectivo de una generación por encontrar la autenticidad, la raíz nacional y popular de las culturas latinoamericanas.

Sin duda para nadie es desconocido que esta búsqueda tiene diversos puntos de partida y, por supuesto, distintos sentidos. Diversidad que está signada no sólo por la pertenencia de los artistas a una u otra corriente artística o movimiento cultural, sino también por el proyecto ideológico al que ellos se adscriben. Sin embargo, si debemos señalar algunos nombres, entre ellos no pueden faltar los del chileno Vicente Huidobro, en "Altazor", con el experimentalismo creacionista; César Vallejo desde "Los heraldos negros"

(4) Ferreira Gullar: "Vanguardia y subdesarrollo", traducción de Alfonso Carrasco Vintimilla, inédita.

(1918) hasta *"España aparta de mí este cáliz"*, también el modernismo brasileño en su etapa "heroica" y, naturalmente, dentro de la plástica el movimiento pictórico mexicano que se preocupó, no sólo en desarrollar una iconografía de la Revolución Mexicana sino que asimiló un conjunto de técnicas precolombinas sobre el espacio y la perspectiva.

Junto a estas búsquedas, no faltó la incorporación y el uso libérrimo de palabras africanas, indígenas que dieron al discurso artístico una perspectiva popular. Nicolás Guillén construyó su lenguaje poético con una enorme variedad de ritmos afrocubanos, y ritmos fonéticos populares, consolidando el momento nacional de la cultura cubana que había sido iniciado por José Martí.

Líricos y narradores, en empresa común, buscarán los matices ricos del lenguaje coloquial y más aún intentarán dirigirse al gran público, poniendo un énfasis en la utilidad social de este arte nuevo que estaban creando.

C) A la par de estas transformaciones de la revolución literaria del período 20-40, merecen un lugar central dentro de este análisis el carácter de los personajes que ingresan al discurso artístico.

Este ingreso de personajes populares es el resultado de un esfuerzo por interpretar las transformaciones sociales que se han producido, por generar un conocimiento del desarrollo histórico, pero además la evidencia de una ligazón profunda y estrecha del artista con su pueblo.

La lírica de Guillén, rica en muchos aspectos, comprueba esta aseveración: el negro es el centro de su discurso, mas no el negro pasivo, conforme, esclavizado, sino aquel que combate y lucha por las reivindicaciones étnicas y clasistas. Boxeadores, soldados, conscriptos, cantantes de bar, dirigentes obreros, hablan por su voz, como un pueblo antes silenciado que en su obra encuentra sendero a sus deseos y aspiraciones.

Una concepción estética popular se manifiesta en el escogitamiento de los personajes. Una reflexión que identifica a la nación con el pueblo. Las masas, héroes anónimos

de levantamientos, huelgas, resistencias y batallas son el personaje protagónico de la narrativa.

En *"Los de abajo"*, de Mariano Azuela, se conquista ese lugar protagónico para las masas como personaje colectivo. Del mismo modo como Diego Rivera lo hizo en la pintura muralista.

Los dirigentes revolucionarios (Pancho Villa, por ejemplo, en *"El águila y la serpiente"*, 1928, de Martín Luis Guzmán), campesinos, indios, vaqueros, caucheros, o la clase media solidaria con las luchas populares, ingresan al texto artístico, porque han ingresado a la historia de América Latina.

Pescadores, cacahueros, cañicultores, panaderos, conductores de tranvías, esclavos de plantación, encuentran en el arte latinoamericano la oportunidad de expresar su historia, sus limitaciones y, sin duda, sus utopías.

De todos estos personajes, es el indio, el que quizás más atención mereció por su larga resistencia y explotación. En tonos diferentes, Miguel Ángel Asturias, Ciro Alegría, Jorge Icaza, López Albuja, Diego Rivera, José Carlos Mariátegui, desarrollan esta temática. A veces desde una exterioridad casi petrificada que poco penetra en la psicología y cultura indígenas, y otras desde una cosmovisión enteramente india (como en Asturias), se cuestiona la realidad del grupo social más explotado del continente y se insinúa la necesidad de una revolución social que liquide la feudalidad y libere al indio de las ataduras del latifundio.

III MOVIMIENTOS CULTURALES

Este conjunto de transformaciones estéticas en la literatura latinoamericana se dieron al interior de movimientos culturales de signo diverso y, en algunos casos, condi-

cionados por las especificidades nacionales de los países del continente.

Lo relevante de estos cambios es que se producen en movimientos orgánicos y colectivos, donde el viejo intelectual tradicional, aislado de la realidad, ensimismado, y divorciado de la práctica política, tiende a desaparecer cediendo el paso al trabajador colectivo, ligado inextricablemente al quehacer político de su pueblo.

Es evidente una gran intercomunicación en el desarrollo de las literaturas nacionales durante este período, sobre todo si miramos obras como *"Veinte poemas"*, *"La vorágine"*, *"Don Segundo Sombra"*, *"Doña Bárbara"*. La subversión estética es parte de la subversión política y se constata la inédita convergencia entre proyecto cultural vanguardista y proyecto político revolucionario. Ya lo anotamos antes, la crítica al lenguaje oficial y la propuesta de otro de raíz popular supone también un enjuiciamiento global a la dominación.

Sin duda son heterogéneos los movimientos culturales del período porque expresan las contradicciones de la propia realidad social latinoamericana. Pero desde prácticas y concepciones variadas hay un rasgo común: la imperiosa necesidad de construir una cultura y un arte nacionales y, quizás, la necesidad de una revolución social que liquide el pasado feudal y abra las puertas a la "modernidad".

En la década del 20, el mundo comenzó a tomar partido por una de las dos concepciones antagónicas que se jugaban la posibilidad de conducirlo: comunismo y fascismo. Los intelectuales y artistas no se sentían ajenos al debate y no tardaron en pronunciar su definición. La preocupación política se tornó impostergable y se fundió a la práctica artística.

Diversos acontecimientos marcaron esta unidad: ya desde el proceso revolucionario mexicano, artistas e intelectuales, asumieron su tarea en el proceso de la construcción nacional y enfilaron sus actividades en el camino que llevara a conseguirla. El movimiento pictórico mexicano, sin olvidar sus críticas a la oficialidad revolucionaria, unió su arte a la tarea de construir una nueva sociedad. La Gue-

rra Civil Española (1936) radicalizó a los artistas conduciéndolos a una militancia activa, estuvieron presentes en los propios campos de batalla, en tareas de solidaridad, en la producción de textos directamente inmersos en la lucha contra el fascismo. David Alfaro Siqueiros combatió en el frente de batalla, Neruda condujo a los refugiados a México, Vallejo escribió *"España aparta de mí este cáliz"*. La semana de Arte Moderno no ocultó sus adhesiones al levantamiento de los tenientes en Copacabana que luchaban contra la feudalidad y la oligarquía. En Cuba, la vanguardia artística coincidió con la vanguardia política, oponiéndose juntas a la dictadura machadista.

Pero más allá de estos hechos, lo mejor de la vanguardia latinoamericana del período (Vallejo, Neruda, Martínez Villena, Guillén, Rivera), el movimiento realista, el regionalismo brasileño, inscribieron sus formulaciones estéticas en el movimiento democrático, nacional y antimperialista.

Marxismo y vanguardia caminaron juntos, no sin algunas fricciones en torno del problema 'libertad' y 'compromiso', pero es clara la militancia del arte que con sus ataques a la burguesía debía contribuir al surgimiento de una nueva sociedad.

El integralismo brasileño (1932-1938) coincidió con el programa aprista de Haya de la Torre. *"Mostraba la misma preferencia y sensibilidad respecto al elemento indígena primitivo y -conforme a su concepto brasileño nacional dinámico y totalitario- quería activar y organizar ante todo a los indios del Amazonas, dice R. Grossmann" (5).*

Epoca ésta de diversos y divergentes ismos: desde el simplismo del peruano Alberto Hidalgo (*"Muertos, heridos y contusos"*, 1920), hasta el expresionismo, es más allá de esto, un tiempo de evidentes cambios, profundos, en las funciones que los artistas asignaban a su arte.

La actividad cultural ya no se aísla, se une a las tareas de los partidos y se asocia a la construcción de sindicatos y

(5) Rudolf Grossmann: "Historia y problemas de la literatura latinoamericana". Madrid, Rev. de Occidente, 1972.

gremios Gallegos Lara, Gil Gilbert en el Ecuador, son dos casos de una práctica bastante extendida en el continente.

La comprensión estética fue mucho más lejos. El escritor estaba consciente de que su arte debía desatar un proceso de despertar de la conciencia nacional, señalando sobre todo la problemática indígena y nuestra oposición al imperialismo. La historia, con todos sus errores y grandezas, debía ser descrita, enjuiciada para que esclarezca el presente e ilumine el futuro: se señaló entonces las causas del atraso y se propuso fórmulas para la "regeneración nacional".

La vanguardia definió la función de su arte como una burla o mofa del absoluto burgués. Desde la primera postguerra, el arte vanguardista ridiculizó la sociedad, la lógica, la razón, el ideal de progreso y de hecho todas las concepciones del pensamiento del siglo XIX (6).

No sólo el martín-fierrismo argentino, en el que militó Borges, caricaturizó el pasado y ridiculizó sus instituciones, también lo hizo el modernismo brasileño a través de la parodia y el ataque corrosivo a lo viejo; por su parte, el regionalismo identificó el atraso con la feudalidad y nuestro realismo de los años treinta se sumó creativamente a la generalizada protesta social de los explotados.

"La literatura y el arte adquirieron un tono profético, anunciando una nueva era; el arte se convirtió en un muestrario de los temas del futuro", dice Jean Franco.

Indigenismo y literatura de la negritud, gauchismo y regionalismo, no olvidaron que junto a la función concientizadora de su arte en el problema social, también se propusieron revalorizar la cultura popular y las manifestaciones de las etnias diferentes de la blanco mestiza, como poderoso sustento de la cultura nacional.

(6) Jean Franco: "La cultura moderna en América Latina". México, Ed. Grijalbo, 1985.

IV IDEOLOGÍA Y SOCIEDAD EN LA OBRA DE CESAR VALLEJO

José Carlos Mariátegui decía: *"Una teoría moderna sobre el proceso normal de la literatura de un pueblo distingue en él tres períodos: un período colonial, un período cosmopolita, un período nacional. Durante el primer período un pueblo, literariamente, no es sino una colonia, una dependencia de otro. Durante el segundo período asimila simultáneamente elementos de diversas literaturas extranjeras. En el tercero, alcanzan una expresión bien modulada para su propia personalidad y su propio sentimiento"* (7).

Esta lúcida interpretación del proceso literario de un pueblo nos permite también ubicar la obra de Vallejo en el momento nacional de formación de la cultura peruana; Vallejo desarrolla una cosmovisión indígena, nacional y popular, que deja de ser colonia o dependencia y supera la asimilación de otras literaturas, inaugurando realmente la literatura peruana: la nación se expresa por boca de Vallejo; sus sentimientos, sus frustraciones y avatares de pueblo en formación hallan eco en su corazón.

En el momento que Vallejo desarrolla su producción se perfilan en el horizonte ideológico dos opciones históricas bien definidas: una oligárquica, colonialista de élites, excluyente y otra: socialista, liberadora, popular, nacional. La opción de Vallejo es nítida desde el principio. Se orienta y encamina hacia la producción de una obra donde el pueblo y la nación son ejes articuladores e insoslayables. Sin embargo, es posible pensar que esa adscripción nítida se configura dentro de un proceso personal propio del poeta que revela las características del sujeto individual recreando la ideología general.

(7) J. C. Mariátegui: "El proceso de la literatura", EN: "Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana", Barcelona, Ed. Grijalbo, 1976 (primera edición: 1928).

En este proceso personal del poeta se distinguen dos fases: la primera a la que hemos llamado de "comprensión intuitiva", y la segunda, de "reafirmación revolucionaria".

PRIMERA ETAPA: Comprensión intuitiva.

La ideología inicial de Vallejo nace de una comprensión más intuitiva que científica del conflicto social. Una intuición que se alimenta de la moral cristiana, de la fe popular claramente solidaria con los "poderes", y de su propia experiencia y origen sociales. Signado por la miseria, las privaciones, los golpes que una sociedad asesta al artista que la cuestiona, Vallejo "intuye" que "algo" anda de cabeza; constata pobreza propias y ajenas: mira y siente el hambre en todos los estómagos, mas no alcanza a precisar los orígenes reales del problema.

Este momento "intuitivo" correspondería a "*Los heraldos negros*" (1918) y "*Trilce*" (1922). Es una fase de predominio, no de exclusividad, del tono subjetivo: su familia, sus amores, su prisión en Trujillo, pero que ya advierte y desarrolla una preocupación colectiva por el mundo indígena, los avatares populares, la deshumanización del hombre y las meditaciones sobre la construcción de la nación.

Al interior de este momento inicial se advierte una evolución muy ágil del instrumental lingüístico que del aprendizaje en "los heraldos", con ciertas reminiscencias de simbolismo francés (Baudelaire, Mallarmé, Verlaine, Rimbaud) y del modernismo hispanoamericano, llega al experimentalismo más audaz que conozca la lírica del continente, con "*Trilce*", encargado de derogar el viejo andamiaje retórico y crear un lenguaje poético diferente.

No está por demás recordar que todo artista está rodeado de una vasta, múltiple, compleja y contradictoria realidad social, que no la refleja mecánicamente; al contrario, mediante un proceso de selección de carácter ideológico con-

figura "su" universo poético, donde la realidad social aparece representada desde su particular concepción del mundo.

Vallejo selecciona temas, hechos, aspectos, circunstancias de esta vastedad social. Esta selección inicial se opera en nuestro poeta, desde su identificación con una porción de esa realidad: la popular.

Santiago de Chuco donde nace el poeta, es un pueblo tipo de nuestra sierra andina: repleto de prejuicios y costumbres coloniales; el feudalismo aún respirando; el catolicismo profundamente enraizado en los ritos, en la moral y creando su propia mitología. La muerte es el hecho más colectivo. El hogar es la célula y la madre, la figura principal. El mestizaje se ha producido creando al cholo que es, en los hechos, el sujeto de una nueva cultura.

En cambio Lima, en esos años, 1918-22, vive un auge económico, pero no deja de ser símbolo de un ambiente enrarecido, elitista, conservador y excluyente. Ser evolucionista darwiniano, para los ojos de la conservadora aristocracia limeña, resultaba tan grave o peor que ser comunista hoy.

Una esmirriada cultura de salón se desarrolla, débilmente nutrida por los "cortesanos triunfadores" que se apeaban a la sombra protectora de la oligarquía del algodón, la caña y las minas.

En Santiago de Chuco y en Lima, Vallejo sobrevive o mal muere, oficiando las más humildes tareas: desde ayudante de cajero en una hacienda, hasta maestro mal pagado. Conoció la miseria propia y la de los demás. Los terrores del latifundio, la mina y también los de la cárcel. En este período conoce a Mariátegui, mantiene contactos con el grupo vanguardista "Colónida", y recibe también ataques de la cultura oficial a su obra: "poeta sin poemas" fue llamado más de una vez.

De todo este vasto conjunto de experiencias, Vallejo escoge y procesa una temática de raíz popular. No sólo que su lírica observa y se solidariza con los humildes hombres andinos, sino que propone dignificar su lengua, elevándola al

estatuto artístico que ella misma ya posee, pero que ha permanecido oculta, silenciada, como impronunciable estético:

Los "*Heraldos negros*" no son peruanos sólo por su "andina y dulce Rita de junco y capulí" sino por el desarrollo de figuras y mitos del mundo indígena: la llama, el pichón del cóndor, el puma, símbolos de la nación atacada por el arcabuz latino pero potencial fermento que no puede morir, "levadura de sombra y corazón", como él mismo lo dice. Si hay un tono agonal en algunos textos, cuando describe a trovadores incásicos derrotados, el naufragio de una cultura, una nostalgia imperial, es más bien un grito, porque afirma que el poeta debe entonar "no sé qué protesta ignota". Obsérvese la imprecisión del contenido de este grito, pero adviértase a la par la intuición del conflicto y la necesidad del combate. Su nostalgia, sin embargo no es pasadista, su recuerdo del imperio tiene otro sentido, el del dolor ante la postración del mundo indígena. La madre india es símbolo de su mundo subjetivo pero encarna, por su origen étnico, a la cultura vernácula que es una "muerte inmortal", por su fuerza y sus raíces.

El cristianismo de orientación popular articula casi todo el discurso de "los heraldos", advirtiendo las injusticias y concediendo a Cristo una dimensión solidaria como en "*El pan nuestro*" donde le pide que reparta el pan, saqueando a los ricos sus viñedos. Cristo se opone al rico y actúa de lado de los humildes. La percepción ideológica en esta fase, deja la resolución del problema social librada a la suerte o a la voluntad divina. El mundo está enfrentando entre pobres y ricos, el Hijo del Hombre actúa para repartir los bienes materiales, aunque no falta la visión desilusionada y deicida del propio poeta, cuando llora: "*Dios mío si tú hubieras sido hombres, hoy supieras ser Dios; pero tú que siempre estuviste bien, no sientes nada de tu creación*" ("*Los dados eternos*"); o cuando dice "*Hay ganas de... no tener ganas, Señor, y a tí yo te señalo con el dedo deicida*". Pero también hay una desconfianza en la resolución divina, una imploración de más carnalidad a Dios para que resuelva el conflicto

social que ya se intuye irresoluble por esta vía: generando una reacción de odio y soledad ante la muerte de Dios.

En "*Los heraldos negros*", Vallejo inicia un discurso de tono apocalíptico que percibe una crisis social, caotizada por indefinidas o imprecisas fuerzas que el poeta no alcanza a definir, un caos que lleva en las entrañas su propio final: así lo dice en "*Los dados eternos*".

"Dios mío, y esta noche sorda, obscura, ya no podrás jugar, porque la tierra es un dado raído y ya redondo/ a fuerza de rodar a la aventura, que no puede parar sino en un hueco, en el hueco de inmensa sepultura".

Paralelamente, su intuición le exige un mañana diferente que modifique la actual, como en "*La cena miserable*" cuando se lamenta: "*ya nos hemos sentado/mucho a la mesa, con la amargura de un niño/que a media noche, llora de hambre, desvelado.../y cuándo nos veremos con los demás, al borde/de una mañana eterna, desayunando todos./Hasta cuándo este valle de lágrimas, a dónde yo nunca dije que me trajeran*".

Desde estas amargas aseveraciones, el poeta se siente ya colectivo, miembro de los "demás" y clama por sí y por ellos, exigiendo lo propio, lo que no se nos debe, pero es tan imprescindible para no morir.

Como se puede ver, en este primer momento de: "*Los heraldos negros*" hay intuición del conflicto social producido, según definición propia de Vallejo, por una deformación del cristianismo que hace del rico dueño de todo y del pobre un miserable. El poeta transita de una desesperanza deicida por la impotencia del propio Dios, a un sentido colectivo de la pena, del dolor y la soledad que provoca la pobreza, hasta nutrirse de la raíz indígena que puede proporcionarle valor para esa "no sé qué protesta ignota".

En "*Trilce*" (1922), fraguado en la cárcel, donde sintió el hierro vivo de la injusticia oligárquica, la angustia, pero también la solidaridad de sus amigos; renuncia definitivamente a la fase florida, rubendariana y produce el texto más deslumbrante y hermético de la lírica latinoamericana. El poeta se enfrasca en una doble y compleja tarea:

renovar el lenguaje poético para bautizar nuevas realidades de la cotidianidad, haciendo objetos artísticos de las cosas más simples y pequeñas (corrales, gallinas, uñas, alimentos, utensilios diarios), pero además para reafirmar el yo profundo.

"Trilce" es un texto de la angustia, la soledad y del absurdo del yo egotista que buscándose se acerca a una crisis dramática. La intuición del conflicto social se cierra con esta obra, que evoca a personajes populares como la lavandera de "capulí de obrería", el compañero de prisión, los enfermos miserables y los pobres, para dar paso más tarde a una comprensión de la división clasista de la sociedad, el mundo del trabajo, el dolor colectivo, etc. en "Poemas humanos" (1939) y "España aparta de mí este cáliz" (1940).

Sin duda, era preciso que se diera esta reconstrucción del yo profundo para abrir las futuras puertas del sentimiento colectivo. El sujeto lírico regresa a su ciudad natal para iniciar la búsqueda, retornando a las fuentes familiares, míticas, lingüísticas. Las preguntas por los suyos son ilimitadas: Aguedita, Nativa, Miguel, la misma madre, (Cap. III). Pero no hay nadie, todos se han marchado para siempre, a la prima que se ha quedado ya no es suya: se ha casado. "Amargurado" y "desamado" ha "almorzado sólo ahora, y no he tenido/madre, ni súplica, ni sírvete, ni agua,/ni padre que en el facundo ofertorio/de los choclos, pregunte para su tardanza/de imagen, por los broches mayores del sonido" (XXVIII).

Se desata la crisis del individualismo. Preso, solitario en la celda de la cárcel, que bien puede ser el símbolo de la celda del propio individualismo: critica a la poesía y a la cultura que él no comparte: por ejemplo en el texto LV y en el XXVI. Cuestiona al redoblante policial (XLI), al CANCERBERO que "cuatro veces/al día maneja su candado, abriéndonos/cerrándonos los esternones, en guiños/que entendemos perfectamente" (L).

Mas la crítica, por intuitiva y parcial nuevamente, cae en la incertidumbre y el absurdo, hasta los límites de la demencia y se lamenta "cómo nos van cobrando el alquiler

del mundo... y el valor de aquel pan inacabable" (XXIII). Sufre el poeta su soledad, su pobreza: allende y aquende, y hasta Dios lo oprime.

En el tiempo, que es sin duda uno de los ejes de "Trilce", Vallejo se siente en tránsito, en evolución hacia un futuro de imprecisos rasgos. El presente y el pasado en el texto llegan a su límite ideológico, ya no dan más materia prima, en tanto veta del yo empírico. Pero intuye una continuidad social cuando dice: "Veo labriegos trabajando,/(en) los cerros llenos de triunfo" (LXXII) o "La esperanza plañe entre algodones" (XXXI).

Ciertamente "Perú"... es la "Primavera" (XLII) y este acierto parece convertirse en la boca de un largo y difícil túnel que recorre en "Trilce". El mañana, el futuro es el Perú, como nación y pueblo. El confinamiento carcelario, la amada, el Cuzco moribundo, parecen no rendir más porque están signados de fatalidad.

"Trilce" desconcierta por su abstracción y simbolismo, por su balbuceo y grito dolorido, por sus angustiosas temáticas y sus angustiadas formas expresivas desintegradas sintáctica o lexicalmente. Pero más allá de esta evidencia, se cierra una etapa en Vallejo; se clausura un ciclo en su visión ideológica, al precio del hermetismo y el dolor, claro está. Preciso era que el poeta lo hiciera así. Nada en "Trilce" es unisémico: todo es símbolo de realidades que van más allá de lo empírico y se centran en esta crisis del individualismo. Crisis dialéctica por fortuna que no le proyectan al escepticismo o a la actitud nihilista del mundo y la cultura occidental, tan en boga por aquellos tiempos, sino a asumir el dolor colectivo, encarnado en la tristeza por todos los hombres condenados en la tierra por una sociedad deshumanizada, como lo veremos a continuación.

SEGUNDA ETAPA: Reafirmación revolucionaria

"Poemas humanos" y "España aparta de mí este cáliz"

En 1923, Vallejo parte a Europa a vivir y morir al período de entre guerras, donde pasará *"inviernos ateridos, con domicilio intermitente y alimentación incierta"*, como lo relata su amigo Juan Larrea.

El clima intelectual europeo se define por un debate político sostenido y la correlativa militancia. La crisis del yo, iniciada en *"Trilce"* concluye aquí. En 1925, Vallejo viaja a España, por primera vez, salda sus cuentas ideológicas con Haya de la Torre de quien le separa una distancia insalvable (1928) y se adhiere al marxismo. Viaja por la Unión Soviética (1928 y 1929). Un año antes es expulsado de Francia por sus contactos con dirigentes revolucionarios europeos y latinoamericanos. Va a España nuevamente (1930) y luego ingresa al Partido Comunista (1931). La dictadura de Primo de Rivera ha caído y asiste al estallido revolucionario y a la proclamación de la República española.

En 1933 regresa clandestinamente a París donde desarrolla una intensa actividad política: reuniones con estudiantes, artistas y políticos. Escribe folletos de propaganda y traduce al español literatura marxista.

En esta misma etapa escribe numerosos trabajos periodísticos, reportajes y ensayos donde explicita su ideología marxista: *"Reflexiones al pie del Kremlin"* (1932) o *"El arte y la revolución"* (1931).

Durante 1936 y 37 integra numerosos comités de ayuda a la República Española. En este último año asiste al Congreso internacional de Escritores antifascistas viendo con sus propios ojos los horrores del fascismo: la sangre en las trincheras, las bombas franquistas sobre las casas y los campos, y las guerras de libros. Entonces dice: *"carro, escribo, aplaudo, lloro, atisbo, atrazo... y quiero desgraciarme"* ("España").

En este período de actividad política y de conciencia más lúcida, Vallejo escribe *"Poemas humanos"* (8) y *"España..."* (9). La práctica vital, la lírica del poeta corresponden a la que hemos llamado "fase de reafirmación revolucionaria".

La intuición y percepción subjetiva del conflicto social y de adhesión casi afectiva presentes en los *"Heraldos"* y *"Trilce"* al pueblo/ es ahora comprensión científica de la realidad universal, el dolor colectivo, la división clasista de la sociedad, el mundo del trabajo y la producción y el fascismo. Ciertamente que la angustia tampoco le abandonará en esta fase, mas tiene un signo distinto: no está desesperado o escéptico, sino dolorida de tanta sangre y miseria humanas. Vallejo siente todo el dolor humano y por ello "estará triste hasta la muerte".

Los *"Poemas humanos"* giran en torno de un tema único: la humanidad deshumanizada en la crisis del capitalismo y el período de entreguerras. La visión orgánica del individuo alienado, anónimo es el resultado de la desesperación con que el poeta, retrata una sociedad descompuesta que sigue al rumbo de su propia liquidación.

Si Vallejo o el sujeto lírico sigue estando en el centro del drama es porque asume el papel de acusador en el proceso judicial contra la sociedad que ha dejado de pensar en el hombre, deshumanizándolo y ha cedido su lugar a los objetos.

El poeta ve al hombre, en las sociedades capitalistas del siglo XX, antiheroico, empujado, esclavizado: por eso las constantes identificaciones de aquél con el mundo animal que carece de razón, solidaridad y pensamiento. El hombre deshumanizado es lobo, araña, elefante, conejo, gusano, lenguaje de león, microbio. Así muestra Vallejo al hombre en su miseria más honda, su pérdida de humanidad. Un ser que se ha cosificado y seducido a "labios del jebe" o a sombrero, abrigo, guantes, y si no fuera ya suficiente este alegato, en los mismos *"Poemas humanos"* aparece mutila-

(8) El último año de vida y 50 poemas anteriores.

(9) Quince poemas.

do, suma de parte inconexas que han perdido su unidad: brazos, piernas, orejas, labios, párpados que se mueven o viven por su cuenta.

El hombre desplazado por la ganancia, las cosas y los lobos ha quedado seducido a "hombrecito, hombrecillo, hombrezuelo" ("De disturbio en disturbio"). Si hasta Dios ya no se manifiesta el hombre se ha quedado definitivamente solo. Su oración ya no recibe respuesta ("Un pilar soportando consuelos"), le quedan solamente sus propios recursos, según Vallejo, la rabia, la cólera. Pero el poeta no tarda en darse cuenta que eso no basta. En "Salutación Angélica" le pide al bolchevique su "calor doctrinal" porque comprende su imprescindible orientación para obrar por el hombre que lo definió tan cosificado y deshumanizado.

Al mismo tiempo reafirma su percepción intuitiva inicial: el valor, la fuerza creadora, están efectivamente en los obreros, los mineros ("Los mineros salieron de la mina") y contra su esperanza que, también, es la suya propia, idéntica, su habla sencilla, su unidad profunda con la vida, con la luna menguante y los ríos públicos, y, por fin, enaltece su "herramienta florecida" ("Gleba").

Si las referencias concretas o lugares concretos casi está ausente de los "Poemas humanos", es quizás para dotar al discurso poético de mayor universalismo pero el Perú renace en este texto como un mito fundacional donde claramente se advierte la oposición entre lo popular y la antipatria. La primera simbolizada en lo más puro de la tierra: sus productos, en el viento antiguo, en los cuaternarios maíces. Esa antipatria que no deja florecer a la tierra con las "paquidermas" que lo pisotean y los "roedores" que la invaden. Esta oposición es nítida en el texto "Telúrico y magnético". En el mismo poema, el Perú cobra un simbolismo universal: la sierra andina ya no es sólo ella, es el mundo popular que pugna por nacer y al que el poeta declara su explícita adhesión.

En "Los nuevos monstruos", otro texto de estos "Poemas humanos", en tono apocalíptico se señala fin de un sistema, de una cultura del dolor, el sufrimiento y la desdicha.

Si convenimos en el carácter apelativo de esta obra de Vallejo, podríamos afirmar que la intención central del texto es obligar al hombre a reconocer y asquear esta sociedad que le ha conducido a la máxima degradación, donde sin embargo, el "desgraciado mono, jovencito de Darwin" o "atrocismo microbio", aún podría superar la miseria, la desnudez, el hambre, el frío e incluso, dice Vallejo, la soledad.

El tono profético de esta estética comunista anuncia el cambio, "ya va a venir el día -dice Vallejo en el poema "Los desgraciados"- ya va a venir el día... repito... la mañana... ya viene el día; dobla/el aliento, triplica/tu bondad rencorosa/ y da codas el miedo...".

Inevitablemente llegará el día, como lo afirma el poeta, pero está tan claro que sólo luchando será posible, al punto que exorta al hombre, casi exigiéndole: "Luchad por la injusticia con la nuca... creced" ("Ande desnudo, en pelo, el millonario").

La dimensión solidaria de estos "Poemas" no es nueva en la obra de Vallejo, estuvo presente en la fase anterior, en ésta simplemente se objetiva mucho más con la crítica o la deshumanización y la convocatoria al combate que ya se constituye, para el poeta, en la única arma que al hombre le va quedando, después de la muerte de Dios.

Por último, los "Poemas humanos" desarrollan también una importante poética personal, pero que bien podría explicarse como la estética realista crítica que da cuenta de una sociedad en crisis, sin evadirla, ni eludirla, enjuiciándola. En el poema "Un hombre pasa con un pan en el hombro...", Vallejo define y propone direcciones al arte:

"(Un hombre) tiembla de frío, tose, escupe sangre
¿Cabrá aludir al yo profundo?
otro busca en el fango huesos, cáscaras
¿Cómo escribir, después, del infinito?
Un albañil cae de un techo, muere y ya no almuerza
¿Innovar, luego, el trapo, la metáfora?"

Y conste que quien lo afirma nunca hizo concesiones al lenguaje fácil, ni cayó en el carte. Al contrario, poeta exigente, supo que el arte militante, para perdurar y, sobre todo, para dar en el blanco no puede facturarse sino con cincel y exigencia.

Poemas de una crisis, de la gran depresión del mundo capitalista, de las guerras y la instauración del fascismo, los "*Poemas humanos*" con personajes chaplinescos y lenguaje desnudo sólo podían hablar "de lo que pasa en esta época", integrando un espacio universal: "Selania, China, Rusia, Bélgica, París, Perú" (ver: Al revés de las aves del monte).

"España, aparta de mí este cáliz"

Son quince poemas cuyo tema central es la guerra civil española. La intencionalidad política es profunda, explícita, abierta. Es uno de los más hermosos textos militantes de la lírica universal por su compromiso y por su factura artística que desecha completamente el ripio, la fórmula vacía, el cliché.

En este texto, Vallejo encuentra el héroe colectivo: el combatiente republicano. Recordemos que el hombre de los "*Poemas humanos*" es antihéroe, microbio roedor. En "*España...*" el sufrimiento ya no produce sólo rabia, desconcierto, aquí el poeta saluda el "sufrimiento armado".

La agonía y muerte de Vallejo coincide con la agonía y colapso de la República española. Himnos responsos y redobles son las formas expresivas que el poeta usa para comunicar al mundo la presencia fascista en España.

Pero la República si bien es su realidad específica es también el símbolo de la lucha de los pueblos oprimidos del mundo, de la solidaridad internacionalista que se alista en sus filas. "El humo de todos los luleos, humea en Extremuro", afirma el poeta.

El proletariado es el "liberador ceñido de grilletas", con quien la lucha española se convierte en lucha mundial en

este periodo del enfrentamiento entre fascismo y comunismo.

Los himnos de Vallejo rinden homenaje a estos proletarios, a los campesinos:

"¡Constructores
agrícolas, civiles y guerreros
de la activa, hormigueante eternidad: estaba escrito
que vosotros haríais la luz, entornando
con la muerte vuestros ojos"

En una práctica discursiva inédita en la cultura latinoamericana, Vallejo logra difundir el más solidario lenguaje cristiano a los intereses históricos del pueblo. Usando padre nuestros, salves, incluso estructuras simbólicas bíblicas, imágenes y símbolos cristianos le habla al mundo, en tono profético, de una utopía alcanzada donde "*se amarán todos los hombres*" "*Entrelazándose hablarán los mudos, los tullidos andarán*". En "*Mesa*", uno de los últimos poemas de "*España...*" el amor colectivo resucita al combatiente muerto.

La función épica, apelativa y movilizadora de este libro final de Vallejo es indiscutible. Si mueren niños, libros, sabios, barberos, mendigos y enfermeras el poeta no puede dejar de convocar.

"¡Voluntarios
por la vida, por las buenas, matad
a la muerte, matad a los malos!
¡Hacedlo por la libertad de todos
del explotado y el explotador"

Los nuevos héroes colectivos, Pedro Rojas, Ernesto Zúñiga, Ramón Collar, son sí hombres individualizados, de carne y hueso, pero además universalmente colectivos.

CODA:

La sociedad de la crisis del capitalismo ha propuesto tareas y exhórtas acciones a los artistas, a los hombres en general. Bien sabemos que muchos optaron por aceptar y resolverlos, y otros tantos escogieron senderos que se bifurcan.

Vallejo, fue de los primeros, de los que trató de penetrar, y lo consiguió, en el núcleo de la nación: el pueblo. No sólo que provino de él y se dirigió a él, sino que luchó por él, abrazando su proyecto histórico y recreándolo en el arte, en la literatura.

El poeta peruano aceptó y resolvió una de las grandes definiciones de su tiempo: dejar atrás al poeta egocéntrico de la literatura evasiva. Fue él mismo un hombre colectivo, creador de una de las líricas más militantemente activas de América Latina.

Su primera etapa de "intuición del conflicto social" ya le puso al centro de los problemas de la nación peruana, percibiendo el drama indígena y desarrollando su obra dentro de una concepción andina del mundo.

La segunda etapa de "comprensión científica", militante, asignó a su arte una función crítica, enjuiciadora, de la deshumanización capitalista y, finalmente una función movilizadora y combatiente contra el fascismo.

De lo nacional-peruano avanzó a lo nacional-popular universal. Con una rica y fecunda síntesis del cristianismo y marxismo, de indigenismo y vanguardia habló de los problemas de su tiempo.

Su referente popular se amplió de lo indígena peruano a lo proletario internacional, y creó una lúcida coincidencia entre el proyecto histórico de los pobres de la tierra con el proyecto estético más renovador: la vanguardia.

Su obra, sin duda, es una crítica demoledora de la dominación capitalista y sus taras: el hambre, la desnudez material y espiritual, la alienación; pero su práctica poéti-

ca nos convoca al combate, a la solidaridad, a la búsqueda de valores nuevos que son los llamados de su estética militante.

El lenguaje nuevo que Vallejo creó, nace de las entrañas de su pueblo, de realidades distintas que la sociedad capitalista engendra; con este nuevo lenguaje demolió maneras de ver y sentir el mundo que no corresponden a la nueva historia.

Parafraseando a Carpentier, podríamos decir de Vallejo: se ocupó de este mundo, de este grandísimo mundo. Se entendió con el pueblo combatiente, lo criticó, lo exaltó, lo pintó, lo amó hasta su muerte. Nos habló del pueblo: de sus errores y grandezas. Y como si esto no fuera ya suficiente, desde esa profunda unidad de literatura y política, no se cansó jamás de convocar a aquellos que yacen sentados en los caminos, inertes, esperando no sé qué, o quizás nada. Los convocó, los removió: Vallejo está vivo aunque haya muerto en París con aguacero.

**DIEZ AÑOS DE DEMOCRACIA:
CRISIS Y CONTINUIDAD**

Leonardo Torres León

INTRODUCCION

El 22 de julio de 1970 se inició la primera de las tres dictaduras de la década; el 10 de agosto de 1979, el primero de tres gobiernos sucesivos producto de las elecciones.

Dos décadas por demás diferentes se han sucedido: dictaduras, en el contexto de una economía en crecimiento y transformación; democracia, en el marco de la crisis de la economía.

Pero el crecimiento económico de los años 70 no dio lugar a una sustantiva superación de las condiciones de vida del pueblo. El proceso de centralización y monopolización de la riqueza, propio de una sociedad capitalista, hizo imposible la superación de la división de la sociedad entre poseedores del capital, de una parte; y de la fuerza de trabajo, de otra.

¿Cuánto contribuyó a superar esta situación el período democrático de un decenio?

La pregunta anterior cobra un significado especial si tomamos en cuenta, que los últimos gobiernos han sido ejercidos por disimiles figuras de diferentes partidos, de distintas corrientes de la política nacional: Concentración de

Fuerzas Populares, Democracia Popular, Partido Social Cristiano, Izquierda Democrática, lograron ubicar en el ejercicio del gobierno a un militante de sus filas. Una vez en el mismo, ¿pudieron convertir a la forma democrática en el espacio político más favorable para responder a las demandas económicas, políticas, sociales, de quienes conforman la mayoría en la sociedad ecuatoriana?

El binomio de la *"Fuerza del cambio"* generó, en su momento, grandes expectativas en cuanto al futuro del país, a la superación de los problemas, a la elevación de las condiciones de vida. Los candidatos posteriores, que llegaron al poder, hicieron lo propio. *"Pan, techo y empleo"* era una consigna que no dejaba de recoger anhelos profundamente sentidos; y, actualmente, *"Ahora le toca al pueblo"*, una promesa de justicia social con libertad, un ofrecimiento de socialismo y democracia sin revolución.

¿Se logró lo anterior?. De no ser así, de no haberse realizado las expectativas generadas, ¿qué aspiraciones se vieron cumplidas en los últimos gobiernos?. La forma democrática en su realización, ¿cuánto de democracia ha tenido?.

DEMOCRACIA Y CRISIS

El período democrático que se inicia en 1979, no va a acompañado de un desarrollo de la economía; por el contrario, disminuyen los ritmos de crecimiento y de las inversiones.

El elevado endeudamiento de los últimos años del triunvirato no se detiene; continúan contratándose mayores montos de deuda y surge el problema de la imposibilidad del pago, lo cual conduce a renegociaciones de la misma. En la mayoría de los años se presentan déficits en el Presupuesto General del Estado y problemas en la Balanza de Pagos, Reserva Monetaria Internacional; se incrementa la tasa de inflación.

En el campo social crece el desempleo y el subempleo, la migración interna y externa, las condiciones generales de vida se deterioran.

Las razones de la crisis se adjudicaron a factores distintos:

Para unos, el factor explicativo más importante era el problema de la recesión mundial: la crisis de la economía ecuatoriana se constituía en un reflejo de la misma. Esta fue una de las explicaciones manejadas por el ex vicepresidente y posteriormente presidente Osvaldo Hurtado. Una explicación muy útil para exonerar la responsabilidad de presentar soluciones a quienes ocupaban las primeras dignidades del país y tenían la responsabilidad de dar respuestas al descenso del nivel de vida del pueblo.

Otras explicaciones de la crisis, que hallaban las razones de la misma en factores sobre todo externos, señalaron como determinantes fundamentales a la deuda externa, el crecimiento de sus tasas de interés; el intercambio desigual con los países desarrollados.

Todos los factores señalados fueron utilizados por el discurso oficial como justificaciones para pedir "paciencia" ya que ellos eran ajenos a la voluntad y posibilidades del gobierno.

En realidad, el problema de la deuda, el intercambio desigual, el proteccionismo de los países desarrollados, no eran ni podían ser justificaciones para pedir resignación frente a una situación adversa, sino una realidad que demandaba políticas de respuesta frente a ella. Políticas que en el espacio de una forma democrática de gobierno debían de traducirse en una respuesta que evite que el peso de la crisis recaiga en el sector más débil de la sociedad, y no convierta a esta última en la coyuntura más favorable para acentuar el proceso monopolizador de la economía. Hacer lo primero y no lo segundo se constituía en el desafío para convertir a la forma democrática de gobierno en un avance significativo y, legitimarla.

Otra explicación de la crisis, señalaba como factor determinante a la herencia dejada por la gestión de las dic-

taduras militares. De acuerdo a este criterio, el problema y a la vez la limitante fundamental de los gobiernos democráticos posteriores a las dictaduras en latinoamérica deviene del modelo económico llevado a cabo por los gobiernos de facto caracterizado por: apertura hacia el exterior (favoritismo a la inversión extranjera, vinculaciones preferentes con las transnacionales), promoción de las importaciones en base a las ventajas comparativas, desprotección de los sectores menos eficientes de la industria. Además se señalan como otros problemas para los gobiernos post dictatoriales incrementar el tratamiento de la violación de los derechos humanos y del nuevo rol de las fuerzas armadas en el ordenamiento jurídico democrático. Posteriormente cada gobierno democrático ha señalado a su antecesor como la fuente principal de las limitaciones que maniatan sus posibilidades de gestión. Sin desconocer la cuota de verdad que tienen dichas aseveraciones no podemos olvidar que se presentaba al modelo democrático, precisamente, como la respuesta a las dictaduras y el ambiente más favorable para la solución y superación de los problemas existentes y; por cierto, la fiscalización de la gestión militar, así como la de los gobiernos democráticos que habrían de sucederse.

Las explicaciones anotadas dejan sin señalar las razones que han impedido, a los sucesores de las dictaduras y de los gobiernos democráticos, la posibilidad de realizar cambios. Estas razones se encuentran en el hecho de que los gobiernos que se han conformado en el periodo han respondido a los mismos intereses, pese a todas las diferencias proclamadas entre ellos. Revelándose de esta forma que el problema radica en el hecho de hallarse supeditados a los mismos grupos económicos.

Frente a una realidad en la cual poderosos grupos de la burguesía planteaban sus lineamientos de política económica para enfrentar la crisis; y los sectores populares (con bajos grados de organización y conciencia), sus reivindicaciones -desde el Gobierno del abogado Roldós al del doctor Borja- se atendió los requerimientos de los primeros en des-

medro de los segundos, concentrando aún más la riqueza y socializando la pobreza.

¿Cuáles han sido las medidas de política económica tomadas en la década? ¿Quiénes han sido sus beneficiarios?

MEDIDAS DE POLITICA ECONOMICA EN DIEZ AÑOS DE DEMOCRACIA

Las medidas económicas para afrontar la crisis durante estos diez años han respondido a las exigencias de los grupos económicos más poderosos de la burguesía expresados a través de sus diferentes Cámaras, del Fondo Monetario Internacional y no han sufrido mayores modificaciones de un gobierno a otro.

Lo anterior se puede constatar al ver las medidas económicas implementadas y las demandas tanto de las Cámaras como del Fondo Monetario Internacional: destacándose al interior de los beneficiarios los sectores de la exportación, las finanzas, los empresarios que se acogieron a la sucretización y los acreedores externos.

Entre las principales medidas planteadas por las diferentes Cámaras podemos anotar las siguientes:

Para el sector exportador: estudios de mercado, devaluación del sucre (tomando en cuenta la tasa de inflación y buscando que el cambio oficial alcance al del mercado libre de la calle) o, mejor aún, la desincautación de las divisas; aprobación de mecanismos para la capitalización de deuda externa; líneas de crédito del gobierno; disminución de gestiones burocráticas.

Para la banca y financieras: incremento de las tasas de interés o mejor aún, la flotación de las mismas; mecanismos para la capitalización de deuda externa; reducción de los aranceles; permisos de importación para artículos prohibidos

Para el sector agrícola: tasas preferenciales de interés. política de precios reales

Para el sector manufacturero: política de precios reales, leyes de fomento, mayores aranceles para los productos importados que puedan afectar al sector; restricción a las importaciones, líneas de crédito de parte del Gobierno; mayor liquidez (desacuerdo con el incremento del encaje bancario y los depósitos previos a las importaciones).

El F.M.I., por su parte, además de coincidir en medidas como la devaluación, incremento de las tasas de interés, política de precios reales, exige el alza de tarifas de los servicios públicos, eliminación de subsidios, política de incrementos salariales controlada, reducción de aranceles, estímulos para la inversión extranjera.

La mayor parte de las medidas señaladas han sido implementadas por los diferentes gobiernos de la década, con pocas variaciones.

Así tenemos que los gobiernos de Roldós, Hurtado, Febres Cordero y Borja han llevado y lleva una política de precios reales, de apertura al capital extranjero. En todos los gobiernos señalados se incrementaron los precios de las gasolinas, las tarifas del transporte, las tasas de interés.

Cuando no se ha devaluado la moneda (como en el caso del gobierno del abogado Roldós) no se ha dejado de aplicar otras medidas que benefician a los exportadores, por ejemplo mediante la disminución de los impuestos a la exportación del cacao. Igual ha sucedido con otros sectores de la burguesía: si no se han tomado medidas dedicadas a beneficiarlos, se han dictado otras para compensarlos.

Sin embargo, la implementación de las medidas planeadas por las Cámaras y el F.M.I. hallaron su realización, fundamentalmente, a partir del Gobierno del presidente Hurtado, logrando su punto más alto en el régimen de la "Reconstrucción Nacional" y continúan sin mayores modificaciones en el actual.

Desde el gobierno del doctor Hurtado hasta el presente se ha macrodevaluado y se ha minidevaluado la moneda en varias oportunidades: las tasas de interés se incrementaron; el precio de los servicios, de los combustibles de consumo doméstico y otros fueron revisados: se alzaron las tarifas

del transporte público; se profundizó la política de precios reales; se inició y continuó el proceso de sucretización de la deuda externa privada; se renegó la deuda externa pública continuando su pago y se contrataron nuevos montos.

Durante el gobierno del Dr. Hurtado se tomaron, además, otras medidas entre las que se destacan: la disminución de los depósitos previos para las importaciones, el traslado del 10% de las divisas provenientes de las exportaciones del cacao, café y banano al mercado libre del Banco Central (donde el tipo de cambio era superior); incremento de bonos tributarios para fomentar las exportaciones; reducción de impuestos a determinadas importaciones.

Durante el gobierno del Ing. Febres Cordero se continuó devaluando la moneda y se llegó a desincautar las divisas, las mismas que podían ser cambiadas en el mercado libre de la calle. El incremento de las tasas de interés legal, que habían tenido alzas constantes, no fue considerado suficiente y se autorizó la flotación de las mismas, (medida calificada de ilegal, entre otras organizaciones políticas, por la Izquierda Democrática y la Democracia Popular). Además de las medidas anotadas, se reabrieron las importaciones de productos prohibidos, se disminuyeron los márgenes de protección arancelaria, se fomentó proyectos como el automotor, no se llevó adelante un proceso de austeridad fiscal.

Actualmente, el gobierno del Dr. Borja ha introducido ligeros cambios. El más significativo es la incautación de las divisas; sin embargo, hay que señalar que, correlativamente, se devaluó la moneda y se retomó el mecanismo de las minidevaluaciones. La flotación de las tasas de interés y el proceso de sucretización de la deuda con mínimas modificaciones que no cambian su contenido, continúan. También se han tomado medidas para favorecer las importaciones del sector privado mediante las rondas de ventas de divisas, en las cuales el Banco Central oferta dólares a precios inferiores a los del mercado, beneficiando a dicho sector con un dólar subsidiado.

La política económica asumida en los 10 últimos años, en general, y sobre todo a partir del gobierno del Dr. Hurta-

do revela que las aspiraciones de las Cámaras, de sus sectores más poderosos, del F.M.I., se han cumplido, prácticamente, en su totalidad. Las discrepancias han surgido en torno a la profundidad y el momento de llevarlas a cabo.

Cabe destacar que las Cámaras -al exigir de parte del Estado un sinnúmero de medidas que garanticen la reproducción de su capital- han demandado, en definitiva, no una inacción del Estado en la economía sino una intervención que les posibilite incrementar las ganancias que su falta de eficacia no les permite. La ausencia de la intervención del Estado, en el fondo, no es una exigencia para que abandone su ingerencia en la economía sino la presión para que no intervenga cuando su acción no redunde en beneficios económicos o, cuando sin atentar contra la obtención de los mismos, de alguna forma, por mínima que sea, les es desfavorable.

A la vez que se exige del Estado privilegios para el desarrollo del proceso de acumulación, se critica todo tipo de beneficios, subsidios, gastos fiscales que estén orientados para atender requerimientos muchas veces urgentes y largamente postergados de los trabajadores y más sectores empobrecidos.

Bajo el argumento de las Cámaras según los cuales son ellas quienes generan divisas, contribuyen con el capital, proveen los servicios y alimentos que el país requiere y proporcionan empleo; han justificado sus pretensiones para ser atendidas en sus demandas. Son éstas las que en los 10 años de democracia han sido atendidas por los diferentes gobiernos. Pero no son las únicas: diferentes cartas de intención desde el gobierno del doctor Hurtado al del doctor Borja, han coincidido en tomar y profundizar medidas antipopulares, políticas de ajuste que exigen mayores sacrificios para quienes viven con mínimas remuneraciones y muchas veces ni siquiera cuentan con ingresos estables por no tener un puesto de trabajo fijo; políticas que tienen como objetivo financiar la gestión económica del Estado y pagar la deuda externa.

La evolución del Presupuesto General del Estado nos permite ver cuanta importancia se ha concedido a las demandas de los acreedores externos.

EL PRESUPUESTO GENERAL DEL ESTADO

Durante el decenio en estudio, el Presupuesto General del Estado creció nominalmente de año en año. Al interior del mismo, las grandes áreas de: desarrollo social, desarrollo económico y deuda externa tuvieron significativas variaciones.

El área de desarrollo social que comprende los sectores: Educación y Cultura, Salud y Desarrollo Comunal, Bienestar Social y Trabajo; durante los 10 últimos años participó, en promedio, con un 32.8%, con una tendencia constante hacia la baja: en 1980 su participación llegó al 39.5%; en el Presupuesto de 1989, descendió al 28.2%.

El área del desarrollo económico que comprende los sectores: Desarrollo Agropecuario, Energía y Minas, Industria y Comercio, Transporte y Comunicaciones, tuvo una participación promedio del 15.1%, manteniendo con altibajos una tendencia hacia la baja. Del 18.5%, con el que participaba en 1980, pasó al 10% en 1989.

El área de la deuda pública, que comprende el pago de los intereses y amortizaciones de la deuda pública interna y externa, duplica su participación entre 1980 y 1989. En 1980 participaba con un 17.2%, en 1989 se tiene presupuestado invertir (del total del Presupuesto) el 34.3%. El promedio de la década fue del 26.6%. Al interior de esta área se incrementa el pago de la deuda externa y sobre todo, el pago de los intereses de la misma. (1)

(1) ILDIS, Estadísticas del Ecuador. 1988, p. 5.15

ILDIS, Estadísticas del Ecuador. 1989, p. 5.

CARVAJAL, Fernando; TORRES, Leonardo "La concertación: cortina para una gestión continuista". EN: **Informe de Coyuntura**. 1989, p. 31 (Fuentes) Elaboración: el autor

Con la principalización del pago de la deuda externa en los hechos; el pago de la deuda social, se ha relegado, revelando que las demandas de los bancos acreedores son más importantes que el desarrollo social y económico en desmedro de los cuales crecen las asignaciones para el pago de la deuda. De esta manera la política interna queda supeditada a las demandas externas y la crisis no impide, en este caso, satisfacer a los acreedores internacionales a quienes no se les ha pedido paciencia.

LA SITUACION SOCIAL LUEGO DE 10 AÑOS DE DEMOCRACIA

Si los gobiernos de la década supieron llevar una política de continuidad, que favorece a los sectores de la gran burguesía; igualmente mantuvieron y mantienen una política de continuo traspaso de la crisis a los sectores mayoritarios de la sociedad. Diferentes elementos corroboran esta afirmación.

Las medidas económicas tomadas han logrado extraer mayores recursos para el Estado y poderosos sectores económicos, del conjunto del pueblo.

La devaluación de la moneda sumado al proceso inflacionario y al incremento mínimo de los salarios han llevado a una creciente pérdida de la capacidad adquisitiva del sucre, siendo esto particularmente grave para quienes viven de ingresos fijos, ni se diga para quienes se encuentran en el subempleo pero, beneficiando como lo hace al sector exportador, los efectos negativos de la devaluación no han sido obstáculo para que esta medida se tome.

La política de precios reales con la consiguiente eliminación de subsidios y liberación de precios; el incremento de las tarifas de transporte, además de encarecer la vida, han trasladado ingentes sumas de dinero a poderosos sectores de la economía, razón por la cual se llevó y se sigue llevando dicha política.

El incremento de los precios de los combustibles (kérex, gas, gasolina, etc.) el alza de precios de los servicios (agua, luz, teléfono) se han constituido en un mecanismo de extracción de recursos para financiar la política económica del Estado, orientada a satisfacer los requerimientos de la banca internacional y los sectores monopolistas de nuestra economía.

Las medidas aquí señaladas son parte de las exigencias del FMI previas a los procesos de renegociación de la deuda externa y las cartas de intención firmadas tanto en el pasado, como la última suscrita en el año que decurre del presente régimen, son la prueba del allanamiento frente a dichas exigencias. La sujeción señalada se ha dado pese a que entre 1982-1984 el partido de gobierno, como en el caso actual, son organizaciones políticas con planteamientos reformistas: los partidarios del "socialismo comunitario" (DP) y del "socialismo democrático" (ID) se han mostrado incapaces de realizar una política económica sustancialmente diferente a la del Frente de Reconstrucción Nacional, liderado por el Partido Social Cristiano.

Como consecuencia de la política implementada tenemos un país en el cual la situación económica y social denuncia la existencia de una realidad de injusticia y explotación crecientes.

En 1980, del Ingreso Nacional Disponible los asalariados percibían el 33.49%, los empresarios el 53.25%; en 1987 la remuneración de los empleados -que descendió durante todos esos años- llegó al 22.97% del total del Ingreso Nacional Disponible, los empresarios percibieron el 58.52%, superando su participación el 60% entre los años 1983 y 1986. (2). Para los empresarios la crisis no impidió mantener e incrementar el excedente neto de explotación.

(2) BANCO CENTRAL DEL ECUADOR DIVISION TECNICA, Cuentas Nacionales del Ecuador (1978-1987) No. 11, 1988, p. 23. (Fuente) Elaboración el autor

La mitad de los ecuatorianos no tienen una vivienda en condiciones adecuadas (viviendo en condiciones precarias) o simplemente carecen de ella. (3)

De acuerdo a datos proporcionados por el actual Ministro de Bienestar Social, el 12% de los ecuatorianos está en el desempleo, y el 55% subempleado; 69 de cada mil niños mueren antes del primer año de vida; el 49% de los menores de cinco años padecen de desnutrición crónica (baja talla con respecto a la edad); el Seguro Social ampara tan sólo al 14% de la población. (4)

El analfabetismo no ha sido erradicado.

Los sectores que padecen los problemas señalados no han tenido las respuestas favorables obtenidas por las Cámaras y el FMI de los gobiernos de estos 10 últimos años; solamente pedidos de paciencia y comprensión.

La forma democrática de gobierno, en su realización, nos muestra su determinación por el tipo de estado en el que se desenvuelve: el estado capitalista. Forma de gobierno auspiciada a finales de la década pasada por las sucesivas administraciones norteamericanas como respuesta al descrédito de las dictaduras militares que entonces gobernaban en la mayoría de países latinoamericanos.

La determinación señalada explica que la crisis económica haya sido resuelta a favor del capital; y que el pago de la misma, se haya trasladado al conjunto del pueblo. De esta forma, el período democrático se ha convertido en el espacio para que la burguesía sortee la crisis, se pague la deuda externa y se controle ideológica y políticamente a la mayoría del pueblo, pese al agravamiento de las condiciones de vida de este último.

Los diferentes procesos electorales se han convertido en el espacio ideológico para crear de una parte la ilusión de que cambiando partidos y/o personajes políticos se pueden dar cambios sustanciales y solucionar los problemas del

(3) MONCAGATA, Juan Pablo. "El déficit de vivienda, un desafío histórico". EN: Cuadernos de Nueva, No. 11, 1989, p. 93.

(4) BACA CARBO, Raúl. "Hay que superar el paternalismo". EN: Cuadernos de Nueva, No. 11, 1989, p. 30.

pueblo; y de otro, que la participación democrática queda cumplida con la intervención en las elecciones mediante el sufragio.

Las necesidades del conjunto del pueblo continúan sin ser atendidas y se sigue extrayendo de él mayores recursos.

El enfrentamiento de la crisis gravando a la burguesía monopolista estuvo y está fuera de toda consideración por parte de los partidos "nuevos de la derecha", con lo cual no se hace sino constatar, una vez más, su supeditación a los más poderosos intereses económicos de la sociedad.

El manejo de la economía en función de la sociedad y no de un grupo económico, una participación permanente y a diferentes niveles en la política, ya no de un reducido sector social, un avance en las condiciones de vida del pueblo, la eliminación de leyes represivas para frenar la lucha de los sectores organizados, la disolución de organismos especializados de represión (que surgieron en el Gobierno del doctor Hurtado y que no han sido disueltos en el actual), queda aún por lograrse, continúa siendo una aspiración que demanda de organizaciones políticas diferentes a las que nos han gobernado y de la participación consciente de grandes sectores políticamente preparados y organizados del pueblo.

Cuenca, agosto de 1989.

BIBLIOGRAFIA

- AGUILAR AGUILAR, Magdalena.
"Petróleo y desarrollo social". EN: **Ecuador Petróleo y Crisis Económica**. Quito: ILDIS, 1986.
- Banco Central del Ecuador. Departamento Técnico.
Cuentas Nacionales del Ecuador (1978 1987), No. 11. Quito: Banco Central del Ecuador, 1988.
- CARVAJAL AGUIRRE, Fernando; TORRES LEON, Leonardo.
"La Concertación: cortina para una gestión continuista". EN: **Informe de Coyuntura**. Cuenca: Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Cuenca; 1989.
- CORDERO, Miguel.
"La crisis económica: sus causas y manifestaciones". EN: **Ecuador Capitalismo y Crisis**. Cuenca: IDIS, 1984.
- CUADERNOS DE NUEVA.
Políticas Sociales: buscando la salida. Quito: Ediciones Nueva, 1989.
- CUEVA, Agustín.
El proceso de dominación política en Ecuador. Quito: Editorial Alberto Crespo Encalada, 1981.
- DAHIK, Alberto.
"La economía ecuatoriana y su futuro". EN: **Diners**, No. 83, 1989.
- EL COMERCIO (Diario).
7 de agosto de 1989.
- HOY (diario).
8 de junio de 1987.
- ILDIS.
Estadísticas del Ecuador. Quito, 1988.
- ILDIS.
Estadísticas del Ecuador. Quito, 1989.

- MAIRA, Luis.
"Consolidación Democrática". EN: **Chasqui**, No. 28, 1988.
- MONCADA, José.
Dos decenios se van, una crisis se queda. Quito: Corporación Editora Nacional, 1988.
- MONCADA, José.
"Crisis política económica y perspectiva". EN: **Diners**, No. 83, 1989.
- MENENDEZ, Amparo.
La democracia en Ecuador: desafíos, dilemas y perspectivas. Quito: Pensamiento Iberoamericano No. 14, 1988.
- PAREDES, Eduardo.
La crisis económica. Quito: CEDIS, 1986.
- TRIBUNAL SUPREMO ELECTORAL.
Principios ideológicos y planes de gobierno de los partidos políticos de la República del Ecuador. S.I.I.: Tribunal Supremo Electoral, 1981.

**LA NACION DEL CAPITAL, LA
REPRESENTACION Y LA DEMOCRACIA.
LOS PARTIDOS POLITICOS.**

Tarquino Orellana Serrano

I. INTRODUCCION

El volver sobre la historia de las organizaciones políticas de izquierda en nuestro país nos ha confrontado con una serie de interrogaciones relativas a las maneras de abordar y explicar el comportamiento político y las transformaciones ocurridas en la sociedad estudiada. Una primera dificultad se hacía presente cuando, acostumbrados como estábamos a mirar la relación entre lo político y lo económico de manera directa, encontramos que sólo falseando o inventando la realidad podíamos establecer vínculos entre la llamada "estructura" y la "superestructura" política. Las llamadas "condiciones objetivas" impedían entender el comportamiento político de las clases y los distintos sectores de la sociedad. Pensamos entonces en una construcción teórica que otorgue una autonomía relativa al hacer político, pero las clases y sus agentes o aparecían condenados a seguir los avatares de las transformaciones económicas o estaban poseídas de una voluntad y energía especiales que les hacía portadoras de un vigor nuevo que sólo podía explicarse recurriendo a entender nuevas dimensiones del hacer político; el territorio de la cultura resultaba así privilegiado y el

comportamiento político de las clases se explicaba en función de la disputa por la hegemonía y el consenso que lograba generar una fuerza social que imponía nuevos valores al conjunto social. Esta perspectiva, si bien nos abría a exigentes y sugestivas averiguaciones, nos mantenía en el territorio de la superestructura; la conciencia de las clases y de los agentes efectivos del debate social y la lucha de las clases se subordinaban al debate cultural, a la disputa intelectual, autónoma o refleja, del enfrentamiento económico de las clases. La tensión entre el economicismo y el voluntarismo se mantiene en esta visión teórica, si bien nos introduce en una preocupación más directa en los problemas teóricos e históricos que supone pensar en la conciencia y la lucha efectiva de las clases.

Las dificultades mencionadas adquieren una complejidad mayor cuando las contrastamos con la realidad social de países que como el nuestro tienen un proceso de constitución particular o "atípico" de cara a los modelos teóricos e históricos de los países del centro capitalista. Esta dirección enajenada de los análisis también crea problemas de percepción al introducirnos en una línea de comprensión que nos hace ver a la historia como un camino lineal que hemos de transitar indefectiblemente. Por estas razones siguen planteadas las preguntas acerca del proceso de constitución de los sujetos sociales, la sociedad civil, la nación, el Estado y la democracia en América Latina. Estos son los retos teóricos que el ensayo que desarrollamos intenta clarificar; son sin duda preocupaciones académicas, pero también, y a veces sobre todo, estrictas necesidades políticas de entender y explicar nuestra historia para aportar y participar en la búsqueda de su transformación. No pretendemos elaborar un marco teórico que responda a todas las inquietudes planteadas; no reclamamos tampoco originalidad en los señalamientos elaborados; intentamos sí señalar directrices válidas que nos permitan recrear con solidez la historia de nuestra realidad.

EL FETICHE DEL CAPITAL

Una orientación teórica tradicional del pensamiento marxista está centrada en describir las "condiciones objetivas" o las determinaciones materiales de la vida de las clases. El sesgo economicista del análisis ha privilegiado una comprensión que entiende el comportamiento político de las clases en relación al desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción consecuentes. Una formación social es caracterizada y definida en función del crecimiento de las fuerzas productivas y de la extensión de las relaciones salariales; por efecto de este crecimiento, una relación técnica de imposición de métodos productivos y su extensión determinaría la dominancia de un modo de producción al tiempo que nos daría las pautas para entender el comportamiento que deben tener los distintos sectores y clases sociales. Esta orientación mecanicista adolece de por lo menos dos dificultades fundamentales que en el análisis de las sociedades latinoamericanas resultan determinantes, a saber: no incluye el estudio de la dependencia ni enfrenta el fenómeno de la lucha de clases en su dimensión propia.

La dependencia del capitalismo y nuestra adscripción a su sistema de dominación en la época imperialista debe mirarse como un rasgo predominante y fundante de nuestro proceso de constitución como naciones y no como un agregado que se coloca y añade luego de que se hace el análisis de las fuerzas productivas en su desarrollo y la extensión de relaciones capitalistas de producción. El capitalismo como modo de producción dominado por la lógica de valoración del valor, es un sistema que se impone a nivel mundial y no solamente nacional; es en esta dinámica de expansión y reproducción del sistema como debemos mirar nuestro proceso de constitución nacional subordinado pero integrado a la lógica de valorización del valor. Son los canales por los cuales nos subordinamos e integramos a la lógica del capital, lo que es preciso conocer y descubrir para entender

el fenómeno de nuestro desarrollo y no solamente constatar el hecho empíricamente cierto de la dominación imperialista.

La lucha de clases tampoco puede ser vista como una reflexión del desarrollo de las fuerzas productivas y la extensión de las relaciones salariales, sino que al contrario, hemos de dirigir nuestra visión hacia el fenómeno de la conformación de las clases que, como actores de la historia, conducen y responden al proceso de penetración de la lógica del capital. La dominación capitalista es un acto político y no técnico productivo; es fundamentalmente la destrucción de unas formas de vida y la conformación de sujetos subordinados y animados por la lógica de valorización; es, principalmente, la creación de individuos aparentemente libres e iguales que se compran y venden en el mundo cósmico de las mercancías; es la construcción de un ser social enajenado.

Desde nuestro punto de vista entendemos el capitalismo como un sistema mundial que se caracteriza por llevar adelante un proceso global de fetichización de las relaciones humanas en todos sus niveles, de creación de sujetos que mantienen entre sí y con la sociedad en su conjunto una relación cósmica, una relación mercantil de valores que se intercambian entre sí en el mercado de los productos y los hombres. Como afirma Marx: *"Lo misterioso de la forma mercantil consiste sencillamente, pues, en que la misma refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades sociales naturales de dichas cosas, y, por ende, en que también refleja la relación social que media entre los productores y el trabajo global, como una relación social entre los objetos, existente al margen de los productores"*. Que los hombres nos relacionemos como cosas no es más que una derivación de la relación enajenada que supone el capital en su lógica de valorización: *"Si los objetos para el uso se convierten en mercancías, ello se debe únicamente a que son productos de trabajos ejercidos independientemente los unos de los otros"*. Este trabajo social de privados, de sujetos separados, se efecti-

viza y expresa fetichísticamente en el mercado *"como relaciones propias de cosas entre las personas y relaciones sociales entre las cosas"* (1).

EL ESTADO COMO FETICHE DEL CAPITAL

El mundo de los privados que constituye el capital conduce en lo político al desarrollo y constitución de los individuos nacionales que son los Estados, instrumentos idóneos de la valoración del valor: acumulación, centralización y reproducción del capital. Implicados en este proceso que extiende su lógica a nivel mundial, se crean los Estados latinoamericanos subordinados a las necesidades de reproducción del capital, subordinación que se logra a través del mercado internacional y la división internacional del trabajo impuesta por el capital como sujeto piloto de la historia contemporánea.

Sin resolver el proceso interno de creación de sujetos libres e iguales, mónadas de la valoración del valor, los Estados latinoamericanos estamos atrapados en el mercado internacional y convertidos en sujetos de ese proceso de homogenización a nivel mundial, obligados a insertarnos en dicha lógica aunque internamente no hayamos resuelto las formas económicas y políticas que nos permitan enfrentar este proceso. La mirada cósmica del capital nos constituye como Estados nacionales sin que la nación exista o haya sido creada.

Subordinados a la lógica de extensión del modo de producción capitalista y sus derivaciones a nivel mundial, se conforman nuestros Estados como sujetos de la relación internacional impuesta, adquiriendo la forma o la figura que dicha vinculación exige, sin que su conformación resulte de la objetivación de su realidad interna. Es por esta razón que los Estados nacionales surgen privados de contenido interno y envueltos en una lógica que les obliga a armonizar su for-

(1) Marx, Karl, *El Capital*, T. I., Vol. I: Siglo XXI Editores, México, 1987, páginas 88-89.

ma externa con su realidad interna. En este sentido, nuestra afirmación teórica e histórica se concentra en destacar que los Estados nacionales en países como los nuestros, no están determinados por la relación social fetichizada que hace del Estado el capital ideal, la objetivación de los intereses de los privados, sino que, es la forma que está obligado a adquirir por su relación externa, lo que lo constituye en la contradicción que debe resolver: como sujeto fetiche del capital y su heterogénea realidad interna. En este sentido y por esta razón, el Estado desde su origen está llamado a cumplir un papel protagónico en el proceso de consolidación del dominio del capital a nivel interno; el Estado no es pues un momento lógicamente posterior al desarrollo social sino que desde el acto mismo de su nacimiento se convierte en agente principal de la extensión y control del desarrollo del capital.

La hipótesis que manejamos mira a la dependencia o subordinación al capital internacional como un centro de gravedad al que se orienta tendencial y trágicamente nuestro desarrollo, dependencia que se da a través de los canales del comercio exterior y que provocaría un proceso de acumulación interna en relación a esa determinación y en detrimento de un desarrollo industrial. Es por esta razón que la burguesía comercial se convierte en el sujeto piloto del proceso económico en nuestro país, desplegando una acción de modernización del Estado acorde a los vínculos establecidos con el exterior, pues, la lógica del capital nos ha convertido en objetos de su disputa en el mercado internacional, sin que en el interior hayamos resuelto una organización política resultante de nuestras propias relaciones internas. La historia moderna, que es la historia del capital, nos ha atrapado y es desde esa determinación cómo debemos mirar nuestro lugar en la historia.

LA SOCIEDAD CIVIL Y LA CONFORMACION DE LOS SUJETOS SOCIALES

Atrapados por la historia e integrados a la lógica del capital por el abrazo cosificador del mercado, hemos construido un Estado sujeto a la relación internacional, pero en lo interno nos quedan las determinaciones de un pasado reciente y presente: el colonialismo y la destrucción de nuestra identidad pretérita.

Un enfoque clásico, por una tradición economicista del análisis, estudia la sociedad civil solamente como el territorio de disputa de las clases sociales fundamentales de una formación económica y social, en una visión maniquea de la realidad social; las clases definidas como antagonicas se disputan el poder desde sus propios proyectos y determinadas por la situación económica en la que se desenvuelven. Esta perspectiva de estudio, si bien es capaz de reconocer diferencias entre los sectores sociales de una sociedad, no logra acceder a una comprensión de la lucha de clases en los terrenos particulares de la disputa política, que no pueden reducirse a los intereses económicamente inmediatos de las clases ni a su futuro histórico teóricamente asumido. Las clases sociales, reducidas a su dimensión económica, son una cosificación burguesa y no conforman la sociedad civil ni constituyen el acto vivo de la historia, tanto más que las clases, sin ser mecánicamente determinadas por la economía, tampoco son portadoras gratuitas de una línea de comportamiento histórico, ni la historia tiene un camino definido de antemano.

La sociedad civil, como objeto de reflexión en los análisis de las ciencias sociales, debe su problematización a los estudios marxistas sustentados en el pensamiento de Gramsci, principalmente. Las clases ya no son reducidas a sus determinaciones económicas sino que son vistas en el suelo de la confrontación ideológica, en la disputa de la hegemonía política y cultural de una sociedad. De este modo el análisis se traslada a la esfera "superestructural", y en este terreno

ambiguo de la cultura y la ideología surgen nuevamente las falencias irresueltas del economicismo mecanicista. Al intentar conectar los hilos que unen a la "base" con la "superestructura" se corre el riesgo de arribar o bien a un discurso culturalista que políticamente se vuelve concertador, o bien regresar al esquematismo economicista, haciendo que la ideología y la cultura dependan directamente de las determinaciones económicas. El voluntarismo revolucionario no exento de romanticismo, o el reformismo craso de la conciliación son los derivados políticos de esta actitud teórica.

Con Marx sostenemos que *"la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política"*, que *"la sociedad civil es el verdadero hogar y escenario de toda la historia"*, con lo que, de principio abandonamos una visión dualista de la realidad social que descubre dos territorios de estudio colocados en la vulgarizada metáfora marxista de estructura y superestructura. Entendemos que el suelo económico de las relaciones sociales es un lugar de sentido político; que la conformación de las clases es inmediatamente y en un mismo acto la construcción de una relación social de producción y reproducción de sujetos sociales, sujetos que no están determinados monocausalmente por la economía sino que su relación social es la expresión de un sentido y una significación política, es la configuración de una forma de ser de los individuos sociales. En esta perspectiva entendemos una relación de producción como una relación social que no puede explicarse sólo como un vínculo productivo sino que es también e inmediatamente la creación de una forma de ser del sujeto social.

La lógica del capital es la de la construcción de individuos aparentemente libres e iguales, autónomos en las relaciones que establecen, dueños de sí mismos. Los sujetos sociales se construyen entonces como portadores de una identidad enajenada, separada del hacer social, pues los actos de su vida productiva y reproductiva están subordinados al proceso de valorización del valor; producir y consumir son momentos distintos y separados a través de los cuales el sujeto individual se vende para una producción que no le per-

tenece y compra sin disfrute lo que el mercado dispone para la reproducción de la fuerza de trabajo, para la producción de la mercancía hombre. Desde luego, la constitución de la forma sujeto libre, ciudadano de la representación política, supone un incesante desarrollo técnico que garantice la extracción de un plusvalor relativo como forma predominante del proceso de valorización del valor. La extracción de una plusvalía absoluta por la extensión de la jornada laboral provoca dificultades en la producción y reproducción de la fuerza de trabajo, retardando la conformación de la forma sujeto que se logra por la introducción de mejoras técnicas en el proceso productivo.

Nuestra realidad de dependencia y subordinación a la lógica del capital y la mercantilización de las relaciones humanas se levanta sobre la destrucción y fragmentación de las "sociedades naturales". La colonización española sigue un sendero que ata su desarrollo a la época y al momento de acumulación originaria del capital, pero en cuanto dominio económico y político se traduce en conformar una sociedad estamental, basada en el imperio racial y religioso de los españoles sobre los indígenas, destruyendo y fracturando definitivamente su expansión autónoma. El mundo se ha extendido dividiendo a colonizadores y colonizados en dos estamentos: los blancos y los indios, los vencedores y los vencidos. La independencia y la construcción de la república mantuvo en lo fundamental esta división social pero, por las vinculaciones con el capital, las formas estamentales comienzan su lento proceso de transformación que culminará con la formación de las clases y la constitución de los sujetos sociales, propios de la dependencia capitalista.

Nuestra vinculación subordinada a los ejes de acumulación mundial del capital, conforman los sujetos sociales con características particulares que no pueden entenderse dentro del esquematismo antinómico y dogmático de clases antagónicas en conflicto. Los sectores dominantes de la sociedad, herederos del colonialismo español, adquieren un rostro capitalista hacia el exterior, mientras que en el orden interno se mantienen relaciones ambiguas que conjugan

lo precapitalista con lo capitalista. Si bien es la lógica de valorización del valor la que se impone como dominante, su extensión siempre es problemática en razón de los cambios que acontecen a nivel mundial, y dado el proceso de acumulación interna que señala su alianza y subordinación al capital a través de la orientación del dinero que se acumula en actividades comerciales y financieras, en detrimento de la inversión industrial y agroindustrial. No hay, por tanto, la conformación de un proletariado industrial sino simplemente la extensión lenta de relaciones salariales combinadas con formas precapitalistas de control de la mano de obra, hecho éste que contribuye a dar forma a un amplio sector de fuerza de trabajo flotante que no encuentra espacio de ocupación continuada dentro de la empresa capitalista cuya existencia es marginal.

Los sujetos sociales, las clases, se conforman orientadas por la nueva lógica impuesta, destruyendo e incorporando las viejas y aparentemente caducas relaciones sociales, pero no transitando linealmente a un capitalismo "típico" sino construyendo la forma propia que le corresponde a la dependencia del capital. La conformación de los sujetos sociales y su subordinación al proceso valorizador se da de forma lenta y fragmentaria; la conformación de los sujetos varía por ramas de la producción y por regiones, constituyendo de este modo fracturas en el universo social, provocando la configuración de diversas identidades de significación que transitan entre lo estamental y lo mercantil, entre lo precapitalista y lo capitalista.

Dada una figura particular de las clases, el sistema de representación que corresponde a la lógica de valorización y la construcción de sujetos libres e iguales, no puede realizarse sino por vías especiales que consienten en combinar las formas de la representación con las prácticas caudillistas y clientelares de control social. Una sociedad que no dibuja una identidad en el capital mantiene formas distintas de agregación entre los diversos sectores sociales, recreando prácticas de agregación, acción y control correspondientes a las débiles, incompletas y particulares identidades sociales

de los sujetos que se constituyen en la lógica perversa de la dependencia capitalista.

LA REPRESENTACION Y LA DEMOCRACIA

Una sociedad civil creada en la fragmentación y la diversidad, manteniendo rasgos e identidades no compatibles inmediatamente con el capital, no puede hacer de la representación el modelo paradigmático político de construcción de la identidad nacional de los ciudadanos de un Estado. La mercantilización de las relaciones humanas se agrega sobre las prácticas aparentemente anquilosadas de las anteriores formas de dominación, sin construir sujetos de la representación sino sólo parcialmente y en un proceso lento cuyas características analizamos en los párrafos siguientes.

La lógica del capital que conforma sujetos como individuos libres e iguales, consigue por este medio la complicidad entre explotadores y explotados, en tanto es la relación mercantil y la forma consecuente, el contrato, la que establece el marco de relación entre unos y otros. Pero, si la fragmentación en la sociedad es debida a un proceso particular de conformación de los sujetos, si lo mercantil aunque dominante no copa el espacio total de acción y vida de los sujetos, o si, como sucede, lo mercantil se alimenta y sostiene por la mantención de prácticas sociales no asimilables directamente a la lógica de constitución de sujetos fetiches, la forma de representación política y la democracia como sistema conviven con prácticas políticas y formas de control social caudillistas, clientelares u otras que se sustentan en el ejercicio represivo del poder bajo formas dictatoriales, civiles o militares. En esta perspectiva, sostenemos que la democracia, como forma de desingación del poder en sociedades de un crecimiento y conformación parcial de los sujetos sociales, convive y se mantiene en el apoyo de prácticas clientelares y caudillistas, y el respaldo alerta y omnipotente de la fuerza armada. Rechazamos, por tanto, una comprensión que mira a las formas caudillistas y clientelares de

acción política como síntomas de inmadurez o de ausencia de cultura política de los sujetos sociales, señalando más bien que dichas formas de acción política son propias de un desarrollo de la forma sujeto en el marco de la dependencia capitalista. La homogenización de la sociedad no es un resultado de la modernización burguesa sino que su imposición en la dependencia alienta y sustenta el despliegue de falsas identidades y formas de agregación social como estrategias de sobrevivencia de un conjunto segmentado de pueblo que no puede asimilarse a la nación ni a la representación. Los sujetos sociales de la dependencia capitalista son asimilados al control burgués en un haz de procesos combinados de cooptación que conjugan la afinidad ideológica de la opinión con el control caudillista y clientelar, siempre respaldados por el ejercicio de la fuerza directa.

En la constitución misma de las repúblicas latinoamericanas se definió un marco democrático de designación del poder, claro que muy restringido; solamente con las revoluciones liberales se amplió el sistema al consagrar formas de designación más cercanas al ideal de sufragio universal. En aquellos tiempos cuando se aseguraba la subordinación de nuestras economías a la lógica de valorización del capital, también se consagraba la forma democracia como el sistema paradigmático del hacer político; sin embargo, la democracia nunca se pensó como sistema de vida sino solamente como forma de designación del poder y como tal ha tenido los tropiezos que le atan al proceso deformado y parcial de constitución de los sujetos sociales.

Los grupos dominantes ligados al capital internacional, estuvieron más dispuestos a la construcción de la forma democracia ya que por esta vía podían también disputar y ganar el respaldo social de los grupos tradicionalmente dominados y que aspiraban a una relación libre en el enfrentamiento con las otras clases y el Estado; dichos sectores no podían ser otros que los constituidos por los campesinos sin tierra, los asalariados agrícolas, los trabajadores libres, los artesanos y los llamados sectores medios pertenecientes a la burocracia estatal fundamentalmente.

La fracción dominante del latifundismo que mantenía formas de control social directo dada su actividad económica como clase y por su práctica política de control del aparato del Estado robustecida por su alianza con la Iglesia, si bien no desconoce la democracia como mecanismo idóneo de designación del poder, su práctica política, por las razones anotadas, es más proclive a la utilización de mecanismos de control social que no son solamente los de la conformación de una opinión social que respalde sus proyectos, sino también formas de cooptación social que utiliza el control paternalista y religioso de las conciencias a través de prácticas caudillistas fundamentalmente. Claro que, es preciso aclararlo, la burguesía comercial, en tanto se alimenta de una extensa apropiación territorial y el fomento de relaciones económicas que combina formas salariales con relaciones de producción precapitalistas, no está exenta de la implementación de prácticas políticas de control social que no son propias de la democracia burguesa. En este sentido, el fomento de las formas democráticas de control social y su participación, estará supeditado a los momentos de enfrentamiento y alejamiento entre las fracciones de la clase dominante, acercamientos y distanciamientos que estarán condicionados fundamentalmente por las determinaciones del comercio internacional, por su camino propio de transformación como clases y por la fuerza democratizadora que pueda irrumpir desde las capas dominadas de la sociedad.

Los sectores medios, formados principalmente por el crecimiento del Estado y por el copamiento de los espacios de intermediación entre los sectores dominantes y dominados en las actividades comerciales, constituye el sector social signado más claramente como sujeto de la representación burguesa, sujeto que como tal estará dispuesto al fomento de prácticas políticas democrático-burguesas. El comportamiento político de los sectores medios, por sus vínculos de intermediación en el proceso de realización del capital y por su crecimiento vía el desarrollo del Estado, dependerá de esta determinación fundamental: en épocas de florecimiento y auge económico elegirá un comportamiento pasivo y de afir-

mación de la vida democrático-burguesa; cuando haga crisis el proceso de su reproducción o tenderá a radicalizarse impulsando y asumiendo tareas democratizadoras de mayor alcance o será represada por los sectores dominantes. Destacando este carácter ambiguo del comportamiento político de los sectores medios, es importante señalar que, por su proceso de constitución ligado al Estado y al desarrollo urbano consecuente con las necesidades de centralización del capital, su peso político -por el papel que ocupa en una sociedad de desarrollo desigual y fragmentario- resulta favorecido, logrando que su inserción en la vida nacional adquiera un peso relativo mayor que el que ordinariamente se considera para dicho sector. En tanto se constituye como sujeto privilegiado de la representación burguesa en sociedades como las nuestras, su movilización y capacidad de conducción a otros sectores subalternos, le otorga la imagen de una clase con perspectivas hegemónicas. Teniendo en cuenta esta proyección social adquirida por los sectores medios, en medio de un camino de constitución desigual y parcial de la sociedad civil, sin embargo, es preciso señalar que, por su ubicación económica y cultural, constituye un sector social huérfano de un proyecto político propio. Por estas razones los sectores medios, a pesar del papel protagónico que puedan adquirir en el terreno de la lucha de clases, sus posibilidades históricas están recortadas por las determinaciones estructurales que imponen las clases fundamentales, poseedoras virtuales de la posibilidad histórica de transformar la sociedad, por lo que la emergencia revolucionaria de las clases medias puede ser rápidamente recortada y disuelta en un proyecto reformista al que se sumará con beneplácito, contribuyendo a cancelar las perspectivas revolucionarias de los sectores dominados.

La constitución desigual y fragmentaria de los sujetos sociales en el marco de la dependencia capitalista hace que los sectores dominados de la sociedad constituyan códigos de comportamiento político que les coloca en una situación particular ante sí mismos y sus alianzas y ante los sectores dominantes de la sociedad.

Nuestra constitución como república tiene como antecedente inmediato la desestructuración y quiebra del modo de producción andino, desestructuración sobre la que se levanta un proceso continuado de incorporación al dominio capitalista. Si bien en un principio y durante largo tiempo no se avanza hacia la constitución de la forma sujeto de la relación capitalista, de manera lenta pero firme se camina en esa dirección, construyendo sujetos fragmentarios, no individuos sino identidades parciales y separadas que entre la resistencia y la adaptación al sistema de dominación configuran una constitución propia de sujetos dominados y no adscritos directamente a la dependencia capitalista.

El mundo campesino indígena sobre el que se levanta el nuevo sistema de explotación es un mundo arrinconado por el racismo, expoliado económicamente mediante formas precapitalistas, arrasado y reinventado culturalmente por el ejercicio de la imposición religiosa. El escenario de la dominación constituye fundamentalmente la hacienda, pero el centro de gravedad económica se conforma desde el mercado capitalista. Las posibilidades de reproducción autárquica de la hacienda son nulas, el mercado ha tenido sus lazos y la hacienda con sus actores se reproduce y transforma alentada por el desarrollo del mercado. Las formas precapitalistas se combinan con relaciones salariales y el hacendado introduce desarrollos técnico-productivos con el objetivo de maximizar sus ganancias, sin que ello comporte inmediatamente un cambio en las relaciones de producción sino la combinación y amalgamamiento de las mismas en el marco de la dependencia capitalista. *"En este sentido y contrariamente a lo que se afirma por lo general, una racionalidad puramente económica (maximizar las ganancias) preside a esta innovación y al mismo tiempo conservación del proceso de trabajo"* (2).

(2) Guerrero, Andrés, "El Proceso de Producción Inmediato de la Hacienda", en: El Problema Agrario en el Ecuador, Antología de las Ciencias Sociales, ILDIS, Quito, 1988.

Como lo habíamos anotado, la clase dominante combina formas productivas y sistemas de control social pertenecientes al mundo precapitalista y señala los rumbos de inserción en la modernidad capitalista dependiente. Los sectores dominados se conforman desde esta imposición y combinan prácticas de sometimiento, subordinación y resistencia que les otorgan particularidades esenciales. En términos estructurales, el campesinado indígena sufre la doble arremetida imperial a través de la colonización interna, se relaciona en el sometimiento y la resistencia sin un proyecto globalizante en tanto el desarrollo desigual de la imposición capitalista parcela sus luchas al tiempo que provoca su diferenciación interna. Del campesino indígena surge el proletario cuya capacidad de reproducción continúa ligada a la tierra; del campesino indígena privado de la tierra surge una masa flotante de fuerza de trabajo que no puede ser absorbida por el incipiente desarrollo industrial, pero que mantiene y fomenta en su interior prácticas adaptativas y de resistencia, de sobrevivencia y reproducción, lo que se manifiesta en su comportamiento político signado por códigos culturales en los que se mezcla la complementariedad y solidaridad andina con la subordinación y el control caudillesco de su conciencia.

El campesino con tierra mantiene lazos de identidad histórica con los campesinos más pobres, sin embargo de lo cual, por su papel intermediario en el mercado o en la producción artesanal, establece lazos de solidaridad con la explotación económica del capital; los campesinos pobres ingresan en un proceso intermitente de sometimiento al mercado laboral capitalista, mientras subsisten relaciones arcaicas de producción; sin ser proletarios aspiran económicamente a ello, aunque mantengan lazos fuertes que les atan a su tradicional sistema reproductivo en la tierra, que poco a poco y en un proceso incompleto y parcial le va siendo arrebatada, conformando un sujeto de desarrollo esquizoide, ni tradicional ni moderno, proletario en el mercado y estamental en su relación interna y comportamiento político.

El proletariado, conformado sobre este terreno que hemos descrito, no es tampoco el sujeto típico de la representación capitalista, aunque poco a poco y en determinadas ramas del desarrollo industrial tiende a ello; la inmensa mayoría del cuerpo que lo integra lleva el sello de la opresión histórica a la raza, conformando entonces sistemas de solidaridad y agrupamiento que no se compadecen inmediatamente con el modelo de representación, estableciendo alianzas y agrupamientos, relaciones internas que les permiten la participación como bloque, pero sin perspectiva nacional, y es que el desarrollo desigual dibuja status diferenciados en la sociedad, haciendo que los propios grupos y sectores sociales dominados mantengan distanciamientos debidos a los distintos vínculos logrados con el capital. El proletario mantiene una identidad histórica con el campesino, pero frente a ellos y a los sectores informales de la economía ocupa un status superior, formal y relativamente seguro en el universo burgués que se construye; el campesino rico marca su relación histórica con el campesino pobre manteniendo vínculos a través del comercio pero introduciendo diferenciaciones clasistas entre sus miembros, fortaleciendo las redes clientelares en la relación social y funcionalizando a la lógica de maximización de las ganancias el agrupamiento tradicional existente entre ellos; los sectores más pauperizados de la sociedad están determinados a una actitud mercantil constante, en tanto se han configurado ya como sujetos libres, dueños de la sola mercancía de su fuerza de trabajo, pero por las imposibilidades del mercado y por su origen y necesidades de reproducción y sobrevivencia, establecen sistemas de relación social que robustecen los comportamientos estamentales, de clientela, oportunismo y arribismo, de búsqueda de status social, de reconocimiento individual y de integración de su grupo a la sociedad.

Una sociedad civil constituida parcial y fragmentariamente, aunque jalonada por la lógica de acumulación de capital, no integra un universo uniforme y susceptible de ser subsumido en el cuadro de la representación burguesa. Estructuralmente está determinada por los intereses del capi-

tal que encuentra como contradictor principal al proletariado, pero este sujeto social tiene una débil conformación y sus posibilidades virtuales como clase son recortadas y amenazadas constantemente en tanto su identidad como clase es parcial y en cuanto el mundo burgués de la dependencia le sitúa en un status social superior y relativamente privilegiado frente a una inmensa mayoría paupérrima y sin perspectiva histórica. Este inmenso sector social de campesinos y grupos informales de la economía, es el que con sus contradicciones internas constituye el espacio de disputa política de las clases sociales fundamentales. Campesinos semi-proletarizados y fuerza de trabajo flotante constituyen un vasto territorio de disputa política, un espacio social determinante que en el campo de la lucha de clases debe ser jalado y restituido o funcionalizado y subsumido a la nueva lógica proletaria o a la lógica perversa de la dependencia capitalista. Estas posibilidades de restitución o sometimiento no pueden ser objeto de predicción histórica, pues, en el conflicto de la lucha de clases se irá definiendo su futuro: el de la dependencia burguesa o el de la revolución proletaria. Las dos perspectivas históricas antagónicas y en disputa afrontan la necesidad de resolver su propio desarrollo como clase y el amalgamamiento de estos sectores a su proyecto histórico; en este sentido, el problema de la representación burguesa que hemos analizado como de configuración problemática, ha robustecido y fomentado el sometimiento y control político de la sociedad mediante mecanismos clientelares y caudillistas que resultan inherentes a la forma de constitución de la sociedad civil bajo la lógica de la acumulación dependiente. La posibilidad de generar agrupamientos y amalgamamientos colectivos tiene que resolver las determinaciones estructurales que hemos anotado y vincularlos a los conflictos coyunturales permanentes que vive la sociedad; el problema central de la conformación de identidades colectivas es, pues, de orden político, la capacidad de dirección de las clases sociales en este orden tiene que ver fundamentalmente con la resolución de su amalgamamiento como nación.

LA NACION COMO FETICHE Y LA NACION DE LOS DOMINADOS

Sobre el suelo de una determinación histórico-cultural se levanta y construye la identidad económica del capital que a través de la subsunción real del trabajo al capital constituye la identidad y la solidaridad de los privados. Funcionalizando y reprimiendo esa identidad histórica se construye la nueva identidad, la nueva solidaridad y la complicidad de las clases en la nueva identidad social que se ha construido como universo común de los privados: la nación del capital.

La nación, como unidad general que otorga identidad a los privados, borrando y reprimiendo sus diversidades como clase y sus determinaciones histórico-culturales, se configura como una empresa del capital cuyo proyecto de expansión agrupa y reconstituye un agregado histórico-geográfico particular de privados, de capitales. Por este proceso de expansión y subsunción real del trabajo al capital, el suelo natural, histórico-cultural de la nación, es reinventado y establecido como nación del capital (3).

La nación del capital es una construcción enajenante, fetichista, en tanto constituye la agrupación e identificación de un conjunto histórico-geográfico-cultural, como un todo general, trascendental y aglutinante, que borra las diferencias, que reprime y cancela la diversidad y la identidad económica de las clases. El patrimonio común del territorio de la nación que sirve como soporte de la reproducción mercantil de los privados, constituye el escenario de salvaguarda y garantía de la reproducción del capital. De este modo, la nación que se garantiza por el territorio protegido por un Estado, tenderá hacia un afianzamiento económico concreto de producción y consumo, de reproducción de este referente real del interés colectivo de los propietarios privados, re-

(3) Cf. Echeverría, Bolívar, "El problema de la Nación desde la 'Crítica de la Economía Política'"; EN: El Discurso Crítico de Marx: Ediciones Era, México, 1986.

producción que no es posible sin el desarrollo interno de un proceso de producción y consumo mercantil capitalista. La empresa estatal del capitalismo, que unifica en su seno y bajo su característica de capital privado a todos los socios privados de una nación, se convierte en el portador principal, en el piloto de la hegemonía del capital, logrando por esta vía la garantía de la acumulación pero también de la reproducción, en tanto permite la afirmación de la mercancía capital y convierte a la nación histórica en nación del capital y nación del Estado.

Este es el esquema sintético de la construcción de la nación del Estado del capital, pero este esquema básico que nos remite a la dirección general de este ensayo, que mira la constitución de los sujetos sociales, debe ser desmenuzado en la medida en que la constitución de la identidad mercantil de los privados, en sociedades como las nuestras, es precisamente el complejo y difícil proceso que no se ha resuelto y cumplido en la dimensión esperada y supuesta. Además, como ya lo habíamos insinuado, la configuración de identidades colectivas y de agrupamientos sociales que reclamen por la representación de ese interés general, global y trascendental que proclama para sí la nación del capital, es también continuamente retomado por otros sectores sociales que no constituyen sujetos sociales del capital. La nación del capital o la nueva identidad de los dominados y vencidos está en disputa, ¿qué constituye lo uno y lo otro?, nos preguntamos en el suelo de nuestra determinación en la dependencia capitalista que ha configurado sujetos sociales de las características señaladas en líneas anteriores.

Nuestra constitución como nación está signada por un doble proceso de colonización interna y de incorporación de la economía nacional a los dictados del capital imperialista; los dos procesos se confunden y conjugan configurando en un mismo proceso contradictorio la nación del capital y la nación de los dominados y vencidos. El proceso de colonización, vinculado a las necesidades de acumulación originaria de capital, instauró un sistema de producción y transferencia de riquezas hacia la metrópoli. Un poder central desarrollado

de carácter imperial incorporaba las zonas indígenas densamente pobladas, haciendo de la sumisión religiosa el instrumento principal de homogenización social que permitiera la explotación económica. La identidad del indígena por la religión era un elemento que se continuaba desde el incario, pero la explotación económica y la sumisión racial eran elementos nuevos que configuraban la nueva identidad de los vencidos y explotados, sobre la destrucción y refuncionalización de su sociedad natural. El imperio español en América llegó a su fin trazando un nuevo mapa de los Estados independizados, separándolos y forjando una nueva identidad territorial basada en el predominio de las oligarquías locales que, rompiendo el control imperial, se levantaban imponiendo su propia colonización interna. *"La América hispana no está preparada, a comienzos del siglo XIX, para la ruptura del antiguo imperio. No tiene ninguna experiencia política de un autogobierno de gran escala, ningún órgano representativo viviente fuera de la oligarquía de sus cabildos urbanos, ninguna conciencia colectiva que desborde el marco de la casta o del cantón... finalmente, ninguna base económica"* (4). Se fundan los Estados para dinamizar el comercio de las oligarquías locales con el exterior, pero hacia adentro sobreviven las relaciones de explotación y sumisión de la raza indígena.

Las naciones hispanoamericanas se configuran sobre el suelo de la dominación imperial, se reclaman e intentan construirse como Estados bajo el modelo democrático-burgués que entrara en circulación desde la Revolución Francesa. Pero el comercio interior y un proceso productivo y consuntivo interno que alentara la formación del Estado burgués no se hacía presente; habíamos nacido como Estados territoriales y la nación del Estado no era sino el lujo de las oligarquías locales que, asentadas en los centros urbanos, se alimentaban de la explotación y sumisión indígena. El Estado territorial resultante del proceso de independencia había logrado refundar la nación de la minoría dominante que,

(4) Chaunu, Pierre, citado por Jean Paul Deler, EN: Ecuador, del Espacio al Estado Nacional, Banco Central del Ecuador, Quito, 1987.

manteniendo la colonización interna, se acercaba y presentaba como sujeto único ante la mirada cósmica del capital en su fase imperialista.

Nuestra vinculación al comercio internacional nos constituía en la nueva identidad fetichista del mercado imperialista; nacíamos como Estados nacionales sin que en el orden interno se haya desarrollado un proceso de acumulación y fetichización de las relaciones sociales, manteniendo la dominación estamental inaugurada en la colonia nos insertábamos en la lógica de la valorización del valor, inaugurando la contradicción entre la nación de los dominadores, cómplices del capital, y la nación de los vencidos que, segregados y dispersos, entre la oposición y la resistencia, eran subsumidos y refundados en la nueva lógica del capital que lenta pero firmemente se imponía.

Los sectores dominantes de la sociedad, en un principio reclaman para sí una identidad territorial pero entendida como proveniente de la "madre patria"; lo nacional territorial se vinculaba a la tradición de la dominación. Estos mismos sectores, en el proceso de su modernización e incorporación a la dinámica mundial del desarrollo capitalista, poco a poco y en un proceso que es necesario estudiar con detalle, van incorporando determinados valores del ancestro cultural, provocando un referente de identidad de características mestizas, de unión desigual y sin conflicto de la herencia española e indígena. De este modo, sin liquidar las deudas con el pasado, se construye una identidad basada fundamentalmente en la defensa del patrimonio territorial y en la funcionalización de los valores culturales del ancestro español e indígena, sincréticamente fundidos. Si bien este es un proceso de carácter desigual, en tanto la construcción de la nueva identidad es llevada desde arriba y bajo la hegemonía de los valores que garantizan la dominación y la disgregación folklórica de los rasgos de la identidad vencida y dominada, es importante destacar que este proceso ha logrado constituir una imagen de identidad nacional de un sólido peso histórico, que es capaz de borrar las diferencias clasistas y estamentales de la sociedad en momentos en los que las clases

dominantes convocan y estimulan la generación de una identidad nacional colectiva; el ser ecuatoriano de un modo chauvinista y territorial es un punto de encuentro a través del cual las clases dominantes han logrado la identidad y la complicidad solidaria de los dominados en la empresa de la dominación estamental y clasista de la sociedad, conformando un discurso que restaura y unifica la sociedad nacional en el supuesto del encuentro de las culturas de nuestra historia: la española y la indígena.

Los sectores medios de la sociedad, como lo habíamos visto, por sus características estaba mucho más interesado en un despliegue capitalista del devenir social; en esta perspectiva alienta la constitución de un mercado interno y el proceso de acumulación capitalista de carácter nacional. Por este mismo supuesto es que los sectores medios contribuyen decididamente en el camino que lleva al desarrollo de las relaciones sociales de carácter capitalista dentro de la sociedad, convirtiéndose en la conciencia lúcida de la dominación en el proceso de incorporación gradual de nuestra sociedad a los ejes de la dominación mundial. Desde luego, este es un proceso que se lleva a cabo en medio de contradicciones y conflictos, en tanto la vinculación al dominio del capital supone también la generación de respuestas contestatarias y afirmadoras de una identidad distinta a la lógica fetichista del capital; sin embargo, los límites de este sector social y su presencia en la historia están determinados por la capacidad política y de perspectiva de las clases fundamentales de la sociedad, de allí que su papel en la vida nacional dependerá del conflicto principal y de la capacidad de dichos sectores para arrastrar detrás de sí a este sector social cuya identidad está más orientada hacia el compromiso con la dominación que a respuestas que lo incorporen a la lucha de los dominados. La ambigüedad de su situación en la vida social, que lo conforma como sujeto del capital interesado en un desarrollo autónomo del mismo, le coloca en una realidad privilegiada en términos ideológicos y políticos; ideológicamente contribuye a forjar la síntesis del discurso homogenizador de los dominadores, pero por su conciencia

nacional logra también destapar las lagunas y vacíos del discurso chauvinista territorial; políticamente tienen un peso mayor y muchas veces fundamental cuando las clases sociales principales no alcanzan a definir un derrotero claro o carecen de capacidad de convocatoria hacia los demás sectores sociales, destacándose entonces su presencia característica como conciencia lúcida de la sociedad.

Los sectores dominados de la sociedad, proletarios, campesinos-indígenas y la masa urbana de desempleados y sector informal de la economía, mantienen entre sí lazos de identidad provenientes de su origen en la colonización y el proceso de su sometimiento que los vuelve víctimas de la colonización interna que persiste subordinada al proceso de valorización capitalista. Sin embargo, estos rasgos de identidad profunda entre los dominados, que rebasan las fronteras territoriales de los Estados surgidos en los tiempos de la independencia, son manipulados por el discurso homogenizador territorialista chauvinista dirigido por los sectores dominantes y sintetizado por los sectores medios. Claro que, es preciso anotar, la posibilidad de difusión y enraizamiento del discurso homogenizante y fetichista de la dominación, viene dado no solamente por las necesidades de las clases dominantes de conformar el espacio territorial soberano de su integración al capitalismo, sino que esta posibilidad se levanta sobre el suelo de una dominación que crea solidaridades pero también distanciamientos entre sus componentes. El campesinado indígena, sometido a relaciones precapitalistas o capitalistas, de manera intermitente, demora su tránsito de convertirse en sujeto fetichizado, individuo del salario; al contrario, se mantienen relaciones de carácter servil y la diferenciación ciudad-campo provocada por el desarrollo capitalista hace que su identificación como dominados se replantee, dibujando un comportamiento que linderá y se combina entre lo estamental y lo capitalista, y perfilando una actitud que cada vez se conforma más con lo clientelar. La masa de desempleados y sector informal de la economía ha definido de manera más consistente un comportamiento y una conciencia clientelares, dado que la margina-

lidad urbana a la que se encuentra sujeto y la ausencia de vínculos orgánicos con la economía capitalista le mantienen en una situación de marginado pero también de sujeto que negocia mercantilmente su reproducción y sobrevivencia, sus esperanzas de superación individual o colectiva dentro del poder establecido.

El proletariado, sector minoritario dentro de la sociedad pero que de forma decisiva pasa a convertirse en el sector estructuralmente de mayor peso dentro de la economía, mantiene lazos de identidad con los sectores dominados y pauperizados, aunque por sus vínculos orgánicos y formales con la economía capitalista, tiende a destruir en sí mismo la identidad que le conforma y precede, creando sobre sí la única identidad posible del capital, la de los individuos cósicos, fetichizados, libres e iguales en la contratación con el capital. Es esta nueva identidad fetichizada la que compete con el suelo natural de su constitución y conformación como sujeto social. Si bien el capitalismo tiende a convertirlo en sujeto de la representación, la historia de su conformación y su vida misma como dominado le otorgan la nueva identidad de la clase, creada sobre su identidad de dominado y vencido. Su lugar estructural dentro de la economía le da la posibilidad de convertirse en el nuevo sujeto universal, nacional-continental, que recupera la identidad de los vencidos y conforma la nueva identidad social destruida por el capital. Esta posibilidad, desde luego, se disputa en el territorio de la política y en medio del enfrentamiento con las clases dominantes, en la disputa por la conformación de una dirección política capaz de liderar y definir una propuesta que destruyendo al capital integre el suelo de la identidad de los vencidos y dominados. La identidad de la clase debe ser reformulada y aprehendida como una unidad no solamente derivada de la explotación sino como la suma de la opresión nacional y la explotación económica, suma que tiene virtualmente la posibilidad de la restitución del ser social dominado y fetichizado. Este es el reto que se cruza en el espacio de vida de los dominados y vencidos, reto que debe ser

resuelto en la perspectiva de la construcción de una nueva identidad que significa la reconstrucción del ser social.

LA NACION Y SU REPRESENTACION. LOS PARTIDOS Y SU FUNCION.

El camino de constitución de la sociedad burguesa separa lo público de lo privado, lo particular de lo social, la economía de la política. Este hecho supone una contradicción en la vida social que exige una resolución: establecer los canales de vinculación entre las zonas separadas de la vida social. Surgen así los partidos políticos como una respuesta a esta contradicción y como la solución fetichizada de la misma; solución fetichizada, pues los partidos, al vincular y establecer los canales de relación entre lo público y lo privado, solucionan técnica y prácticamente una contradicción que no es debida a la sola ausencia de medios de participación en la vida social sino a su fractura real, al hecho de que el ser social ha sido cosificado, reducido a una serie de mónadas que se intercambian en el mercado bajo las leyes de la valorización del valor; pero, al lograr tal vinculación señalan otra vez el terreno de la contradicción irresuelta; muestran la demanda social, la unifican, restaurando el universo de la política como un territorio en el cual lo privado se restituye a lo social, donde la vida económica es vida política inmediatamente. Este es el doble filo de los partidos políticos, surgir de la contradicción mostrando los opuestos que se suponen y señalando su mediación ya que no su resolución. Los partidos surgen así como una función de la sociedad civil burguesa, que necesita de la división entre Estado y sociedad y que funda técnicamente el Estado de la representación y la democracia formal, mostrando al mismo tiempo la falsa unidad de la nación, la división del pueblo en clases y la necesidad de la reconstrucción del ser social y la democracia real.

La nación fracturada en clases antagónicas es el suelo real de la democracia formal representativa del Estado mo-

derno; la contradicción entre sociedad real dividida y nación del Estado representativo, entre ser social y vida individual cosificada, fundan el nacimiento del Estado moderno, haciendo de la política un espacio separado y distinto de la vida social, hipostaziando el ser social que se reconstituye y restituye como ser social de modo fetichista, haciendo de la política el territorio de su vinculación a la vida social pero manteniendo su ser individual separado, distinto y autónomo del hacer político, económicamente autosuficiente.

El Estado de la nación, como lo señalamos, se constituyó en nuestro país bajo las exigencias del capital externo y manteniendo irresueltos y funcionalizados a la dinámica externa los vicios de la colonización interna. El Estado moderno, la representación política y su tratamiento en un espacio distinto y separado de la vida económica del ser social, se realizó mediante el compromiso, el pacto logrado entre las exigencias del capital y la dominación interna. Las clases dominantes se apoderaron de lo político sin fundar la representación del conjunto social sino de manera parcial y problemática, promoviendo la formación de las clases sociales pero manteniendo y cooptando formas productivas arcaicas, fundando una nación territorial-chauvinista como el espacio autónomo de desarrollo y transformación de los sectores sociales dominantes. El capital no precisó una colonización ni nada que se le parezca, la soberanía de los Estados no está en cuestión; es más, ella es necesaria para la vida de los sujetos de la relación capitalista. La nación soberana territorialmente no está en disputa mientras el capital integre a su lógica el espacio nacional territorial.

El poder del Estado, cooptado por los sectores dominantes que mantienen relaciones diversas con el capital y la dominación interna, hace que el camino de constitución del Estado sufra ciertas particularidades que tienen que ver con hacer del aparato de dominación un instrumento de beneficio directo de los sectores dominantes. Lo que determinará que el ejercicio del poder se identifique con una captura del mismo en beneficio particular de un sector y no como la re-

presentación del conjunto de los privados, los ciudadanos del Estado.

Son los sectores medios los que, por su situación ligada al crecimiento mismo del aparato del Estado, estarán más dispuestos a comprender y definir un comportamiento político dirigido hacia la realización del Estado formal de la representación burguesa. La conciencia fetichizada de la representación se encarna en los sectores medios que activan por la realización de la formalidad burguesa, convirtiéndose por este hecho en la expresión más lúcida del capital, pero que al invocar la vigencia de formas democráticas de participación señala líneas de acción y abre senderos que pueden ser asumidos por los sectores dominados; esta doble actitud hacia el Estado permite de una parte su legitimación ante el conjunto de la sociedad, y de otra, la inserción de la sociedad civil débilmente conformada en la vida pública, la politización de los distintos sectores sociales y sus demandas.

El proletariado tendencialmente se inscribirá en una actitud política que reclame del Estado una representación general de la sociedad; el desarrollo del capitalismo tiende a convertirlo en sujeto de la representación y es desde esa determinación como debemos también mirar su conciencia de lo público; sin embargo, por su origen y su pertenencia al sector social de dominados, sus posibilidades de politización en una línea que cuestione la representación formal burguesa se mantiene presente y en conflicto con su conformación como sujeto pretendidamente libre y autónomo.

Los grupos dominados de campesinos e indígenas, por su función en la vida social, mantienen rasgos de identidad y complementariedad en su interior; lo privado fetichista no logra imponerse y lo privado y lo público se confunden en una amalgama que es necesario determinar. Lo público estatal se constituye para el mundo campesino indígena no como un lugar ideal de representación sino como un organismo de relación, como un lugar ante el cual el individuo y la comunidad plantean una vinculación servil y clientelar; el Estado es un patrono-padre y una Institución con la cual hay que mantener relaciones de negociación permanente, defen-

diéndose de sus ataques y obteniendo ventajas de sus posibilidades de asistencia. El Estado, de este modo, es siempre considerado como un lugar extraño, separado y distante de su realidad, pero con el cual resulta imprescindible mantener ciertos vínculos. De otro lado, la vida social del mundo campesino indígena genera por sí mismo un sistema de poder, decisión y representatividad de la comunidad, con independencia del Estado; lo privado no es individual separado sino que constituye una red que involucra a lo individual-familiar y social-comunitario, creando fraccional y marginalmente un sistema de decisión que sin ser público-estatal es político-social.

Los sectores marginales de la sociedad que conforman el mundo suburbano, sector informal de la economía, por su ubicación en los contornos de la formalidad burguesa que los constituye como un universo desprovisto de estabilidad laboral y de servicios básicos, desarrollan estrategias de sobrevivencia que en una lógica inmediatista y utilitarista, aspira a conseguir las mayores ventajas posibles de su acercamiento a los sectores dominantes vinculados al Estado. No son pues sujetos de la representación sino más bien clientes de los grupos dominantes y sus organismos. De manera mercantil establecen relaciones con la dominación, buscando réditos inmediatos y cooperando en cualquier servicio demandado a cambio por muchos sectores. Sin una conciencia nacional sino grupal y de barriada, los grupos marginales restituyen su socialidad recuperando la identidad del ser marginado, pero a diferencia de los campesinos, su actitud ante el Estado y la dominación está menos impregnada de expectativas salvadoras y de esperanzas ciegas; si bien se establecen pactos con el caudillo político ello no supone subordinación ya que siempre estarán dispuestos a entablar negociaciones con otros líderes y caudillos que ofrezcan mayores ventajas inmediatas. Por su misma situación marginal segregan formas de organización y complementariedad interna que, si bien no es pública, sí es político-social, formas propias de representación y mandato conferidas a sus

líderes y dirigentes que es necesario investigar con profundidad.

La política como acción de mediación entre lo público y lo privado, como "pasión organizada" de las demandas sociales esgrimidas ante el poder público, no se realiza sino sólo parcialmente en nuestra sociedad. Como lo anotamos reiteradamente, la política como "superestructura" de representación de los intereses privados es posible en la medida en que la forma sujeto se haya desarrollado. Pero la forma sujeto se construye desde las perspectivas de los sectores medios que lenta y parcialmente van abriendo el espacio de la representación en beneficio del proceso de imposición del capital.

Los partidos de la representación son propiamente partidos de opinión, de organización del consenso y de mediación de las demandas sociales entre los mundos separados de lo público y lo privado. Pero, si los sectores dominantes y la gran mayoría de los sectores dominados de la sociedad despliegan una actitud política que no se compadece con la representación sino que combina con ese modelo prácticas clientelares y caudillistas, las posibilidades de conformación de partidos de opinión y de partidos que tengan una vinculación directa de representación a una clase, tiene sus particularidades que es necesario precisar.

Si bien la procedencia democrática formal de un régimen tiende a constituirse en el paradigma de legitimidad que permite la acción desde el Estado, la democracia formal así concebida siempre está colocada en un más allá ideal de la dominación, que no logra concretarse efectivamente. Los partidos políticos, nacidos de la necesidad de funcionalizar la relación entre lo público y lo privado, no logran, por las condiciones en que se desarrollan, establecer esa mediación de una manera lineal y directa. Los partidos políticos, en una sociedad fracturada, no pueden cumplir el papel de formadores del consenso o activadores de la conciencia social; la posibilidad de que ello suceda está determinada por la existencia de los sujetos sociales de la representación, pero estando éstos en proceso de constitución y conformación frag-

mentada, los partidos políticos, nacidos de las necesidades de la dominación, deberán transformarse y accionar como pasión política en función de los sujetos colectivos realmente existentes.

Si, como afirma Cerroni, los partidos políticos surgen estrictamente del hecho del nacimiento de los partidos obreros, en tanto ello coincide con la unificación de sus luchas, la extensión progresiva del sufragio y la movilización social organizada, para el estudio de la función que cumplen los partidos políticos en nuestra historia, las coordenadas históricas señaladas por Cerroni deben ser revisadas y comprendidas en su verdadera magnitud. En términos hipotéticos señalamos que los partidos políticos, en sociedades como las nuestras, surgen como necesidades de la dominación, aunque ese hecho coincida con la verificación de sucesos similares a los señalados por Cerroni. Los partidos políticos no son pues un producto de la lucha democratizadora presente en la sociedad, sino más bien un producto necesario de la dominación que precisa fortalecer los canales democráticos para garantizar su sobrevivencia, para funcionalizar la dependencia externa a la dominación interna. Desde luego, la conciencia de esta necesidad no está presente de manera uniforme en todas las fracciones de las clases dominantes, al contrario, como ya lo habíamos indicado, son los sectores medios la conciencia lúcida de la dominación y será ese sector social el que en la disputa interna señale el camino de conformación y nacimiento de los partidos políticos.

Respecto a la función que deban cumplir los partidos políticos, cabe señalar que por el hecho mismo de su nacimiento, por la génesis histórica de la que participan, los partidos aparecen como conformadores de la opinión y el consenso de una fracción segmentada del conjunto social, mayoritariamente desinteresado y marginal respecto a la vida pública, objeto de transformación y decisión vertical que no encuentra canales propios para su expresión y confrontación en la sociedad.

Los sujetos sociales no están desarrollados sino que es el mismo Estado, con su racionalidad burguesa, el que inten-

ta su conformación; la clase obrera no existe propiamente sino recién las relaciones se introducen como un privilegio de la vida social; sin embargo, las acciones que pueda definir comienzan a adquirir desde ese momento un peso político decisivo en tanto el desarrollo económico que precisa la sociedad y que está dirigido desde la lógica del capital, constituye un interés en el cual la clase obrera puede señalar un rumbo que responda a esa necesidad, sin que ello signifique la construcción de la lógica burguesa. Esto significa que desde el surgimiento de la clase obrera, aunque tardía en nuestro país, está presente la disputa antagónica fundamental entre la lógica burguesa y la lógica proletaria.

Los partidos surgidos de la lógica de la dominación deben construir la pasión política de la sociedad enfrentados a su fragmentación y desconstitución interna. Los partidos nacidos para propender a la conformación de los sujetos de la representación, para acceder a la conciencia de ellos y conformar la voluntad social-colectiva de la opinión, deben para ello asumir propuestas y acciones constructivas que respondan al interés fijado. Los partidos de opinión no pueden construirse sino en un proceso lento que coincida con la ampliación del universo de la representación; los partidos de clase sólo pueden serlo de sectores de la dominación, en tanto la posibilidad y agrupamiento en los sectores dominantes está presente con anterioridad a que ello se haga presente en los sectores dominados. Los partidos que tienen futuro en la sociedad son partidos populares, de agrupación y reconstitución de la fragmentación social en base a la unidad política y de futuro propuesta para el conjunto dominado de la sociedad. Los ejes de la unidad de los dominados están cruzados por las determinaciones económicas-clasistas y las étnico-culturales, que constituyen el territorio de la cultura política de dichos sectores. La construcción de estos partidos en función de la dominación dará como resultado el fomento de prácticas caudillistas y clientelares; desde el lado de los dominados, esta posibilidad está históricamente abierta y están llamados a cumplirla los partidos que reclaman para sí una ideología proletaria. El amalgamamiento y la

forma que adquieran dichos partidos dependerá fundamentalmente de la lucha de clases y las formas que adquiera el enfrentamiento político en cada tiempo histórico. En esto consiste la lucha política dentro de la nación que se disputa un pueblo cuyos segmentos pertenecen o no a los modelos de la representación, razón por la cual la lucha política se orienta obligatoriamente a conformar su conciencia, a definir un marco de actitudes y comportamientos que sin ser asimilables a la representación política la constituyan como sentido común social del hacer político.

Las prácticas caudillistas y clientelares, más que las de generación de una opinión o de convocatoria clasista, se convierten en el lenguaje político propio de la sociedad segmentada en territorios en los cuales ni lo público ni lo privado se ha conformado claramente, sino que dichas esferas se confunden e interpenetran logrando la consolidación de un poder que se construye alejado, separado y ajeno al todo social, en la forma de poder oligárquico o de poder representativo respaldado en la doctrina de la seguridad nacional.

Si bien los partidos de opinión se convierten en una esperanza democrático-burguesa de la conciencia de la dominación, su posibilidad de conformación y desarrollo va a depender de la extensión de las formas capitalistas de producción que permitan la ampliación de la forma sujeto y que creen el espacio de la representación burguesa; sin embargo, este proceso siempre será incompleto dentro de la dependencia capitalista, por lo que su existencia siempre estará amenazada y su sobrevivencia dependerá de la combinación de los mecanismos de la representación y del ejercicio de los mecanismos de control caudillistas y clientelares.

Los partidos de clase, que reclaman la representación de un segmento social particular que, por su propia ubicación en el entorno social, no aparece como sujeto político estratégico, impide que esta forma de agrupación política funcione y se desarrolle; es más, un partido de clase, en su conformación y representación, no es algo que interese a los sectores dominantes, por obvias razones. Pero si bien ello puede ser atractivo para los segmentos dominados de la so-

ciudad, la factibilidad de su construcción se cruza con el hecho de que las clases no logran en la sociedad definir sus contornos propios, tanto más que la identidad de los dominados no es sino la suma de la determinación clasista con la determinación étnico-cultural.

Como lo hemos dicho, los partidos propios de la realidad social de la dependencia capitalista son los partidos populares, esto es, las organizaciones que no se dirigen solamente a la conciencia de la representación sino que a partir de ella se plantean la conducción y la ejecución verdadera o supuesta de las tareas que el conjunto segmentado del pueblo reclama. Esta clase de organizaciones pueden ser de izquierda o de derecha y representar a cualquiera de las posiciones estratégicas de la sociedad, pero, definitivamente, no pueden ser agrupaciones montadas sobre el suelo de la lógica racional privada de la representación; esta noción resulta más bien equívoca y funciona sólo en la medida en que sobre ella es posible montar el discurso de la convocatoria y el agrupamiento del pueblo segmentado. Un conjunto de pueblo cuyas líneas de identidad no han sido definidas no aspira a la representación, no pide ser representado sino más bien conducido; no aspira a gobernar sino que desea ver al gobernante, al conductor y un rebaño gregario que reconoce de su historia los signos más evidentes de la colonización, pero que en una dialéctica perversa de amo y esclavo se funde con la dominación, contribuyendo a su propio sometimiento. Cuando no se organiza la pasión política en determinados segmentos de pueblo donde tampoco funciona la noción de la representación, la relación con lo público se expresa en su distanciamiento, la marginalidad y la indiferencia política. Entre la pasión que se construye y el retorno a la quietud de la indiferencia política o la expresión de la violencia social, funciona un resorte de la conciencia que rebota entre esas diversas actitudes y que está alentada por una lógica que no es la de la representación sino la de la inseguridad y precariedad, del utilitarismo y la marginalidad, del voluntarismo iluso y el oportunismo, del temor y la sobrevivencia. En esta inaprehensible conducta política se descubre una deter-

minación general que explica el desarrollo de nuestra sociedad; nos referimos al hecho de que la identidad del pueblo en el marco de la dependencia capitalista es la suma de varias identidades, la clasista y la estamental, reformulada y reconstituida en cada momento de su historia política. La posibilidad de reconstitución de una verdadera identidad política de pueblo sólo puede realizarse como práctica revolucionaria que desde el presente y hacia el futuro destruya la polisemia de nuestra conducta, reconstituyendo el ser social sobre la identidad de su historia.

Aceptando las hipótesis que hemos presentado a lo largo de este trabajo, podemos señalar ciertas direcciones que permitan el análisis del comportamiento político de las agrupaciones políticas de izquierda.

La primera determinación a tener en cuenta viene dada por la conformación orgánica de las agrupaciones políticas, cuya característica principal es la de estar formadas por sectores medios. En este sentido, dado el lugar que dichos sectores ocupan en el conjunto social, estas organizaciones están amenazadas de convertirse en la conciencia lúcida de la dominación, en tanto abren los caminos para el desarrollo de las formas de la representación burguesa, aunque, como ya lo habíamos indicado, abriendo algunos senderos de expresión y canalización de expresiones democráticas del pueblo.

La decisión de convertirse en partidos de clase los coloca ante la situación del aislamiento histórico, en la medida en que los contornos de la clase y su forma se va definiendo en un lento proceso que no le otorga una centralidad política inmediata; en este sentido, su desarrollo como cuadros de convocatoria a las masas se encuentra con la necesidad de retraducir el contenido democratizador de la representación en un lenguaje de convocatoria y agrupación para la acción social concertada de los dominados por sus intereses.

En términos estratégicos, no puede sino definir un camino de ruptura de la cadena de subordinación a la dependencia del sistema mundial, y cualquier otra perspectiva en este punto conduce decididamente hacia el terreno de la conciliación y subordinación a los intereses del capital; el ser

anticapitalista, socialista, define la característica de la línea política correcta de una organización marxista en el marco de la dependencia capitalista.

La conformación de la nueva identidad del pueblo dominado proviene de comprender los valores que hacen la identidad del conjunto fragmentado del pueblo; sin resolver el agrupamiento de los sectores dominados, la identidad entre proletarios, campesinos-indígenas y el sector informal de la economía, la izquierda no tiene posibilidad de constituir la fuerza social hegemónica de una transformación.

La lucha política con la derecha se centra entonces en esa disputa por organizar una voluntad colectiva que signifique la construcción de un nuevo sentido de identidad; esta nueva identidad debe romper la dependencia y reconstruir el ser social fracturado y dominado históricamente. Este es el centro de la lucha con la derecha y en esa lucha se constituirán las nuevas identidades de la conciencia social.

El enjuiciamiento de la acción de los partidos políticos de la izquierda marxista concretamente, debe hacerse indagando por la función que cumplen en la sociedad, si como mediación entre lo público y lo privado o como destrucción del universo fetichizado y reconstitución del ser social; desde luego, este enjuiciamiento sólo puede hacerse integrándoles a la vida de la historia concreta del país, pues, como afirma Cerroni, la historia de los partidos políticos es una recuperación monográfica de la historia de un país.